

HURACÁN

Latino



Una comedia
romántica de **JENNY DEL**

HURACÁN
Latino

HURACÁN
Latino

Primera edición.

Huracán latino

©Jenny Del.

©julio, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Huracán latino

©Jenny Del.

©julio, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Desde niña soñaba con ser militar, y si digo que mi padre es Teniente de Infantería de Marina, pensaréis que esa circunstancia tuvo mucho que ver con aquel sueño dorado. Es posible que me influyera, no lo voy a negar, pero os puedo garantizar que esta que está aquí se habría metido en la Armada sí o sí, aunque hubiese sido hija de actores o de periodistas.

Como os podréis imaginar, mi padre se mostró muy entusiasmado al conocer mis intenciones, cosa con la que yo contaba ya. Sin embargo, a mi madre no le hizo mucha gracia el asunto. Ni mucha ni poca.

Digamos que no tenía fe en mí, que pensaba que aquello era un simple caprichito mío que ya se me pasaría, pues no paraba de decirme que yo era Mariquita la fantástica y que si estaba como loca por entrar en la Marina, no era por vocación, sino por el tema de los uniformes, que me gustaban “más que los donettes rayados” (esas fueron sus palabras).

En su afán por quitarme la idea de la cabeza, me recordaba cada dos por tres que el mundo militar podía parecer muy gratificante y emocionante a simple vista, pero que en la práctica también resultaba bastante difícil y exigente, tanto en el plano profesional como en el personal.

Me atacaba por todos los frentes, a sabiendas de mis puntos débiles, como por ejemplo el de la comida...

—Ya te acordarás de lo que te estoy diciendo en cuanto llegues a Ferrol y veas lo que es la cocina del cuartel. Ahí te vas a empezar a enterar tú de lo que es bueno, con lo delicadita que eres.

—Mira que eres latosa con eso, ¿eh? Pues si no me gusta lo que me ponen en el comedor, ya me iré a la cantina. Descuida, que hambre no pienso pasar —le replicaba.

—Claro que sí, Davinia, o al Telepizza, ¿verdad? Esa es otra buena idea, irte a almorzar y a cenar todos los días a Telepizza. Y cuando no al Telepizza, al Burger King, a ver si, con un poco de suerte, antes de la jura de bandera te pones como una boya y sales rodando por las escaleras con el fusil. ¿Tú sabes lo que estás diciendo, chiquilla?

—¡No empecemos ya, mamá! Que eres muy pesadita tú también, hija.

—Bueno, bueno, allá tú. Te digo yo que, con lo sibarita que eres, en una semana estás de vuelta aquí en El Puerto

de Santa María.

—Venga, que sí, espérame ahí sentada—le señalé el sofá.

Esa era una de tantas “discusiones” que teníamos por aquellos días. Lo digo así entre comillas porque, visto desde fuera, tal vez dé la sensación de que teníamos una relación de lo más áspera, cuando en realidad era todo lo contrario.

Mi madre y yo siempre habíamos estado súper unidas (y seguimos estándolo, por supuesto). De hecho, esos “roces” nuestros durante aquellos meses casi siempre acababan en un tierno abrazo que ella aprovechaba para hundirme los dedos en el pelo de la nuca y decirme: “ay, mi niña rubita, qué lejos se me quiere ir...”

Aquí tenéis el verdadero motivo por el cual hacía lo posible y lo imposible para que me olvidara del asunto, es decir, que no quería que me marchase a mis dieciocho años recién cumplidos a la otra punta de España, pero yo tenía bastante claro que nada ni nadie me iba a frenar ya a esas alturas.

Como siempre, el tiempo hablaría. Ya se vería al final si aquello era un “caprichito” de esta rubia o no. Evidentemente, yo apostaba por lo segundo, aun sabiendo que todo en la vida tiene sus partes positivas y negativas. Vamos, que no todo es de color de rosa.

También era consciente de que la cosa no se reducía a esforzarse para entrar en el cuerpo, y punto pelota. Si quería continuar en la Armada, tendría que estudiar para ir ascendiendo. De lo contrario, a los cuarenta y cinco años me vería en la calle, al igual que tantos y tantos que salen cada año de estas instituciones.

No estaba dispuesta a ello, pero ese era un futuro más a largo plazo. Pasito a pasito. De momento, tendría que superar todas las pruebas de ingreso, lo cual no me quitaba el sueño.

Aparte de que el gimnasio era como mi segunda casa porque toda la vida he sido una entusiasta del deporte, soy de buena complexión física, de manera que no creía que fuese a tener ningún problema con las flexiones, los saltos, carreras y demás ejercicios a los que son sometidos los aspirantes al ejército.

Tampoco le temía a los test psicotécnicos, aunque no me quise confiar mucho en ese punto y me apunté a una academia especializada en oposiciones para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Fueron unos meses de preparación muy emocionantes, en los cuales tuve como compañera en la aventura a mi prima María Jesús. Como compañera y como rival, si tenemos en cuenta el número de aspirantes y el número de plazas ofertadas cada año.

No obstante, María Jesús y yo no nos veíamos como rivales entre nosotras. Nuestra máxima aspiración era aprobar las dos a la par e igualmente coger a la par los petates, rumbo a Ferrol, para hacer la instrucción en aquella ciudad gallega que ninguna conocíamos.

Todavía recuerdo perfectamente la mañana en que nos examinamos de las pruebas físicas en Cádiz. Mi madre y mi tía Conchi quisieron acompañar a sus dos “niñas” (María Jesús tenía mi misma edad) para vivir en directo los resultados. Y los resultados fueron que tanto yo como mi prima las superamos de largo.

Una vez “fichadas”, bajamos las escaleras de aquel antiguo edificio dando botes las dos. ¡Ya estábamos dentro! En la calle nos esperaban nuestras respectivas madres, más nerviosas que si les acabasen de entregar una carta de Hacienda.

—¿¡Qué!? ¿Qué ha pasado? —era mi tía la que nos preguntaba, con el rostro expectante.

—Nada —me apresuré a responder por la dos, con cara larga—, que el asunto no era tan fácil como creíamos y la hemos cagado.

—¿¡En serio!? —exclamó mi madre.

No supe si lo preguntaba asombrada de verdad o aliviada al saber que me quedaba en tierra, pero mi prima enseguida puso fin a mi “comedia”.

—Anda ya, hombre. No le hagáis ni caso a esta majarona. ¡Claro que hemos aprobado!

a

—¡Ay, por Dios bendito! ¡¡¡Qué alegría, chicas!!!

Mi tía nos agarró por las cabezas y se puso a darnos besos, loca de felicidad, mientras mi madre contemplaba la escena como en shock. Me volví hacia ella.

—¿Y tú qué? ¿No nos vas a dar la enhorabuena? —le “reproché”.

Le noté el brillo en los ojos. En ese preciso instante, las lágrimas empezaron a caérsele por las mejillas.

—¡Pero bueno, Cecilia! ¿Estás tonta o qué? ¿Le vas a amargar ahora la fiesta a las niñas, con lo que se lo han currado? —le echó en cara mi tía Conchi.

Mi madre se sacó un Kleenex del bolso y se secó los ojos.

—No, no —la voz apenas le salía del cuerpo—, es que me he emocionado. Me da mucha alegría que os vayáis a i
juntas para Galicia, preciosas mías—nos sonrió a mi prima y a mí.

—Pues venga, vamos a celebrarlo comiéndonos unos churritos con chocolate, que os los habéis ganado, chicas —
a propuso mi tía.

—¿Churritos a las doce y media del día, tita? Jajajaja.

—Es un decir, cariño, pero por supuesto que vamos a tomarnos algo ahora mismo.

A mi padre le anticipamos la noticia por wasap. Debí pillarle ocupado en aquel momento, porque tardó lo suyo en contestar, pero cuando lo hizo me puso más ancha que larga con sus palabras. Me dijo que nunca había dudado de que entraría a la primera y que tampoco dudaba de que llegaría muy lejos en la Marina.

Desde luego, esas eran mis intenciones. Aún tenía un largo camino que recorrer, sí, pero ya estaba dando los primeros pasos en mi carrera como militar, y os juro que lo hacía con el mayor entusiasmo del mundo.

Los días siguientes los pasé preparándolo todo junto a mi prima para nuestra partida. Ya nos habían enviado por mail los billetes de avión. En nuestro caso, desde Jerez a Madrid y luego desde Madrid a A Coruña (el aeropuerto más cercano a Ferrol).

Pero el tema no se reducía solo al transporte y la documentación a guardar (tarjetas de la Seguridad Social, fichas de datos bancarios, cartillas de vacunación, etc., etc.).

A María Jesús y a mí, como al resto de aprobados, nos dieron un listado de prendas de ropa que tendríamos que comprarnos por nuestra cuenta para el periodo de instrucción: camisetas blancas, calcetines blancos y negros de distintos grosores...

Estábamos emocionadísimas ante la aventura que teníamos por delante, y es que aquello no era tan solo un trabajo como otro cualquiera. Comenzaba para nosotros una nueva etapa, una experiencia lejos de casa, de nuestras correspondientes familias...

Para María Jesús y para mí, eso también era sinónimo de libertad. Es más, cargando con nuestros equipajes por los pasillos del aeropuerto de Madrid-Barajas, ya íbamos fantaseando con lo que sería nuestra nueva vida por tierras gallegas.

En nuestra imaginación, ya nos sentíamos las amas del mundo. Incluso habíamos alquilado un pisito en Ferrol para los fines de semana, esos pequeños paréntesis de tiempo en que se nos permitiría pernoctar fuera de la Escuela de Especialidades “Antonio de Escaño”, el cuartel de instrucción al que nos dirigíamos ambas de cabeza.

Allí tendríamos que pasar los siguientes seis meses, en una ciudad nueva, rodeadas de gente nueva, con un clima muy distinto al que estábamos acostumbradas en el sur y con un estilo de vida más distinto aún al que habíamos llevado hasta entonces. Pero, como decía, afrontábamos la experiencia con la mayor ilusión posible.

Atrás quedaban nuestros años de instituto. Por delante, una formación diferente, donde se inculcan a sangre la lealtad, el servicio, la disciplina, la solidaridad y la profesionalidad; los valores que definen la vida militar en nuestro país.

Tan felices por el aeropuerto madrileño, sí, aunque me acuerdo ahora de que me pegué un buen sustillo, a cuenta de un despiste que me pudo costar caro. Mi prima y yo tuvimos que entrar al baño. Antes de salir, me lavé las manos, para lo cual solté el bolso en la encimera... y allá que lo dejé.

No me di cuenta del olvido hasta que, minutos más tarde, fui a echar mano del móvil para ver la hora. El corazón se me puso a mil, os juro que casi me da algo. Salí volando otra vez para los baños y, afortunadamente, allí mismo me lo encontré.

No quiero ni pensar qué habría pasado si me lo llegan a robar, con toda la documentación y los billetes de avión dentro. La primera en la frente para que vayas espabilando, me dije a mí misma.

Como broche de aquel viaje por etapas hasta Ferrol, cogimos un taxi en el aeropuerto de A Coruña. Bien es verdad que pudimos haber hecho el trayecto en bus, pero no quisimos arriesgarnos, puesto que teníamos hora límite de entrada y no íbamos ya muy sobradas de tiempo.

Solo hubiera faltado que llegásemos tarde el primer día, por andar experimentando con los horarios y recorridos de los autobuses por los pueblos gallegos.

No era plan, así que esos cuarenta y pico kilómetros de distancia hasta el cuartel fuimos como dos marquesas (marquesas del pan pringao, jejeje) en aquel Skoda Octavia, de cháchara con el taxista que nos tocó en suerte; un chico de unos treinta años, súper simpático y, para colmo, muy guapo, que todo hay que decirlo.

Le dejamos un par de euros de propina. Antes de bajarnos, el chaval nos dejó una tarjeta con su teléfono por si alguna vez volvíamos a necesitar de sus servicios y a continuación sacó nuestros petates del maletero. Nos despidió con una amplia sonrisa y deseándonos mucha suerte.

No se me olvida tampoco la sensación al estar por fin ante las puertas del cuartel. Esas eran las puertas de nuestro futuro.

María Jesús y yo nos miramos a los ojos y, como si fuese un gesto más que ensayado, nos llevamos la mano a la sien y soltamos a la vez: ¡Viva España!

Menudo par de personajes estábamos hechas...

Tan felices por el aeropuerto madrileño, sí, aunque me acuerdo ahora de que me pegué un buen sustillo, a cuenta de un despiste que me pudo costar caro. Mi prima y yo tuvimos que entrar al baño. Antes de salir, me lavé las manos, para lo cual solté el bolso en la encimera... y allá que lo dejé.

No me di cuenta del olvido hasta que, minutos más tarde, fui a echar mano del móvil para ver la hora. El corazón se me puso a mil, os juro que casi me da algo. Salí volando otra vez para los baños y, afortunadamente, allí mismo me lo encontré.

No quiero ni pensar qué habría pasado si me lo llegan a robar, con toda la documentación y los billetes de avión dentro. La primera en la frente para que vayas espabilando, me dije a mí misma.

Como broche de aquel viaje por etapas hasta Ferrol, cogimos un taxi en el aeropuerto de A Coruña. Bien es verdad que pudimos haber hecho el trayecto en bus, pero no quisimos arriesgarnos, puesto que teníamos hora límite de entrada y no íbamos ya muy sobradas de tiempo.

Solo hubiera faltado que llegásemos tarde el primer día, por andar experimentando con los horarios y recorridos de los autobuses por los pueblos gallegos.

No era plan, así que esos cuarenta y pico kilómetros de distancia hasta el cuartel fuimos como dos marquesas (marquesas del pan pringao, jejeje) en aquel Skoda Octavia, de cháchara con el taxista que nos tocó en suerte; un chico de unos treinta años, súper simpático y, para colmo, muy guapo, que todo hay que decirlo.

Le dejamos un par de euros de propina. Antes de bajarnos, el chaval nos dejó una tarjeta con su teléfono por si alguna vez volvíamos a necesitar de sus servicios y a continuación sacó nuestros petates del maletero. Nos despidió con una amplia sonrisa y deseándonos mucha suerte.

No se me olvida tampoco la sensación al estar por fin ante las puertas del cuartel. Esas eran las puertas de nuestro futuro.

María Jesús y yo nos miramos a los ojos y, como si fuese un gesto más que ensayado, nos llevamos la mano a la sien y soltamos a la vez: ¡Viva España!

Menudo par de personajes estábamos hechas...

Capítulo 2



No puedo decir que no me costase un poco acostumbrarme a aquella nueva rutina. De hecho, las dos primeras semanas me pregunté que dónde me había metido y me acordé a base de bien de mi madre, tal y como ella vaticinaba, sobre todo por el tema de la comida.

A la primera de cambio que nos pusieron para almorzar puré de verduras, con todo su golpe de hebras mal trituradas, casi me da un telele. Y ya para rematar, de segundo, pescado a la plancha con patatas al vapor; lo más insípido que me había tocado comer en toda mi vida hasta aquel momento.

La que se lo pasaba en grande viéndome sentada con la bandeja por delante y la cara desencajada era mi prima María Jesús. Esa sí que no le hacía ascos a nada, al punto de que no solo se comía toda su ración, así le pusieran escarabajos fritos, sino que también se metía entre pecho y espalda parte de mi comida diaria.

—Qué barbaridad, hija, no sé dónde lo echas que no engordas ni un gramo —le dije en aquellos primeros días.

—¡No te fastidia! Será por la cantidad de calorías que te ponen aquí. No te digo yo... pues anda que no están bien confeccionados los menús. Ten en cuenta que aquí no hay nada al azar.

—Oh, sí, bien confeccionados, dice. Para llevarlos a concurso, vamos. ¡Menudo estómago hay que tener para tragarse estas mierdas! Parece que estos gallegos no saben lo que es la sal ni el aceite.

—Qué pedazo de burra estás hecha, hija mía. Me refiero a que están bien equilibrados. Distinto es que te guste o no lo que toque papear.

—Sí, sí, los yogures y los zumos, sin problemas, pero los platos de habichuelas, las berenjenas y todo eso se lo podían meter por donde yo te diga.

María Jesús se partía de la risa conmigo.

—Eres la bomba, guapa. Si te parece, nos vamos a cocina y pedimos que te hagan para ti sola una buena paellita con todos sus mariscos frescos. Y ya de paso, que te sirvan de postre fresas con nata. ¿Bien, no?

—Con nata, no. Mejor con leche condensada. Puestos a pedir, que no quede, ¿no crees?

—Tú flipas, Davinia, pero más te vale irte acostumbrando, porque esto es lo que hay. Y nada de pizzas ni hamburguesas todos los días, como decía tu madre. Solo faltaba que te pongas a engordar ahora y que el día de la jura de bandera no te puedas abrochar los botones del pantalón del uniforme.

—Eso, como una boya, que decía mi madre. Sería ya la leche, con las panzadas de ejercicio que nos metemos al día.

Así era. En esos programas residenciales intensivos donde se transmiten la legislación y las ordenanzas relacionadas con las fuerzas armadas, el ejercicio físico es prioritario entre los reclutas. Otras enseñanzas básicas están asociadas a las armas y la seguridad en el lugar de trabajo, técnicas de campo, mantenimiento de equipos... En fin, un mundo paralelo, como yo lo llamaba.

Entre semana, los días eran todos exactamente iguales, pero pronto nos las ingeniamos para que los fines fuesen totalmente lo contrario, fuera de la escuela.

Fue Susana, una compañera nuestra, quien, al saber nuestras intenciones, nos puso en contacto con Marisol, una amiga suya que había pillado un piso de estudiantes en Ferrol y que andaba buscando gente para alquilar el resto de las habitaciones.

Ahí vimos María Jesús y yo nuestra gran oportunidad, y no solo porque el piso era una monada y estaba muy bien de precio, sino por su inmejorable ubicación, en pleno centro y rodeado de bares. Digamos que estaba en la zona de moda del pueblo, así que no tuvimos que pensárnoslo ni mucho ni poco.

—Muy bien, perfecto, pero a las doce de la noche os quiero siempre aquí, ¿eh? —nuestra joven casera nos guiñó un ojo.

—¡Sí, vamos! ¡A mandar! A ver si te vas a poner tú ahora peor que mi madre —protesté.

—Estoy de coña, mujer—me contestó aquella galleguina pelirroja—. Yo no soy quién para deciros lo que tenéis que hacer, ya sois bastante mayorcitas.

No, no lo éramos tanto. Dieciocho años pueden ser muchos años o pocos, dependiendo de para qué cosa, pero a nosotras, dado el estilo de vida que habíamos elegido, no nos quedaba más remedio que ir madurando a marchas forzadas.

Y la verdad es que en ese sentido no se nos podía reprochar ni media porque no lo estábamos haciendo nada mal. Actuábamos ya como mujeres responsables. Nos aplicábamos como el que más los días de a diario y los sábados y domingos nos dábamos nuestros homenajes pero sin desfasar demasiado, ya se me entiende.

Sí, claro está que nos tomábamos algunas copas y que nos gustaba la fiesta como a cualquiera, aunque nunca nos

pillamos una borrachera de esas que te hacen perder el norte, ni nos metimos en ningún lío, ni dentro ni fuera del cuartel.

Estábamos centradas en lo que podría ser un futuro prometedor y esperábamos con una ilusión enorme el día de nuestra jura de bandera, esa fecha con la que todo militar sueña.

En mi caso, llegaba a tal nivel que días antes ya me tatué esa fecha en la ingle derecha, sobre la franja amarilla de la bandera de España.

—Alucino contigo —me dijo mi prima al saber que pensaba hacerme aquel tatuaje.

—¿Se puede saber por qué, María Jesús?

—Vamos a ver, niña, el verano pasado me decías que no te hacías la depilación eléctrica en las piernas porque te daba yuyu lo del láser, que si a fulanita le habían quemado la piel y que si no sé qué y que si no sé cuánto. ¡Y ahora me dices que te vas a meter tinta en el cuerpo, a base de pinchazos y más pinchazos con una aguja! Quien te entienda que te compre, hija.

—Eso no tiene nada que ver. Los tatuajes no duelen. Pica un poco la zona luego, pero como cuando te da mucho el sol en la playa. Eso es todo.

—Que sí, que sí, Davinia. Que no me tienes que convencer de nada. Por mí, te puedes tatuar hasta las orejas si quieres.

—Oye, María Jesús, ¿estás de mal humor o me lo parece a mí? ¿Te pasa algo?

—Estoy perfectamente.

—No ha sonado muy convincente, pero bueno.

—Vale, te lo voy a contar, porque total... tarde o temprano lo vas a saber, así que...

—Hey, ¿qué ocurre? Ahora sí que me estás preocupando de verdad.

—No, tranquila, no es nada importante, o al menos no es importante para ti. Quiero decir que la cosa no va contigo.

^y—¡Joder, María Jesús! Dispara ya, por favor, que me estás poniendo de los nervios.

—Es mi padre, Davinia. Estuve hablando anoche con él.

—¿Y? ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Y que no puede venir a la jura —soltó al fin.

—¡¿Que no va a venir a la jura de bandera de su hija?!

—Como lo oyes.

—¿Y eso por qué? ¿Está malo acaso?

—Nada de eso, Davinia. Está mejor que tú y que yo, pero dice que le ha salido un viaje de trabajo y... En fin, tú sabes...

—Ya, ya me imagino lo que estás pensando y ahora entiendo tu malestar.

¿ María Jesús se vino abajo y agachó la cabeza. Me dio mucha pena de ella y la abracé con todo mi cariño. Me ponía en su pellejo.

—Vale, vale, no te preocupes. ¿Sabes qué te digo? Que él se lo pierde, que momentos como ese no se repiten en la vida, así que él sabrá lo que hace.

—Ya, pero eso no me consuela, Davinia.

—Lo sé, corazón, pero tienes que aceptarlo, aunque esto no hay quien lo entienda.

Yo sí que la entendía a ella. Sus padres se habían separado un par de años atrás, cuando mi prima acababa de cumplir dieciséis y su hermano, mi primo Lorenzo, tan solo tenía diez. ¿El motivo? Pues que él había conocido a una mujer bastante más joven que la suya y se le fue la cabeza.

Le faltó el tiempo para marcharse de casa y pedirle el divorcio a mi tía Conchi. Hasta ahí, todo “bien”, y es que estas cosas de las separaciones están a la orden del día en los tiempos que corren.

Ninguno de nosotros puede decir que jamás haría esto o lo otro, puesto que la vida es muy larga y da muchas vueltas. Lo que no es de recibo es que esa nueva ilusión te aleje incluso de tus propios hijos, como era su caso. Eso sí que no puedo entenderlo.

Desde que se separasen, el padre de mi prima se escaqueaba de todo lo concerniente a ellos, con débiles excusas. Y ahora... se escudaba en un viaje de trabajo para no desplazarse hasta Ferrol para ver a su hija mayor jurando bandera. El asunto clamaba al cielo. Era muy triste, la verdad.

—Venga, vámonos por ahí a comernos un helado con los chicos. Olvídalo, por favor. No te hagas mala sangre,

que tampoco te va a servir de nada ya.

Mi prima asintió con la cabeza y suspiró.

Y como todo pasa y todo llega, a los de nuestra promoción nos llegó a mediados de julio el turno de lucirnos de uniforme, formados en tropas y desfilando por el patio ante nuestros familiares.

En eso consiste también este acto militar, más allá del propio juramento individual, voluntario y público de guardar fidelidad y lealtad a España y a los españoles a través del “beso” a la bandera (su mayor símbolo).

En aquella concentración en la escuela de “Antonio de Escaño”, presidida por el Ajema (el almirante jefe del Estado Mayor de la Armada), también se dieron cita otras muchas autoridades, tanto del ámbito militar como del civil.

Fueron un par de horas de lo más intensas en que no faltó de nada, desde un par de marineros que se desmayaron en pleno desfile por el calor, hasta la original petición de matrimonio que le hizo un recluta a una compañera nuestra, al finalizar.

a Llevábamos más de dos meses sin ver a nuestra gente, por lo que nuestra alegría fue doble durante aquella jornada. Allí estaban mis padres con mi hermana Macarena, mi tía Conchi y mi primo Lorenzo, más orgulloso que orgulloso de su hermana y de su prima Davinia.

El pobre mío estaba que flipaba con el Cetme (el fusil, que aún lo llevábamos colgado del hombro al terminar la jura).

—¿Pero y esto está cargado? —nos preguntaba el pobre mío con los ojos abiertos de par en par—. A ver, ¿me lo dejas, Davinia?

—Quita, quita, déjate tú de armas, hazte la foto con el Lepanto de tu hermana si quieres.

—Venga, vale, ¡dámelo, María Jesús!

A la otra no le dio tiempo a quitárselo, pues mi primillo se lo arrancó de cuajo y se lo plantó en la cabeza del tirón

—¿Qué? ¿Cómo me queda?

Estaba la mar de gracioso con el gorro de plato y aquella naricilla respingona, cuadrado ante nosotras con la mano en la sien derecha.

—Está usted muy bien, marinero Torres —le respondí yo—, pero los pies nos los junte tanto. Así, mire...

Coloqué los míos en el ángulo correcto.

—¡Qué lista tú! En seis meses aquí metido también aprendo yo eso, no te digo.

—A ver si te crees que eso es lo único que nos han enseñado, renacuajo —añadió la hermana—. Recuérdame luego, cuando estemos comiendo, que te cuente algunos secretillos de este cuartel, ¿vale?

—¡Venga, va! —le contestó tan feliz.

Nosotras también lo estábamos, y no solo por el hecho de tener allí a los familiares, con quienes podríamos pasar el resto del sábado y del domingo, sino que el tiempo seguía avanzando y ya nos encontrábamos casi en mitad del periodo de instrucción.

Cuando quisiéramos darnos cuenta, estaríamos de nuevo cerrando una puerta y abriendo otra...

Coloqué los míos en el ángulo correcto.

—¡Qué lista tú! En seis meses aquí metido también aprendo yo eso, no te digo.

—A ver si te crees que eso es lo único que nos han enseñado, renacuajo —añadió la hermana—. Recuérdame luego, cuando estemos comiendo, que te cuente algunos secretillos de este cuartel, ¿vale?

—¡Venga, va! —le contestó tan feliz.

Nosotras también lo estábamos, y no solo por el hecho de tener allí a los familiares, con quienes podríamos pasar el resto del sábado y del domingo, sino que el tiempo seguía avanzando y ya nos encontrábamos casi en mitad del periodo de instrucción.

Cuando quisiéramos darnos cuenta, estaríamos de nuevo cerrando una puerta y abriendo otra...

Capítulo 3



Efectivamente, los meses pasaron volando y aquella etapa en la escuela de especialidades de Ferrol llegó a su fin. Allí, entre las paredes de aquel cuartel de instrucción que representase nuestra primera toma de contacto con el mundo militar, quedaban apesadas muchas cosas.

Habían sido unos meses de bastante sacrificio preparándonos de cara al futuro, pero también hubo muchos ratos buenos de por medio en aquel tiempo; muchas confidencias nocturnas con los compañeros de literas en los dormitorios, muchas risas por sus pasillos, mucha complicidad cubriéndonos unos a otros... momentos que se te graban en el corazón para siempre. Pero tocaba despedirse de todo y alzar nuevamente el vuelo.

Fue una despedida de lo más emotiva, puesto que el día que nos licenciábamos, además, coincidió con mi cumpleaños. Mis compis me tenían preparada una fiesta sorpresa de las de aquí te espero, aunque no me voy a enredar ahora relatándola.

Tan solo os daré una pincelada de aquel simpatiquísimo capítulo, y es que terminé montando a caballo en un picadero gallego, disfrazada de torera. ¿Os lo podéis imaginar? En fin...

Como es natural, tanto yo como mi prima María Jesús ansiábamos volver al sur fuera como fuera, y hasta en eso tuvimos suerte, pues ambas conseguimos plaza en el Juan Sebastián de Elcano, es decir, lo que habíamos pedido.

Estar destinadas en un buque escuela como ese implicaba pasarse largos periodos de navegación, dado que sus cruceros suelen tener una duración en torno a los seis meses, por lo general. Digo por lo general porque este célebre barco también da la vuelta al mundo cada tres o cuatro años; un viaje "especial" que dura entre once y doce meses.

Y si te toca la china durante esos tres años de tu contrato, te tocó y punto. Más complicado lo tuvo el tal Willy Fog, que tuvo que hacer ese mismo viaje recorriendo el planeta entero, a contrarreloj.

La parte buena del asunto es que te hinchas a visitar países; una experiencia única que muchos quisieran para sí. Por otro lado, este buque insignia de la Armada española tiene su base en el Arsenal de la Carraca, en San Fernando (Cádiz), lo cual se traducía para nosotras en trabajar bastante cerca de casa cuando no estuviésemos navegando.

—¡Qué guay, prima! Volvemos a casita...

María Jesús rezumaba felicidad hasta por las orejas en el camino de vuelta hacia El Puerto de Santa María. En principio, pensamos bajarnos combinando trenes, pero nos pareció un poco engorroso con tanto equipaje, de modo que terminamos cogiendo un par de plazas en BlaBlaCar.

Casualmente, la conductora también era militar y tenía su familia en Puerto Real, o sea, a pocos kilómetros de las nuestras. No paramos de hablar con ella de temas militares y el trayecto se nos hizo bastante ameno.

Un par de meses más tarde, María Jesús y yo nos echaríamos por primera vez a la mar en el susodicho barco.

El muelle de Cádiz estaba llenito de gente la mañana que zarpamos. En realidad, todas las despedidas y recepciones de este barco en el puerto gaditano son igual de multitudinarias; un auténtico espectáculo del que incluso se hace eco la prensa a nivel nacional.

Otro dato curioso son sus jornadas de puertas abiertas al público, a veces, antes de salir a navegar. En otras ocasiones, a la vuelta. Pues bien, en aquel primer crucero de servidora, permitieron entrar a la gente antes de marcharnos. Y como no podía ser de otra manera, a los medios de comunicación.

Así pues, estando de guardia en la sala de máquinas (mi puesto dentro del barco), me encontré con un periodista de un programa de Canal Sur que venía derecho para mí, micrófono en mano, para hacerme unas cuantas preguntas.

Esa misma tarde, me vi en la tele contestándole tal cual me pilló; encerrada en aquella cabina llena de mandos, con mi uniforme azul y la emoción a flor de piel ante la inminente partida.

Eran preguntas básicas, como cuánto tiempo llevaba en la Armada y en el Elcano o qué se sentía en esas horas previas a la salida. ¿Qué se le puede contestar a esto último? Hay que vivirlo de primera mano.

Allá a pie de agua quedaron los nuestros: mis padres, mi hermana, mi tía, mi primo y algunas amistades, junto a los respectivos familiares y amigos de los demás que embarcaron (unas doscientas cincuenta personas en total).

Aquel fue otro momento de esos que te ponen los pelos de punta, viendo ya desde la cubierta del barco las caras lánguidas y los pañuelos agitándose al viento en señal de despedida.

Se montó la tripulación al completo. Se recogió el portalón. Se terminó la música de la banda. Silencio que lo dice todo.

—Ahora sí que nos vamos, prima—me dijo María Jesús bastante compungida.

—Y tanto, pero esto es lo que queríamos, ¿no? —le contesté con voz animada, tratando de disimular lo que yo

también tenía en mi interior.

—Sí, pero...

o

—Pero nada, alegría esa cara, que ya verás qué prontito estamos otra vez de vuelta.

—Uffff...

—María Jesús, por dios bendito, que no llevamos ni quince minutos aquí subidas. No empieces a agobiarte, hija.

—Nada, nada, no me hagas caso. Es solo que me ha dado un bajoncillo, pero ya se me pasará.

La entendía bien, y no solo porque yo estaba sintiendo lo mismo, sino que su padre había vuelto a ser el gran ausente en aquella jornada y eso, quisiera o no, le hacía mucho daño. Y yo, que la conocía perfectamente, lo sabía sin necesidad de que me lo contara.

El Elcano, remolcado por varios barquitos, fue separándose lentamente del muelle y girando hasta irse perdiendo lo lejos, con la bandera española de la popa ondeando en el aire. Esa era la imagen para los que quedaban en el muelle. Para los que partíamos, el mar abierto por delante.

Solo quienes hayan pasado por una experiencia similar podrán entender lo que se siente en esos instantes, cuando dejas atrás tu ciudad, tu casa, tu gente, tus hábitos... Tu día a día, en definitiva.

A veces puede resultar muy duro, de ahí que, además de médicos y enfermeros, siempre viajen a bordo psicólogos para capotear esos temporales mentales que también pueden darse durante el crucero.

La mayoría de las caras eran desconocidas para María Jesús y para mí, aunque en aquel primer viaje tuvimos de nuevo por compañeras a Lourdes y Aitana, un par de chicas que habían hecho la instrucción con nosotras en Escaño.

Lourdes era de Algeciras y Aitana era del norte, de San Sebastián, concretamente. Eran, no. Son, jolines, que las criaturas están vivitas y coleando.

Continúo. Una vez superado ese impacto inicial, podría decirse que todo marchaba más o menos bien desde el punto de vista psicológico, entre días de mucho curro y días bastante más relajados.

,

Y ni que decir tiene, caer en cada país señalado en la ruta era toda una fiesta para nosotros, después de pasar largos periodos en alta mar en que no ves nada más que agua, agua y más agua a tu alrededor.

En entonces cuando se echan de menos las cosas más nimias de esta vida; esos simples detalles a los que no solemos dar ninguna importancia, como por ejemplo ver pasar un perro por tu lado o poder contemplar un paisaje

cualquiera con sus arbolitos, casas y demás.

Pensad en lo que os digo, pues es algo así como vivir temporalmente en mitad de la nada, en una burbuja, en un mundo inexistente.

Y puesto que en cada viaje se dan miles de circunstancias de todo tipo, las anécdotas para rememorar luego también son muchas. En mi caso, de aquel primer crucero tengo un mal recuerdo, y es que pasé dos semanas infernales a cuenta de una infección en el dedo índice de la mano derecha.

Todo comenzó de la forma más tonta con un padrastro que días más tarde se convirtió en una pesadilla total. Aquel cúmulo de pus me tenía el dedo como una bota y no había quien lo atajara. Estaba hasta el moño de antibióticos y de drenajes que me provocaban unos dolores horribles y casi ni me dejaban ni dormir.

Cómo sería la cosa que lo del dedo chungo me pilló llegando a Cuba y no tuve ni ánimo para bajarme en aquel puerto, a pesar de las ganas que tenía de conocer La Habana. En serio, no os estoy exagerando.

a Y que todo fuese eso. Peor fue lo que le ocurrió a un compañero, debido a una desafortunada caída que le obligó a desembarcar en Brasil para ser operado, antes de ser enviado de vuelta a España.

Aitana, sin ir más lejos, se rompió el aductor, por lo que se tiró un mes de baja con la pierna estirada, sin apenas poder moverse. Son simples ejemplos de percances que ocurren en estos viajes y que te pueden ocurrir igualmente estando en tu casa, pero...

, Bueno, mejor aparcas las penas y cuentas alegrías, que también las teníamos, lógicamente. Imaginad lo bonito que es, mismamente, divisar a lo lejos desde cubierta la estatua de la libertad. Estiras el brazo y parece que en cualquier momento vas a poder tocarle con la yema de los dedos esa antorcha que sostiene en alto. ¡Te vas acercando a Nueva York, la famosa ciudad de los rascacielos!

¿Y cómo describir las cataratas del Iguazú o la inmensa estatua del Cristo del Corcovado, en Río de Janeiro? Son tantos y tantos los lugares que una ha podido visitar que el listado de maravillas sería interminable.

Tres cruceros en total y muchísimos países de todos los rincones del planeta; una etapa que también me marcó bastante y que, asimismo, llegó a su fin.

Pude haber renovado contrato con el Juan Sebastián de Elcano por otra temporadita, pero me apetecía un cambio de aires, un destino en tierra si fuese posible.

Aunque la verdad es que no las tenía todas conmigo de conseguirlo, al final me dieron plaza en la base naval de Rota; un triunfo, teniendo en cuenta que pude haber terminado en Cartagena o vaya usted a saber dónde. Mucho mejor estar cerca de casa con los tuyos, ¿no creéis?

Además, de esa forma, comenzaría otro proyecto que había ido aplazando con las navegaciones: ir preparándome para presentarme en la siguiente convocatoria a los exámenes de ingreso en la Escuela de Suboficiales.

Iba camino de los veinticuatro años y no quería posponerlo más, y con una plaza en tierra me resultaría todo mucho más sencillo...

—¿A Rota te han mandado? —María Jesús flipaba cuando se enteró.

—¡Ya te digo!

—¡Qué suerte, hija! Tú has nacido de pie, vamos.

—Y tú no te quedas por aquí porque no te da la gana. ¿Quieres seguir con los barcos? Pues nada, todos para ti, chica.

—Sabes que me encantan, Davinia.

1

—Sí, pero ya veremos si el día que tengas pareja te gustan tanto. Entonces no vas a querer navegar ni en sueños.

—Bueno, pues para entonces ya veremos cómo me lo monto. Además, eso es algo con lo que ya contábamos desde que nos metimos en la Marina, ¿no?

—Cierto, prima. Menos mal que yo no soy tan romántica como tú—le solté para picarla un poco.

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—Nada, nada, morena, que todavía me estoy acordando del argentino aquel que te agarró por la cintura en plena calle de Buenos Aires para que bailases un tango con él. Se te caía la babita, acuérdate. Si llega a ser aquí en Cádiz, ya estarías maquinando la boda.

—¡Qué *joía* tú! Me hablas de aquello, pero del chileno aquel que conociste en Punta Arenas no dices ni media palabra, ¿no?

—¿El chileno? ¿Qué chileno? —pregunté como si no me acordase de nada.

—Sí, claro, ahora hazte la tontita, con la tunda que os metisteis ya el primer día en la playa. No me hagas hablar, Davinia, anda...

—Jajajaja. Mira que las habremos hecho de todos los colores, ¿eh?

—Para escribir un libro, niña.

—Uno cada una. Por cierto, hablando de esas historias, me estoy acordando de la rusa aquella que conoció el Cepero en Miami, ¿te acuerdas, María Jesús?

—Como para no acordarme, al pobre casi le da algo al tener que dejarla allí. Y eso que la tipa decía que iba a ir a verle allá donde desembarcara. ¡Qué fuerte!

—Fuerte, no. Gente con mucha pasta, hija, que se puede permitir todos lo que se le antoje.

—Bueno, tú ya sabes que, de todas formas, el caprichito del Cepero le duró bien poco a la rusa. Fue más bien de boquilla todo...

—De boquilla, sí, de boquilla... jajajaja.

—No entiendo el chiste.

—Nada, nada, déjalo, es un poco verde.

—Ah, vale, ya entiendo por dónde vas, jejejeje. Qué guarrilla tú...

Ya no paramos en toda la tarde de sacudir los recuerdos y más recuerdos de nuestras navegaciones...

—Uno cada una. Por cierto, hablando de esas historias, me estoy acordando de la rusa aquella que conoció el Cepero en Miami, ¿te acuerdas, María Jesús?

—Como para no acordarme, al pobre casi le da algo al tener que dejarla allí. Y eso que la tipa decía que iba a ir a verle allá donde desembarcara. ¡Qué fuerte!

—Fuerte, no. Gente con mucha pasta, hija, que se puede permitir todos lo que se le antoje.

—Bueno, tú ya sabes que, de todas formas, el caprichito del Cepero le duró bien poco a la rusa. Fue más bien de boquilla todo...

—De boquilla, sí, de boquilla... jajajaja.

—No entiendo el chiste.

—Nada, nada, déjalo, es un poco verde.

—Ah, vale, ya entiendo por dónde vas, jejejeje. Qué guarrilla tú...

Ya no paramos en toda la tarde de sacudir los recuerdos y más recuerdos de nuestras navegaciones...

Capítulo 4



Tres meses después de comenzar a trabajar en la base de Rota, y cuando apenas me quedaban un par de semanas para cumplir los veintidós años, conocí a Noah, un norteamericano de color, afincado en aquellos lares.

Aquel sábado por la tarde, había quedado con mi prima María Jesús, que acababa de llegar de navegar en la fragata en que estaba destinada, y con Yolanda y Carmely, un par de amigas nuestras de toda la vida.

En principio, teníamos pensado movernos por El Puerto, que a esas alturas del verano tenía una marcha increíble, sobre todo por la parte de Vistahermosa.

Sin embargo, a última hora hubo un cambio de planes del que no nos enteramos hasta estar reunidas las cuatro en el punto en que nos habíamos citado.

—Chicas, ¿qué os parece si en vez de quedarnos por aquí tiramos para Rota? —propuso Yolanda en cuanto apareció.

—¿Para Rota? *Mamma mía*. ¿Tiene que ser precisamente para Rota, con lo visto que lo tengo? —le contesté.

—Ya, ya lo sé, hija, pero es que hoy actúa Johan allí —nos explicó.

—¿Johan? ¿Ese quién es? —preguntó Carmely.

—Joder, ¿no sabes quién es y lo hemos visto hace nada en Cádiz? —le solté.

—Los habréis visto vosotras, guapa, porque yo no tengo ni idea de lo que me estás contando.

—Es verdad, Davinia —intervino María Jesús—. Ella no pudo venir aquella noche porque le tocó currar, ¿te acuerdas? Fuimos nosotras tres.

—Ah, vale, vale, tienes razón, ya me acuerdo. Bueno, pues ya es hora de que lo conozcas, jejejeje —miré a Carmely.

—¿Pero me queréis explicar de una santa vez quién narices es el Johan ese? ¿Qué tipo de música toca? —protestó

—Tú calla y tira para el coche, que vas a flipar —le respondió Yolanda—. Es un brasileño así más o menos de mi altura, pero que todo lo que le falta de estatura le sobra de potencia en la voz. Menudos pulmones tiene el tío, te va a encantar, ya lo verás.

—¿Y dónde dices que actúa, Yoli? —le pregunté.

—¿Otra vez? En Rota, ya te lo he dicho.

—¡No te fastidia! ¡Qué lista! Hasta ahí llego, guapa, ¿pero dónde es exactamente el concierto?

—En el chiringuito ese tan mono de la playa... ¿cómo se llama, jolín, que lo tengo en la punta de la lengua?
¿¡Será posible esto!?

—Ah, vale, vale, ya sé dónde dices. De haber sabido que íbamos a terminar en la playa, me hubiera vestido de otra forma, no así tan arreglada—le dije, mirándome mis súper sandalias de tacón de aguja.

—¿Qué más da, chiquilla? Estás monísima de la muerte según vas. Hoy ligas tú seguro.

—No lo dudes—le guiñé un ojo.

No sé a santo de qué le contesté de aquel modo. Cualquiera que me escuchara diría que soy una tipa de lo más engreído, cuando en realidad es totalmente lo contrario. Aunque siempre me han dicho que soy muy guapa y que tengo un tipazo de escándalo, yo me tengo por una mujer normal y corriente, de verdad os lo digo. Debíó ser que andaba aquel día de subidón, no sé...

—Yo tampoco pensaba que terminaríamos en la playa, Davinia —continuó diciendo Yolanda—. Johan me escribió hace un par de horas por wasap para decirme que hoy actuaban allí y que a ver cuándo me dejaba ver el pelo, que ando desaparecida, así que me ha parecido que podía ser una buena oportunidad. Chiringuito, puesta de sol, mojito en mano y Johan cantando allí en medio. ¡La combinación perfecta, vamos! Imagínatelo...

—No hay más que hablar, vamos para allá, ¿no, chicas?

Las otras dos estuvieron de acuerdo, de manera que cogimos mi forito (así llamaba yo a mi Ford Fiesta) y tiramos para aquel pueblecillo costero en que esta que os habla curraba auxiliando en las maniobras de atraque de los barcos.

Después de dar ochocientas veinte mil vueltas por la zona buscando aparcamiento, terminamos dejando el coche bastante lejos, en un parking subterráneo. O eso o nos tendríamos que largar por donde mismo habíamos llegado al pueblo. No teníamos más opciones, y es que Rota también se ha puesto de moda y en verano es un hervidero.

l.

El concierto acababa de empezar cuando por fin caímos en el chiringuito en que actuaban aquellos amigos de Yoli. Estaba ya atestado de gente y nos costó lo nuestro alcanzar la barra para pedir las copas.

a

Muchos de los chavales iban en bañador y camiseta (algunos ni siquiera la llevaban puesta, sino dejada caer en el hombro) y la mayoría de las chicas con bikini y pareo, por lo que me sentí un poco fuera de lugar con aquel vestidín negro de manga corta ajustado y mis sandalias de raso anudadas a la pierna.

Evidentemente, era el *oufit* que pegaba en los sitios pijos de El Puerto de Santa María a los que teníamos pensado ir, pero para un chiringuito allí en mitad de la playa... como que no mucho. Aparte, no me sentía muy cómoda con la arena metida ya entre los dedos de los pies, pero era lo que había.

Recuerdo que cuando pagué y agarré mi copa para apartarme de allí, Johan estaba en pleno estribillo de una de las canciones más marchosas de su repertorio; uno de esos temas que ponen a todo el mundo a bailar como locos.

Pues bien, haciendo malabares con la copa en alto para no derramar mucho, más o menos lo conseguí. Sin embargo, no me preguntéis cómo, un tipo de esos largos, pero largos de verdad, me tiró la suya enterita por toda la espalda. Al sentir aquel líquido tan frío de repente, me volví de muy mala uva.

—¡Perdón! Lo siento mucho —se disculpó rápidamente aquel hombre de color, llevándose la mano al pecho.

—Jooooder, tío, no veas cómo me has puesto —le contesté, tocándome la parte baja de la espalda con la mano libre.

El chico se giró un segundo y enseguida volvió a mirarme.

—No sé qué ha pasado, alguien me ha empujado bailando y...

Se le veía bastante apurado.

—Bueno, ya está, ya no tiene remedio la cosa, pero procura tener más cuidadito, hijo.

—¿Puedo hacer algo por ti? —me sonrió, mostrándome una preciosa dentadura blanca como la leche.

—Sí, sí, aléjate de mí, anda, que te temo —le solté tal cual.

—De verdad, perdóname...

—Que sí, hombre, quédate ya tranquilo.

Me di la vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

—Desde luego, qué arisca puedes llegar a ser cuando quieres, guapa —era mi prima, que lo había visto todo, quien me recriminaba la actitud.

—¿Sí, verdad? Toca, toca...

Le agarré la mano y se la puse en la parte de atrás de mi cintura.

—Mira cómo me ha puesto el tío, chorreando perdida. Sabe dios qué me habrá tirado por lo alto, si whisky, si vodka... menos mal que el traje es negro y digo yo que por lo menos la mancha se quitará.

—Que sí, mujer, pero que ha sido un accidente, no creo que lo haya hecho a posta el chaval —mi prima, encima, se trataba de defenderle.

—Vete tú a saber, que los hay que se las saben todas. Algunos, con tal de ligar, son capaces de hacer el pino de cabeza.

—Pues mira, ahora que dices lo de ligar... no está mal el hombre, Davinia. Fíjate en esa mirada. ¡Increíble!

Me volví para mirarle de nuevo. El tipo seguía con la vista fija en mí, por lo que me quedé un poco planchada.

—No, no está mal, pero me saca tres cabezas por lo menos. Madre mía, qué altura tiene el tío. Debe medir cerca de dos metros...

—Bueno, ¿salimos un poco, Davinia? Aquí tan cerca de los altavoces me agobio.

—Ok. Además, hace mucho calor aquí dentro.

Nos sentamos con Yolanda y con Carmely en el borde de la pasarela de madera sobre la arena. Aquellas dos andaban haciéndose selfis y publicando *reels* en el insta, con el chiringuito de fondo.

—Menos mal que estabas como loca por ver a Johan, tú —le dije a Yolanda.

—Y aquí estamos, ¿no?

—Ya, pero me imaginé que querías ponerte ahí en primera fila, como siempre.

—Ufff, quita, quita, ahí metidos no hay quien pare con la que está cayendo...

Tenía razón. A pesar de ser ya sobre las ocho de la tarde, la temperatura todavía seguía siendo bastante alta; nada raro por aquellas fechas. Para colmo, era uno de esos días en que no corría ni la más mínima brisa.

—Me da a mí que mañana salta el Levante —dijo María Jesús.

—No, no es que te dé a ti, es que han dado levantito para mañana —le contesté.

—Qué alegría para mi cuerpo —dejó caer Carmely con ironía—. Por cierto, voy a por otra cervecita, ¿queréis algo, chicas?

—Te acompaño—le ofrecí.

—Eso, tú ve abriéndole camino hasta la barra, que te vea bien el que tú sabes —era María Jesús ya.

—Ni que tuviera yo ningún interés, vamos... —le respondí yo, la mar de digna.

Parece que estaba todo escrito para que ocurriera lo que ocurrió, y es que, avanzando por aquella pasarela de tablas de madera, metí uno de los finísimos tacones entre las rendijas y me torcí un pie. Y por si fuera poco, perdí el equilibrio y me caí allí en medio, lo que me sentó mucho peor todavía que la propia torcedura.

¿Y quién diréis que vino corriendo en mi ayuda? El mismo. Ese tipo que, por alguna razón, seguía pendiente de todos mis movimientos.

—¿Te duele?

—Nada, poca cosa —fue mi respuesta, queriendo restarle importancia al asunto para que no se nos pegase—. Se ve que hoy no es mi día.

El chico volvió a sonreírme.

—No te extrañe si notas que poco a poco se te va hinchando el tobillo —me advirtió.

—¿Y por qué se me va a hinchar nada? —le hablé ya un poco seca.

—Es lo normal en los esguinces, mujer.

—Qué puesto estás tú en todo, ¿no?

Reconozco que ya me estaba pasando de desagradable con él.

—Bueno, sé de lo que hablo, pero no te molesto más. Una última cosa, me llamo Noah.

—Vale, yo me llamo Davinia. Gracias por el interés. Ufffff...

—¿Qué te pasa? —me preguntó al ver que me lamentaba tocándome el pie.

—Jooo, que sí que me está doliendo cada vez más, la verdad.

—Espera aquí un momento. No te muevas—me pidió.

Noah entró en el chiringuito. Mientras, las otras tres empezaron a darme caña con que si el americano quería rollo conmigo y tal.

Le vi plantarse en la barra y pedir algo al camarero. Sospeché de qué se trataba y no me estaba equivocando, pues salió con un vaso de plástico con un par de cubitos de hielo y una servilleta blanca de tela. Le miré sorprendida.

—¿Y eso?

—Es para intentar frenar la hinchazón y que no vaya a más. A ver, vuelve a sentarte y quítate la sandalia...

Le obedecí sin chistar. Noah envolvió los dos trozos de hielo en la servilleta y me la anudó lo mejor que pudo alrededor del tobillo.

—Así da gusto, con un médico para una sola—le solté, con un tono mucho más amable ya.

—¿Ves? Decías que hoy no era tu día, pero nunca se sabe. Bueno, el hielo —ya cambió de tercio radicalmente—, aparte de frenar la hinchazón, te adormecerá un poco la zona, con lo cual no sentirás mucho el dolor, pero quizás sea conveniente que te echen un vistacillo en el hospital.

—Sí, hombre, eso estaba yo pensando, ir de médicos ahora.

—Tienes uno delante, pero no hace milagros —me contestó Noah.

—¿En serio? ¿Eres médico?

—En serio, ¿pero por qué te extraña? No tiene nada de particular. Soy médico igual que podría haber sido abogado, ingeniero o camarero.

—Es verdad, soy una estúpida.

—No, no digas eso, pero hazme caso y ve a que te echen un vistazo a fondo si notas que la cosa empeora, ¿vale?

—Esperemos que no haga falta.

Viéndonos ahí enredados en la conversación, María Jesús, Yolanda y Carmely se alejaron y nos dejaron solos. ¿Me creéis si os digo que cada vez me iba cayendo mejor?

Además, así en la distancia corta, charlando tranquilamente, me pareció incluso mucho más guapo que en principio. ¿Conocéis a algún hombre de color con los ojos verdes? Pues yo tenía ante los míos a uno así, con las pupilas más verdes que se puedan imaginar. ¡Qué puntazo!

Mis ojos también son verdes, pero los de Noah eran espectaculares. Hijo de un neoyorquino y una húngara, había heredado de su padre el color de la piel. De su madre, el de los ojos.

Está visto que la genética puede llegar a ser tan caprichosa como la vida misma...

Viéndonos ahí enredados en la conversación, María Jesús, Yolanda y Carmely se alejaron y nos dejaron solos. ¿Me creéis si os digo que cada vez me iba cayendo mejor?

Además, así en la distancia corta, charlando tranquilamente, me pareció incluso mucho más guapo que en principio. ¿Conocéis a algún hombre de color con los ojos verdes? Pues yo tenía ante los míos a uno así, con las pupilas más verdes que se puedan imaginar. ¡Qué puntazo!

Mis ojos también son verdes, pero los de Noah eran espectaculares. Hijo de un neoyorquino y una húngara, había heredado de su padre el color de la piel. De su madre, el de los ojos.

Está visto que la genética puede llegar a ser tan caprichosa como la vida misma...

Capítulo 5



De resultas de aquella “gracia” mía entre los tablones, estuve una semana de baja en casita, con el tobillo bastante hinchado, amoratado y dolorido; lo que viene siendo un esguince desde siempre, vaya. Y lo que decía Noah, ese médico que parecía que habían puesto allí exclusivamente para mí.

Noah...Aquella tarde comenzó nuestra historia de esa forma totalmente fortuita que ya conocéis. Ese chico moreno que había acudido en mi ayuda vivía precisamente por allí cerca, en un chalecito adosado.

A sus treinta años, trabajaba como traumatólogo en el hospital de Jerez de la Frontera, pero por si no tuviera bastante con la carrera de medicina, estaba terminando además la de fisioterapia. Un año le quedaba tan solo para obtener su segunda licenciatura.

Le llamó mucho la atención saber que yo era militar y dónde se encontraba mi puesto de trabajo en aquellos momentos, y es que sus padres vivían justamente allí dentro de la base naval, en una de las muchísimas casitas destinadas a familias americanas.

En esta mini ciudad roteña conviven unos ocho mil estadounidenses aproximadamente, entre militares y familiares. El padre de Noah también sería militar, pensé, pero ni el hijo entró en esos detalles aquella primera tarde ni yo se los pregunté.

—Qué curioso. Lo mismo nos hemos cruzado alguna vez por ahí—fue lo único que le dije al respecto.

—Seguro. Sobre todo con mi madre, que no para en casa un momento. Siempre está de un lado para otro. Qué mujer...

—Hace bien. Me imagino que la vida ahí dentro no debe ser muy divertida que digamos.

Noah me miró con cara como de asombro.

—A ver, entiéndeme —continué—. No me tomes a mal lo que acabo de decir. Me refiero a que por allí, salvo que estés currando como yo, no hay mucho que hacer ni que ver.

—Tranquila, Davinia. No me molesta lo que estás diciendo. Tienes toda la razón del mundo. Es solo que

observaba tus ojos...

—¿Mis ojos? ¿Qué les pasa? —pregunté un tanto alarmada.

—Nada, mujer. ¿Te gusta el flamenco?

La pregunta sí que me pilló totalmente por sorpresa.

—Bueno... tú sabes... pero no entiendo a qué viene eso ahora. O sea, no sé qué tiene que ver el flamenco con mis ojos —le contesté.

—Pero de Camarón de la Isla habrás escuchado hablar al menos, ¿no?

—Hombre, claro, pero en una gaditana es normal. Lo gracioso es que un americano venga a hablarme ahora de aquel figura. ¿Qué es lo que pasa con Camarón?

—Da igual, es una tontería.

—No, no, ¡eso no vale! —protesté—. No me dejes ahora con la intriga.

—Verás, por extraño que te resulte, mi padre es un forofo total de ese “figura”, como tú lo llamas, y en casa nos sabemos todos el repertorio completo.

—Jajajaja. ¡Qué puntazo! Pero la verdad es que sigo sin saber qué tengo yo que ver con el Camarón de la Isla.

—Nada, en realidad. Es solo que te miraba y se me vino a la cabeza una canción suya que dice...

Casi me parto de la risa escuchando a Noah cantando aquella estrofilla y tocando las palmas a compás: “Si tus ojillos fueran aceitunillas verdes...”. Eso era para verlo. Qué imagen tan chocante, ¿verdad?

—¿A que no te lo esperabas? —me preguntó al acabar aquella letrilla.

—Para nada, te lo juro. Eres una caja de sorpresas. Lo que pasa es que yo no soy muy flamenca que digamos. A mí me van más otros estilos de música y otros bailes.

—¿Por ejemplo?

—Pues mira, por ejemplo la bachata. Me gustan mucho las últimas que han sacado Enrique Iglesias, Manuel Turizo, Chayanne...

—¿Chayanne?

—Sí, Chayanne.

—Entonces déjame que te diga que estás de suerte otra vez. Mira...

Noah se estiró bien la camiseta, se puso la palma de la mano a la altura del ombligo y levantó un poco el brazo contrario, como preparándose para bailar a su bola. De hecho, le faltó el tiempo para empezar a dar aquellos pasos básicos con bastante arte, a la par que me cantaba ese bonito estribillo...

;

—“Somos la copa y el vino, tú y yo...”

Yo le miraba boquiabierta. ¿De dónde había salido aquel individuo tan simpático y dicharachero?

—“... quemamos la noche bailando bachata...”—continué yo.

—Lástima que te hayas hecho daño en el pie, si no, sí que podríamos pasarnos la noche bailando bachata. O salsa. O lo que tú quisieras—me dijo sonriéndome.

—Bueno, otra vez será, ¿no? Si te apetece, claro.

—¿Y por qué no iba a apetecerme? Hasta que no vea claro que ese piececito está perfectamente, no pienso perderte de vista.

—Ah, ¡qué bonito! O sea, que en cuanto se me cure vas a desaparecer del mapa, ¿no?

—Yo no he dicho eso. Lo estás diciendo tú.

—Venga, vale, tienes razón, Noah. Te perdono.

—¡Vaya! Ahora soy yo el que está de suerte. ¡La señorita Davinia me perdona, oigan, señores! —me guiñó un ojo.

—Ya lo creo que sí. Fíjate si estás de suerte, que hasta me dejo que me des un beso si quieres.

Me salió tal cual. Y a él casi se le salen los ojos de las órbitas al escucharme.

—¿De verdad? —preguntó como si no me creyera.

—Oye, que si no te parece, olvídalo, no he dicho nada, ¿eh? —ahí le devolví yo el guiño de ojo.

Ya no dijo ni una palabra más. El morenazo acercó despacio su cara a la mía, me cogió suavemente de la barbilla

y me besó tímidamente. A todo esto, mis acompañantes nos seguían con la vista desde cierta distancia.

Me imaginaba lo que estarían cuchicheando entre ellas, pero me daba igual. Yo me encontraba súper a gusto con el americano, por lo que se me ocurrió proponerle cenar con nosotras.

Ya que andaba fastidiada con lo del pie y no iba a poder moverme mucho, al menos podríamos comer algo por ahí; todos juntos, a ver hasta dónde daba de sí la noche.

A aquellas tres no les pareció mal la idea. En realidad, tampoco les pedí su opinión en ningún momento. Simplemente les dije que en cuanto se acabaran las cervezas nos íbamos a cenar con Noah.

—Anda, ya te mira con mejores ojos—le soltó sin más mi prima María Jesús.

—Sí, jajaja. Ya me ha perdonado por lo de la copa que le tiré encima—le contestó el otro.

. —¿Perdona? ¿Estás diciendo que me la tiraste adrede? —le salté.

—¡No, no, no! No pienses eso, por favor. Te juro que alguien me dio un empujón y....

—Esta prima mía es muy mal pensada, no le hagas caso—intervino María Jesús—. Dice que muchos tíos son capaces de lo que sea con tal de acercarse a una mujer.

—No sé de qué serán capaces los demás, pero no sería yo quien me atreviera a tirarle una copa por lo alto a nadie para llamar su atención. Creo que para todo en esta vida hay que tener clase.

Y él la tenía. Me refiero a lo de clase. Se le notaba en todo; en su forma de vestir, en su manera de expresarse, en sus exquitos modales... La verdad es que, así ya de entrada, parecía un hombre bastante interesante.

Después, cenando juntos los cinco en un restaurante italiano de la zona, pude comprobar que, además, Noah tenía una cultura general flipante. No puedo negar que ya me sentía bastante atraída por él a esas alturas de la noche.

Como no podía ser menos, nos dimos los números de teléfono y quedamos en hablarnos para volvernos a ver en cuanto pudiéramos.

El camino de vuelta a casa en el coche ya os lo podéis imaginar también. Entonces me tocó escucharle a aquellas tres toda clase de barbaridades, como que debía tenerla más larga y más gorda que una botella de ron, que me iba a dar para el pelo o que si algún día me casaba con él, tendría una buena camada de niños mulatitos.

—¡Joder! ¡Anda que no corréis nada vosotras! En un par de horas y ya me estáis casando.

—Oye, ¡quién sabe! Lo mismo este también es un religioso de esos que están como locos por pasar por el altar —

dijo Yolanda, sin apartar la vista de la carretera.

—Vosotras tres sí que estáis como chotas.

—¡Je! Habló la cuerda. No me tires de la lengua, prima...

í

Menudo cachondeo se traían todas conmigo.

Los días posteriores, como ya anticipé al principio de este capítulo, los pasé bastante chungos con el esguince. No quise ir al hospital aquella misma noche porque pensé que lo mismo se me pasaba descansando, pero cuando me levanté y fui a echar el paso... pues eso.

Era domingo y no tenía que ir a Rota a recibir ningún barco (mis horarios eran bastante variables, según las necesidades), así que le pedí a mi hermana Macarena que me acercara al ambulatorio de urgencias.

—¿Y por qué no vamos directamente al hospital? —me preguntó.

—Uffff, qué pereza me da solo de pensarlo. Seguro que aquello está hasta la bandera de gente.

—Como veas, guapa, pero creo que vamos a ganar más yendo para allá directamente. Si por un casual tienen que hacerte una radiografía, en el ambulatorio no pintamos nada. Te digo yo que al final te van a mandar para el otro lado.

—Venga, me has convencido, pero antes vamos a comernos tú y yo unos churritos, que quiero contarte una cosa.

—¿Algún rollito?

—Qué lista eres, hija. Por ahí van los tiros, sí.

Mientras desayunábamos en un bar cercano al hospital, le hablé a Macarena de Noah y le enseñé una foto que nos habíamos hecho en grupo mientras cenábamos en el italiano.

—¡Ostras! ¡Qué mono, niña! —exclamó mi hermana, con mi móvil en la mano.

—¿Verdad? Pues tú no te lo pierdas, que solo me faltó darle un guantazo cuando me derramó el cubata. Bueno, el cubata o lo que fuera, porque me dijo que no suele beber alcohol.

—Joder, qué tía estás hecha. Pero este hombre... lo de los ojos verdes es que es la caña.

—¿Te has fijado? Es impresionante, parece que son lentillas de color.

—Ya te digo. Bueno, venga, acábate el café que nos vamos ya para dentro, a ver si nos atienden prontito.

Por fortuna, no había mucha gente en la sala de espera de urgencias, de manera que en poco más de una hora estábamos fuera ya.

Una vez en la calle, hablé con mi superior para contarle lo ocurrido y que me habían dado la baja laboral, de momento, para una semana.

Con el vendaje cubriéndome buena parte del pie y de la pierna, no estaba yo como para mucha fiesta, vamos.

Hablando de fiesta; le había dicho a Noah que me encantaba la bachata, lo cual era cierto. Lo que no le había contado es que no sabía bailarla. Vale, me defendía con algunos pasitos básicos, pero no estaba yo muy suelta que digamos en la bachata ni en la salsa ni nada de eso.

Era una de mis asignaturas pendientes. Siempre estaba diciendo que me iba a apuntar a clases, pero por un motivo u otro lo había ido dejando atrás.

Conocer a Noah hizo que me entraran de nuevo las ganas de aprender a bailar como estaba mandado todos esos ritmos latinos que cada vez estaban más de moda, pues parecía que a él no se le daban nada mal.

Sí, ya era hora de ponerse en marcha. En cuanto llegara septiembre me pondría a buscar clases por El Puerto...

—Ya te digo. Bueno, venga, acábate el café que nos vamos ya para dentro, a ver si nos atienden prontito.

Por fortuna, no había mucha gente en la sala de espera de urgencias, de manera que en poco más de una hora estábamos fuera ya.

Una vez en la calle, hablé con mi superior para contarle lo ocurrido y que me habían dado la baja laboral, de momento, para una semana.

Con el vendaje cubriéndome buena parte del pie y de la pierna, no estaba yo como para mucha fiesta, vamos.

Hablando de fiesta; le había dicho a Noah que me encantaba la bachata, lo cual era cierto. Lo que no le había contado es que no sabía bailarla. Vale, me defendía con algunos pasitos básicos, pero no estaba yo muy suelta que digamos en la bachata ni en la salsa ni nada de eso.

Era una de mis asignaturas pendientes. Siempre estaba diciendo que me iba a apuntar a clases, pero por un motivo u otro lo había ido dejando atrás.

Conocer a Noah hizo que me entraran de nuevo las ganas de aprender a bailar como estaba mandado todos esos ritmos latinos que cada vez estaban más de moda, pues parecía que a él no se le daban nada mal.

Sí, ya era hora de ponerse en marcha. En cuanto llegara septiembre me pondría a buscar clases por El Puerto...

Capítulo 6



Noah cumplió su palabra y estuvo pendiente de mí durante todos aquellos días en que estuve de baja. Me escribía a todas horas. En cuanto amanecía, ya me estaba enviando el primer wasap dándome los buenos días y preguntándome cómo había dormido y qué tal tenía el pie.

A mi madre no se le pasó por alto que andaba tonteando con alguien y me metió los dedos para sonsacarme...

—Muy enganchada al wasap te veo yo últimamente, Davinia... ¿qué?, ¿ya tenemos novio a la vista?

Me lo soltó tal cual.

—No —le contesté simplemente.

—¿Que no? Como si no conociera yo a mis hijas...

—Anda, no seas cotilla, que siempre estás queriéndote enterar de todo.

—Y lo mismo hasta te extraña que una madre quiera saber todo lo que concierne a sus hijas. Ya te acordarás de cuando seas madre, ya...

—Venga, vale, te voy a enseñar una foto, ¿ok?, pero que sepas que no es mi novio. Solo es un chico que conocí la tarde que me hice esto en el pie, allí en el chiringuito.

Busqué la foto en la galería y se la mostré. Mi madre agarró el móvil, se lo alejó un poco de la cara y entornó ligeramente los ojos.

—Ay, dios. Espera que coja las gafas. Qué pena esto de la vista, ¡con lo bien que veía yo!

Estuve bien atenta a su reacción cuando volvió a mirar la foto con las gafas puestas ya.

—¿Es este que está con vosotras? —preguntó con gesto de asombro.

—Davinia, hija, pero este hombre es...

—Sí, es de color—terminé la frase por ella—. ¿Algún problema? Porque sería ya lo único que me faltara...

—Oye, oye, no te pongas a la defensiva, guapa, que nadie te ha dicho nada. Es solo que me ha extrañado, punto pelota. No imaginaba que me hablabas de un chico de color, pero vamos, que tampoco podrás quejarte tú de tus padres en ningún sentido, ¿no? Sabes de sobra que en esta casa ni somos racistas ni nada que se le parezca.

—Ya, ya, es verdad. Perdóname.

—No te preocupes. Si te gusta ese hombre y es buena gente, adelante, hija. No seré yo quien te quiera quitar la idea.

—Bueno, ya veremos qué pasa. De momento, nos estamos conociendo, pero ya ves tú la mala pata que tengo, y nunca mejor dicho —me miré el tobillo, aún vendado—. Según lo conozco... para casita, como las fichas del parchís.

—Todo pasa por algo, ¿no? Además, así le coges con más ganas cuando le veas.

En serio. No podía quejarme de mi madre. Tampoco de mi padre. Por suerte, ambos eran de mentalidad bastante abierta. Ciertamente no eran mayores, puesto que los andaban en la línea de los cincuenta, pero los padres de mi amiga Carmely, por ejemplo, tenían la misma edad y parecía que tuvieran ochenta años mentalmente.

Volviendo a lo que íbamos, que me he desviado un trecho. Cuando por fin pude apoyar bien el pie para salir a la calle, quedé con Noah. Mi médico se bajó aquella noche a El Puerto de Santa María con su flamante Mercedes Blanco.

í

Venía guapísimo, con un vaquero azul claro, un polo blanco de Tommy Hilfiger y unos modernos zapatos. La verdad es que era bastante pijillo vistiendo, pero a mí eso no me importaba. Al revés; era otro de sus atractivos antes mis ojos, pues yo también me considero un poco pija con la ropa.

—Qué bella está usted, señorita—fueron sus primeras palabras al verme.

Yo llevaba una mini falda color café con una blusa de satén entallada a rayas beige y café también. Vamos, más conjuntada, imposible. Además, esa camisa ajustada me sentaba como un guante, me hacía un pecho muy bonito con aquel frunce delantero entre los botones.

En cambio, no me atreví a poner aún unos taconazos como de costumbre, pues aunque ya tenía el pie aparentemente bien, todavía me quedaba un leve dolorcillo en la zona y no quería forzarlo mucho. De ahí que eligiera unas sandalias muy monas en color crudo, pero con un tacón grueso de tan solo cuatro o cinco centímetros.

Tampoco es que a mí me hiciera mucha falta ir por la vida con tacones muy altos, puesto que mido 1,72 centímetros, pero bueno, que ya me he vuelto a ir por las ramas...

Noah y yo fuimos a cenar a un famoso restaurante del centro; un asador de esos que, según pasas por la puerta, te invitan a entrar con el olor que sale de su interior.

En aquella cena me contó bastantes cosas más de su vida. También mostró curiosidad por la mía, sobre todo por el hecho de haberme metido en la marina...

—Es algo que siempre he deseado —le contesté a aquello—. Desde niña, ya me veía con el uniforme blanco y los galones en el pecho, te lo juro.

—Qué graciosa. Mientras que otras crías nada más que piensan en disfraces de princesas de Disney, la pitufilla Davinia aspiraba a los barcos y las armas...

—Ya ves. También te digo una cosa, que cuando acabé el bachillerato tuve ahí mis dudas un tiempecillo, después de la selectividad.

—¿Y eso?

—Pues porque me planteé estudiar una carrera previamente a entrar en la Armada. Así podría entrar directamente de oficial si me lo hubiera propuesto.

—Hubiera estado muy bien también.

—Ya te digo, pero me dio un poco de pereza, te soy sincera. Esperar cuatro años más para entrar se me hacía una eternidad. Aparte, pensaba que lo suyo es hacerlo desde abajo del todo, desde la escala de marinería, si te tira tanto el cuerpo como a mí. Y ahora que ya voy pasando fases, me doy cuenta de que es así. Toda experiencia cuenta para el aprendizaje.

—Qué interesante. ¿Tú sabes que yo también fui militar?

—¿¿En serio??

—Y tan en serio.

—¿Y por qué te saliste? Si se puede saber, claro, que lo mismo te parezco una entrometida.

—No, mujer, para nada. Tampoco es ningún secreto de estado. Simplemente me di cuenta una vez dentro de que aquello no era lo mío. A mí no me tiraba la vida militar como a ti, sino que la veía nada más que como un medio

para ganarme el pan, ¿entiendes?

—Perfectamente.

—Así que solo estuve dos años —prosiguió—, desde los dieciocho a los veinte. A renglón seguido, me metí en la Facultad de medicina y después de acabar la carrera empecé con la fisioterapia.

l—¡Qué portento de hombre, por favor!

Noah soltó una risilla.

—¿Portento de qué, chiquilla?

—Dos carreras seguidas, ¿te parece poco? Y una de ellas, medicina, ahí es nada...

—Cuando te acostumbras a los libros, ya te da igual meterte uno o cincuenta en la cabeza, créeme. El cerebro es otro órgano que da mucho más de sí con el entrenamiento.

—Hablando de estudios, ¿sabes qué? Ahora, según acabe el verano, empiezo en la academia de las oposiciones para la Escuela de Suboficiales.

—Eso está genial. Los exámenes suelen ser en verano, ¿no?

—Sí, de manera que ya va siendo hora de dar el siguiente paso—le contesté.

—No son muchas asignaturas, ¿verdad?

—Las pruebas de teoría son el inglés, las matemáticas y la física.

—Bueno, con el inglés te puedo echar una mano si te hace falta—Noah me guiñó un ojo.

—Por cierto, ahora que mencionas lo del inglés... el español lo hablas que da gusto escucharte, nadie diría que no has nacido aquí, te lo juro.

—Es que llevo desde los catorce años en España, Davinia. Si en dieciséis años no hubiera aprendido a hablar correctamente el español, sería para matarme.

—Cuestión de habilidades, me imagino. Yo te digo a ti que si me mandan a vivir a Alemania, ya me puedo morir de vieja que no voy a dominar ni medio bien el alemán. ¡Qué espanto! El idioma del diablo, como lo llamo yo...

—Qué exagerada eres, mujer. Te aseguro que no es para tanto.

—Noooo... espera un momento... ¿me estás diciendo que también hablas alemán?

Noah se echó a reír y volteó los ojos hacia arriba.

—Dime, ¿también sabes alemán? —volví a preguntarle.

—Bueno, un poco... lo que me dio tiempo a aprender en los tres años que estuve en Hamburgo.

—Ya... Vamos, que según eres, también puedes dar clases de alemán. En fin...qué maravilla. Y cambiando de tema, el próximo sábado es mi cumple.

—¡Bien! ¿Cuántos te van a caer?

—Nada, los dos patitos.

Puso cara de no haberlo entendido.

—¿Patitos?

Le sonreí.

—Veintidós años, Noah, dos y dos, los dos patitos, ¿no lo has oído nunca?

—La verdad es que no. ¿Ves? Tanto tiempo aquí y ahora me entero. Cada día se aprende algo nuevo.

—Y que lo digas. Bueno, pues eso, que todavía no tengo muy claro cómo voy a celebrarlo. Lo que es seguro es que invitaré a todas mis amigas, pero me gustaría contar también contigo. A Yolanda, Carmely y María Jesús ya las conoces...

—Sí. Muy simpáticas, por cierto.

—Son buena gente, la verdad. María Jesús, mi prima, también es militar. Nos fuimos a Ferrol las dos a la vez.

—Ahhh, genial. Y sí, claro que sí, cuenta también conmigo. Será divertido.

Su compañía sí que era un verdadero placer. Daba gusto escucharle hablar con esa voz aterciopelada y esos ojos como faros en la oscuridad.

Después de cenar, tiramos para la zona de Vistahermosa y nos metimos en un pub de esos guapísimos que hay por allí, donde tenían música en directo. Otro buen grupito, por cierto.

Hablar, no es que pudiéramos hablar mucho más dentro de aquel local con tanta escandalera, pero Noah y yo lo pasamos genial canturreando y bailoteando como el resto de la gente.

Serían por lo menos las cuatro de la mañana cuando volví a casa. Noah no me insinuó en ningún momento llevarme a la suya ni nada por el estilo, supongo que por prudencia.

No se le veía muy lanzado, a pesar de que el brillo de la mirada le delataba. Se le veían las ganas a todas luces, igual que a mí. Era la primera vez en mi vida que me encontraba con un chico así. Pensé que quizás estuviese dejando la iniciativa en mis manos y decidí prolongar un poco aquella magia del principio.

A decir verdad, esa misma noche me hubiera acostado con él, pero como decía, preferí posponerlo un poco. Tiempo habría, ¿no?

Ahora bien, tampoco se fue “de vacío” para Rota. Ya antes de montarnos en su coche para que me llevara de vuelta a casa, le di un buen meneo allí en el aparcamiento.

No es esa la palabra, puesto que tampoco es que nos metiéramos mano ahí delante de la gente, pero unos cuantos besos sí que nos dimos. La cuestión es que le noté un pelín tenso y no entendí el por qué.

—¿Estás bien, Noah?

—De luxe. Estoy que toco el cielo con las manos. ¿Por?

—No sé, me parecía que... bueno, nada, no me hagas caso.

Noah se quedó callado durante unos segundos.

—¿Vamos? —me dijo, mostrándome la llave del coche.

—Vamos.

Ya en doble fila frente a mi portal, fue él quien se inclinó hacia mí para besarme, algo más relajado.

Aunque estaba cansada, aquella noche me costó bastante enganchar el sueño, pensando en él. ¿A santo de qué esa tensión allí en los aparcamientos? ¿Habría alguien más en su vida? ¿Estaría temiendo que alguien nos viera?

No, nada de eso tenía sentido, me dije. No parecía el típico tío que juega a dos bandas, pero claro... acababa de conocerle y, aunque parecía una persona muy formal en todos los aspectos, todavía no podía poner mi mano en candela por él.

Por otro lado, empecé a darle vueltas ya a lo de la celebración de mi cumple. Quería hacer algo especial ese año, y es que los últimos no habían sido nada del otro mundo, más que nada porque dos de ellos me pillaron en plena navegación en el Elcano.

Cierto que cuando se dan esas circunstancias, los compañeros se esmeran en hacerte pasar un buen rato aunque sea en alta mar, pero siempre echas de menos a los tuyos, a tus amistades de siempre...

¡Sí! ¡Tocaba hacer una celebración a lo grande! ¿Cómo? Eso ya se vería...

Por otro lado, empecé a darle vueltas ya a lo de la celebración de mi cumple. Quería hacer algo especial ese año, y es que los últimos no habían sido nada del otro mundo, más que nada porque dos de ellos me pillaron en plena navegación en el Elcano.

Cierto que cuando se dan esas circunstancias, los compañeros se esmeran en hacerte pasar un buen rato aunque sea en alta mar, pero siempre echas de menos a los tuyos, a tus amistades de siempre...

¡Sí! ¡Tocaba hacer una celebración a lo grande! ¿Cómo? Eso ya se vería...

Capítulo 7



Aunque no nos habíamos visto en toda la semana, Noah y yo estuvimos todo el tiempo en contacto por teléfono. Su wasap dándome los “buenos días” en cuanto se levantaba se había convertido en un punto infalible de nuestra relación, si es que podía llamarse ya así.

Ese sábado de mi cumple no iba a ser menos. Siguiendo la rutina habitual, me escribió, pero el mensajito que precedía al saludo me hizo muchísima gracia.

Noah me mando un simpático video de felicitación en plan dibujos animados. En él, aparecían unos ratoncitos dando botes por turnos sobre las teclas de un piano, conformando la melodía del “cumpleaños feliz”.

Lo mejor de aquel corto video era que, al final, uno de ellos se equivoca y pega el salto en la tecla que no debe, con lo cual la melodía se va al traste. Se miran todos entre sí un momento con cara de preocupación y, a continuación, repiten ese último tramo correspondiente al “te deseamos todos... cumpleaños feliiiiiz”. Ahí ya les sale perfecto y todos los ratoncejos se ponen a dar grititos y palmas de felicidad. Como digo, un video súper simpático.

No le contesté, sino que le llamé directamente según terminé de verlo...

—Buenos días, chocolatín.

Quizás os asombre, pero había empezado a llamarle cariñosamente de esa forma por varios motivos, el principal, que era adicto al chocolate, como él mismo me confesó durante la cena de esa última noche en que nos vimos. Además, al parecer, así le llamaba su madre de pequeño por el mismo motivo. Con ese color de piel tan oscuro (y que a mí tanto me gustaba), le iba perfectamente el apodo. Y a Noah le gustaba que le llamase así, por tanto...

—Buenos días, chica linda—fue su modo de corresponderme—. Muchísimas felicidades. ¿Qué se siente al abrir los ojos y ver que ya se tiene un año más?

—¡Jajajaja! Pues nada en especial. Me he despertado exactamente de la misma forma que todos los días, con el pelo igual de enmarañado y dando los mismos bostezos, pero...

—¿Pero?

—¡Pero con muchas ganas de juerga! —exclamé, y es que verdaderamente tenía unas ganas locas de fiesta aquel día.

—Eso me gusta. Pues nada, vamos a desayunar y nos vemos en un rato, ¿no?

—A las doce allí en la puerta, chocolatín.

—Jajaja, venga, vale, a las doce en punto estaré allí.

No me cabía ninguna duda de que así sería. Noah no se retrasaría ni un solo minuto, y es que la puntualidad era otra de sus virtudes. Me encantaba. Nunca he podido soportar a esa gente que te hace esperar siempre por sistema. Una vez puedes tener una justificación para llegar tarde, pero lo que no es de recibo es llegar un día con quince minutos de retraso, otro con media hora... no, hombre, no. Eso se llama falta de respeto, simple y llanamente. Y desde luego, no era mi caso. Otras faltas tendré, como es lógico...

Y siguiendo con lo que os estaba contando. Seguro que os estaréis preguntando ya que dónde había quedado con Noah a las doce del día. Pues bien, si os digo que había quedado con él y con toda la tropa de amistades en el Aqualand de El Puerto de Santa María, quizás os extrañe y os parezca una celebración muy infantil para nuestras edades.

Nosotras no lo veíamos así. De hecho, cada verano nos reuníamos al menos un día para pasarlo en aquel parque temático, disfrutando de sus múltiples atracciones acuáticas para niños y mayores. Los adultos son los primeros que se lo pasan de lujo en estos sitios. Por otro lado, estábamos en plena ola de calor y lo que apetecía era playa o piscina para refrescarse.

De ahí que, después de darle unas cuantas vueltas al asunto, decidiéramos entre todas celebrar mi cumple en aquellas instalaciones. María Jesús, Yolanda, Carmely, Rita, José Ramón y Fermín, mi hermana Macarena, mi vecina Silvia...

Éramos un total de diecisiete personas, de las cuales solo mi prima María Jesús, Carmely y Yolanda conocían a mi chocolatín. Puede decirse, por tanto, que aquella celebración en plan cabras supondría también la presentación en sociedad de Noah.

Noah... Por supuesto, allí estaba él el primero, en los aparcamientos, antes incluso de que diesen las doce del día. Mi chocolatín me dio un tierno abrazo al verme y me frotó ligeramente el pelo con una de sus manazas.

—Heyyy... *happy birthday to you, happy birthday to you...*

Me la cantó enterita al oído sin soltarme del abrazo.

—Grasssias, grasssias—le contesté con tono cantarín cuando terminó y me liberó—. Ven, que ya es hora de que conozcas a mi gente.

Le fui presentando a todas esas amistades mías que todavía no conocía, aunque aún quedaban tres o cuatro por llegar. Entre ellas, José Ramón y Fermín, esa pareja de amigos gays que estarían al caer, puesto que no solían ser de los que se retrasaban, precisamente.

Conociéndoles, la diversión la teníamos más que asegurada, pues allá donde iban la liaban con sus constantes bromas, chistes y “peleas” entre ellos. Me constaba que estaban como locos por conocer a Noah. Miré la hora en el móvil.

—Es un poco pronto, no son ni las doce menos diez, ¿pero qué os parece si tiramos ya para adentro, chicos? ¿O esperamos a los que faltan? —la pregunta iba para todos.

—Vamos para adentro, que los que quedan por venir ya son mayorcitos y no se van a perder. Que nos busquen cuando lleguen. Dilo por el grupo, Davinia —, respondió Yolanda.

—Ok.

Y allá que fuimos todos con nuestras correspondientes neveras con los sándwiches, bocatas, bebidas y demás cosas de zampeo para pasar el día, que lo de comprar todo eso te sale por un buen pico en este tipo de lugares, bien lo sabéis.

El Aqualand estaba recién abierto como quien dice y a esas horas aún no había mucha gente, por lo que tiramos directamente para la zona de las hamacas.

Pronto llegó la chica que controla aquella parte frente a la piscina de olas, para cobrarnos a todos el alquiler de nuestras respectivas parcelitas a la sombra, bajo sus correspondientes sombrillas de paja.

En cuanto nos instalamos y nos desvestimos, mi chocolatín quiso darse ya el primer baño en dicha piscina, que ¡precisamente se encontraba en ese momento en uno de los turnos de “oleaje”.

Yolanda y mi vecina le siguieron, mientras otras tiraron para las atracciones. Yo preferí esperar un poco porque no me apetecía mojarme el bikini todavía.

Le observaba desde mi hamaca. Noah entró del tirón y, cuando ya más o menos el agua le llegaba por la cintura, se dio una zambullida y empezó a nadar hasta el fondo. Iba y volvía, iba y volvía sin parar braceando, demostrando ser también un excelente atleta. Un chico muy completo, pensé.

Volví a mirar la hora en el móvil. José Ramón y Fermín aún no habían llegado, lo cual me extrañó bastante.

—María Jesús, ¿sabes algo de estos dos? —pregunté a mi prima, que estaba a mi lado, tomándose ya un botellín de tinto de verano fresquito.

—No sé, espérate.

Sacó el móvil de su mochila.

—Anda, mira, pues tengo una llamada perdida de Fermín de hace unos minutos. No nos hemos enterado ninguna de las dos.

—Le voy a llamar—dije.

—No, espérate un momento que le llamo yo —me pidió—, pero me voy apartar un poco, que por aquí no se oye muy bien con los niños estos...

Me hizo un gesto con los ojos, señalándome a aquel grupito de críos que se nos habían puesto allí a dos o tres metros y no paraban de chillar dando saltitos con la euforia.

Mi prima se alejó un buen trecho.

—Dice que no pueden venir ahora por la mañana—me contó al volver.

—No fastidies. ¿Y eso?

—Pues nada, que poco antes de salir de su casa, han llamado a Fermín del curro. Por lo visto, un compañero se ha lastimado un brazo reponiendo y tiene que estar allí en el Mercadona hasta las tres de la tarde cubriéndole el turno pero me ha dicho que en cuanto termine vienen los dos para acá.

—Vaya plan, qué mala suerte, hombre.

—Bah, tranquila, ya verás que en nada están aquí.

⁹ La mañana se nos fue en un suspiro, y es que la pasamos de un lado para otro entre las atracciones acuáticas, disfrutando como enanos. El tiempo vuela cuando uno de los está pasando así de bien.

Noah y yo nos tiramos no sé cuántas veces por los toboganes y por el túnel con el roscó doble. En una de esas, aterrizamos de mala manera en el agua. No me digáis cómo nos las apañamos, pero al final, a la salida del túnel, aquel flotador para dos en que íbamos montados volcó repentinamente y caímos boca abajo, por lo que no sé cuánta cantidad de agua pude tragar en esos segundos hasta que reaccioné.

Luego nos partíamos de risa. En cuanto a mis amigos gays, aquella llamada de María Jesús resultó ser una

comedia tramada entre mi prima y ellos dos. La llamada como tal no existió. La pareja apareció después de comer con un bolsón de plástico enorme, cuyo contenido no dejaba mucho lugar a dudas.

Fermín y José Ramón, con sendas coronas de flores de colores en la frente y pareos de flecos estilo hawaianos, venían contoneándose y tatareando el “cumpleaños feliz”, portando dentro de la bolsa una gigantesca tarta recién hecha por ellos mismos.

—¡La leche que os dieron! —exclamé mientras les abrazaba—. No me digáis que por traer la tarta no habéis venido hasta ahora...

—Tú me contarás, guapa—contestó José Ramón—. Alguien tendría que encargarse de este mamoneo, ¿no?

—Ya, pero...

—Pero nada, titi—me cortó Fermín—. Lo que no íbamos a hacer es prepararla ayer y dejarla hoy toda la mañana en el maletero del coche a doscientos grados, hasta la hora de comerla, a pique de coger todos una salmonelosis de esas o como se llame.

—¡Digo! —añadió el otro—. Y luego, todos ingresados en el hospital una semana, cagándonos vivos patas abajo. ¿Te imaginas?

Miré de reojo a Noah, quien oía la conversación a escasos metros. Le vi soltar una risilla con aquella salida de José Ramón. Empezaba bien la cosa.

—Ven, Noah —le hice una seña con el brazo—, que te presento a este par de locas.

Me referí a ellos de esa forma porque era la propia manera en que mis amigos solían presentarse a todo el mundo; como “un par de locas del coño que van a su puta bola por la vida”. Y así era, pues mis amigos iban siempre a lo suyo, pero sin molestar jamás a nadie. Eran dos buenazos y a graciosos y ocurrentes no les ganaba nadie, como ya he dicho.

A esas horas ya habíamos almorzado todos, por lo que la tarta de cumpleaños fue nuestro postre allí en las hamacas, debajo de las sombrillas. Por si no tuvieran bastante con lo de la tarta, mis amigos traían también una corona dorada de cartón para esta que está aquí y una banda de tela para el pecho, así como bolsas de cotillón para todo el mundo, con pitos, serpentinas, guirnaldas de esas de papel de seda de colores en plan collares largos...

Entre la tarta con sus correspondientes velas, los aplausos después de apagarlas y tanto colorido, los críos de alrededor flipaban con aquel espectáculo imprevisto.

De la enorme tarta de nata y chocolate con fresas, también sobraron raciones para más de uno de ellos y para sus padres. Se lo habían ganado, que para eso habían arrimado todos ellos sus voces, al empezar aquellos dos a

· cantarme la popular cancioncilla de felicitación.

En suma, resultó una jornada de lo más simpática y relajante. Noah le cayó muy bien a todo el mundo y tampoco se libró de las bromas de Fermín y José Ramón. Él, más que ninguno, a cuenta de su condición de extranjero y de color.

En cuanto el “par de locas” se dio cuenta de que a mi chocolatín no le molestaban en absoluto, sino más bien al contrario, puesto que les seguía incluso la corriente, le dieron por los cuatro costados.

Lo que nos pudimos reírnos todos, gracias a Fermín y a José Ramón, para nosotros se quedó. Ahora bien, la celebración de mi cumpleaños no se redujo a esa fiestecilla en el Aqualand, como comprenderéis.

Ese fue el plan número uno, en grupo, para pasar el día. Luego vendría la segunda parte de la jornada; el episodio nocturno, mucho más íntimo, ya a solas con Noah...

2

1

1

cantarme la popular cancioncilla de felicitación.

En suma, resultó una jornada de lo más simpática y relajante. Noah le cayó muy bien a todo el mundo y tampoco se libró de las bromas de Fermín y José Ramón. Él, más que ninguno, a cuenta de su condición de extranjero y de color.

En cuanto el “par de locas” se dio cuenta de que a mi chocolatín no le molestaban en absoluto, sino más bien al contrario, puesto que les seguía incluso la corriente, le dieron por los cuatro costados.

Lo que nos pudimos reírnos todos, gracias a Fermín y a José Ramón, para nosotros se quedó. Ahora bien, la celebración de mi cumpleaños no se redujo a esa fiestecilla en el Aqualand, como comprenderéis.

Ese fue el plan número uno, en grupo, para pasar el día. Luego vendría la segunda parte de la jornada; el episodio nocturno, mucho más íntimo, ya a solas con Noah...

Capítulo 8



¿Por dónde empezar a contaros esa noche? Fue la guinda, el broche de oro para una jornada sumamente especial ya de por sí.

Salimos todos del parque acuático en torno a las siete de la tarde, la hora de cierre de aquellas instalaciones; un poco pronto, en mi opinión, para echar a la calle a todo el mundo, teniendo en cuenta los precios de las entradas. Pero eso es lo que hay...

Pues bien, allí fuera, en los aparcamientos, nos fuimos despidiendo unos de otros. Yo llevaba en mi coche a mi prima, a Yolanda y a mi vecina Silvia. Con Noah, quedé en volverme a ver a las nueve y media de la noche, por lo que tenía tiempo suficiente para llegar a casa, deshacer la mochila y todas esas cosas, y arreglarme tranquilamente para la velada con mi chocolatin.

Él pasaría a recogerme para darme esa sorpresa que, al parecer, me tenía preparada. Me lo había dicho el día anterior, pero no había querido revelarme ni el más mínimo detalle al respecto, por lo cual no tenía ni pajolera idea de qué iría el asunto.

A las nueve y veinticinco minutos, allí estaba él como un clavo. Le vi parar en doble fila delante de mi portal, desde mi ventana. Ya llevaba yo también un ratillo toda maqueada de los pies a la cabeza.

Para esa ocasión tan especial, elegí un vestido largo ajustado, negro, con una enorme raja por un lado que casi me llegaba al hilillo del tanga. En serio, era un modelo de lo más atrevido con el que había que andarse con ojo para no enseñarlo todo en un descuido.

Y por aquello de que mi pie ya estaba perfectamente como si nada hubiera ocurrido, eché mano del par de tacones más altos que tenía en el zapatero: unas sandalias de raso en color rosa fucsia, con dos finas tiritas sobre la raíz de los dedos y unos tacones de aguja de trece centímetros.

Bien, ¿no? ¡Como para romperse un pie también a la más mínima de cambio! Menos mal que siempre he dominado a la perfección los zapatos de tacón, por muy altos que sean.

En cuanto al pelo, no tuve que complicarme mucho. Con el calorazo que hacía todavía a esas horas, no era plan de dejárselo suelto, de manera que me recogí mi larga melena rubia en una cola de caballo. La gomilla me la tapé

rodeándola con un mechón de la coleta. No necesitaba más.

Según le vi llegar, agarré mi bolsito del mismo rosa de las sandalias y enfilé hacia la puerta.

—Estás rompedora, hija—me llegó a decir mi madre, al verme cruzar el recibidor.

Volví a mirarme en el espejo de aquella entradita.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Y tanto, y a ese que está ahí abajo también le va a gustar, ya me lo contarás, ya...

Pues bien, ese que me esperaba allí abajo, efectivamente, me estuvo piropeando casi hasta llegar al mejicano donde terminamos cenando.

Aquel original restaurante de Rota era la primera sorpresa que me tenía reservada con tanto misterio. La segunda, la de los mariachis que se presentaron delante de nosotros en plena cena, para cantarle a esta que está aquí...

),
; “Estas son las mañanitas... hoy, por ser día de tu cumple, te las cantamos a ti...”

En realidad, después de lo de “las mañanitas que cantaba el rey David”, la letra no dice eso exactamente, sino “por ser día de tu santo”. Lo sé porque la he escuchado unas cuantas veces en los karaokes, no por otra cosa, que la canción tiene más años que qué. Es más bien de la época de mis abuelos.

Pero claro... aquella noche nada era por casualidad. Ese detalle de la modificación de la letra también corría a cargo de Noah, quien había contratado la actuación de los mariachis exclusivamente para mí.

Y hablando de mariachis; de entrada, mi chocolatín ya me regaló un gorro mejicano de esos igual que llevaban ellos. Me lo sacó un camarero mientras tomábamos una caña en la barra, antes de tomar asiento en el salón.

Ahí sí que flipé en colores, pero por la coincidencia, y es que aquel espectacular gorro era precisamente de color rosa fucsia, con los ribetes y la cinta del casquete en dorado. ¡Ni hecho a posta, vamos! No podía ir más a
; conjunto con mis zapatos y mi bolso.

Y para terminar la función, en tanto esperábamos los postres, Noah me dio su segundo regalo: una finísima caden de oro, con mi inicial colgando. La letra tenía incrustados un montón de brillantitos pegados unos a otros. Era un regalo con mucho gusto.

—Noah... esto es una pasada—le dije, sacándola de su pequeña cajita de nácar.

;
—Tú no te mereces menos, linda.

Linda... Esa era la forma en que se estaba acostumbrando también a llamarme él a mí. Me gustaba, me parecía muy tierno, tanto como él mismo lo era.

—¿Te apetece tomar ahora una copa en mi casa? —me preguntó antes de pedir la cuenta.

La pregunta me sorprendió un poco, la verdad. Para ser sincera, me apetecía ya muchísimo entrar en aquella intimidad que todos sabemos cómo iba a terminar, pero no esperaba que me lo propusiera tan abiertamente.

Por alguna extraña razón que todavía no había logrado adivinar, Noah aún se mostraba de lo más recatado conmigo, pese a que las ganas que él también me tenía se le notaban siempre a leguas, como ya dije en una ocasión.

—¿Y por qué no? Vamos a por esa copa—le contesté y le guiñé un ojo.

—Genial. Por favor—se giró hacia el camarero que nos había atendido y que pasaba justo por allí en ese momento—, ¿me trae la cuenta cuando pueda?

—Ahora mismo se la traigo.

r—Ya tengo yo curiosidad por ver ese chalecito donde vives—continué.

Noah se limitó a sonreírme. En seguida volvió el camarero con la cajita y saqué la tarjeta del monedero para invitarle, pero mi chocolatín se negó.

—Ni se te ocurra. Guarda eso—me pidió.

—Oye, no me hagas esto, ¿vale? Es mi cumple, como no me dejes pagar, no vuelvo a cenar contigo en la vida, así que tú verás.

Me salí con la mía, claro. En cuanto a lo de su casa, de chalecito, nada de nada. Aquel era un señor chalet con todas las de la ley, que incluía una fantástica piscina en el terreno ajardinado de atrás. Aluciné cuando la vi, con todas aquellas velitas encendidas alrededor.

a—Qué fuerte, Noah. ¿Las has encendido antes de irte?

—No hace falta, son lamparitas de esas que se recargan con la luz solar y que se encienden solas por la noche.

—Me encantan. Qué cuco todo.

—Me alegro de que te guste y te sientas cómoda aquí. ¿Qué te apetece tomar? —me preguntó.

—De momento, un baño, si puede ser...

—Faltaría más, estás en tu casa. Yo también me voy a refrescar un poco contigo. Espera.

—¿Dónde vas?

—A ponerme un bañador, ¿no?

—¡Anda ya! No hace falta—le guiñé un ojo y me lancé a besar esos labios.

Apreté mi cuerpo contra el suyo y noté ya la dureza de aquel miembro bajo su pantalón de algodón. Noah me agarró con fuerza por la nuca y comenzó a besarme con una pasión extraordinaria, con más ganas que nunca.

Le quité el polo despacito y después me levanté el vestido y me lo saqué por la cabeza, dejando a la vista mi cuerpo semidesnudo con aquel arrebatador conjunto de minúsculo tanga y sujetador de encaje negro y burdeos.

Mi chocolatín me miró lentamente de arriba abajo y de abajo a arriba.

—Eres una diosa, Davinia, eres una auténtica diosa, no paraba de repetir, con sus grandes manos puestas en mi cintura y sin dejar de mirarme.

—Pues venga, chaval, ¡al agua con tu diosa!

Fue un empujón “a traición” que le llevó al pobre a aterrizar de golpe en mitad de la piscina. Acto seguido, pegué un bote y caí yo también en el agua justo delante de él.

¡—Chica mala—me dijo—, me las vas a pagar...

Noah me metió las manos por detrás del cuello y empezó a besarme de un modo mucho más ardiente, mordisqueándome nerviosamente los labios. Los dos estábamos encendidísimos ya a esas alturas.

Buceando, crucé hasta el extremo opuesto de la piscina, por donde los escaloncitos, en la parte en que se hacía pie sin dificultad. Noah me siguió.

Me agarré a uno de aquellos peldaños metálicos, dándole la espalda, y le dejé hacer. Quería saber hasta dónde sería capaz por sí mismo, y es que ya estaba bien de tanto corte o lo que quisiera que le pasara en el plano sexual.

Sin embargo, todos esos recatos suyos parecieron diluirse bajo el agua de la piscina como arte de magia. Ahí empecé a conocer verdaderamente al Noah amante...

Mi chocolatín me apresó desde atrás con sus musculosos brazos, rodeándome como si fuera un pulpo, y siguió mordisqueándome también desde la nuca hacia abajo.

A pesar de tenerle a mis espaldas, en cuanto me liberó de uno de sus brazos me di cuenta de lo que estaba haciendo: quitándose el pantalón y los calzoncillos bajo el agua.

Los tiró hacia atrás, pero pronto ambas prendas aparecieron flotando ante mis ojos. Saberle totalmente desnudo me excitó más aún, si es que eso era posible, pues para entonces estaba ya que ardía por dentro.

Eché un brazo hacia atrás y le cogí de las nalgas para pegarle a mí. Ahí noté aquel enorme miembro en erección en todo su esplendor. No me hacía falta verlo con mis propios ojos para saber que Noah estaba muy pero que muy bien dotado también por ahí abajo.

Sin soltarme del peldaño en ningún momento, comencé a deslizarme sensualmente en el agua hacia delante y hacia detrás, provocando a mi chocolatín para que me penetrara cuando le viniera en gana, pero como parecía que todavía le faltara un pequeño “empujoncito”, me di la vuelta.

Le miré a los ojos y le agarré sus partes con ambas manos...

—La quiero dentro ya. No me hagas esperar más—le solté tal cual, sin cortarme ni un pelo.

Noah apretó la mandíbula y me colocó de espaldas a un lateral de la piscina. Levanté los brazos y los dejé caer sobre aquel borde de piedra.

Mi chocolatín se las apañó bien para penetrarme en aquella postura. Por un momento, pensé que si en algún lado tenía colocada por casualidad una cámara de esas de vigilancia, iba a estar grabando una buena peli porno por toda la cara.

Ya allí fuera en la piscina hubo de todo, desde sexo oral por ambas partes, hasta un buen masajito relajante de mi chocolatín a esta que os habla. ¿No estaba terminando la carrera de fisioterapia? Pues ya tenía una primera paciente voluntaria con la que practicar... ¡ea!

No quedó la cosa ahí, claro. Después de tomarnos un refresco allí a la luz de la luna (impresionante luna llena esa noche, por cierto), continuamos en la cama. Esa segunda vez fue mucho más intensa, y es que... donde se ponga una cama, que se quite lo demás. Al menos para mí, que debo ser muy cómoda en ese terreno.

Volvimos a desfogarnos a base de bien. Noah ya estaba totalmente desinhibido, sin ningún tipo de reservas. Cuando terminamos, le hablé del tema...

—Quería preguntarte algo, chocolatín.

—Dime, linda, pero que no sea muy complicado, ¿eh? —me sonrió.

—No sé, depende. Lo mismo te pongo en un aprieto...

A Noah se le cambió la cara de repente.

—¿Ocurre algo, Davinia?

—No, nada, es solo que quería saber por qué estabas siempre así conmigo...

—¿Estar cómo?

—A ver si me explico bien. Quiero decir que siempre te he notado como un poco cortado, como si no estuvieras demasiado receptivo, no sé si me entiendes.

Noté que se le asomaba el brillo a los ojos, pero no como si fuese a llorar, sino como si nuevamente le hubiera “cohibido”.

—Ahhh, vale—contestó al fin—. No tiene mayor importancia, es solo que hace varios años que no estoy con ninguna mujer y...

Me quedé pasmada con su respuesta.

—¿Varios años?

^a—Créeme que es verdad. Desde que terminé con Saray, mi última novia, no he vuelto a estar en la intimidad con nadie...

—¿Y cuánto hace de eso, si se puede saber?

—Cerca de cinco años.

Increíble, desde luego que sí, pero no tenía por qué desconfiar de lo que decía. Además, casaba perfectamente con ese “retraimiento” suyo hasta entonces...

—Dime, linda, pero que no sea muy complicado, ¿eh? —me sonrió.

—No sé, depende. Lo mismo te pongo en un aprieto...

A Noah se le cambió la cara de repente.

—¿Ocurre algo, Davinia?

—No, nada, es solo que quería saber por qué estabas siempre así conmigo...

—¿Estar cómo?

—A ver si me explico bien. Quiero decir que siempre te he notado como un poco cortado, como si no estuvieras demasiado receptivo, no sé si me entiendes.

Noté que se le asomaba el brillo a los ojos, pero no como si fuese a llorar, sino como si nuevamente le hubiera “cohibido”.

—Ahhh, vale—contestó al fin—. No tiene mayor importancia, es solo que hace varios años que no estoy con ninguna mujer y...

Me quedé pasmada con su respuesta.

—¿Varios años?

—Créeme que es verdad. Desde que terminé con Saray, mi última novia, no he vuelto a estar en la intimidad con nadie...

—¿Y cuánto hace de eso, si se puede saber?

—Cerca de cinco años.

Increíble, desde luego que sí, pero no tenía por qué desconfiar de lo que decía. Además, casaba perfectamente con ese “retraimiento” suyo hasta entonces...

Capítulo 9



Noah y yo comenzamos una bonita historia de amor oficialmente. Culto, guapo, educado, atento, con una inteligencia alucinante...Lo tenía todo. Mi chocolatín era el hombre con que toda mujer en su sano juicio podría soñar.

A veces me abrumaba un poco con ese lado suyo tan calculador y “cuadrulado” que también tenía, que todo hay que decirlo, y es que sus días estaban perfectamente medidos de principio a fin. Por consiguiente, los míos también, pues yo comencé a formar parte de ese día a día suyo. Pero, en general, puedo decir bien alto que estaba muy a gusto con él.

Fue un verano lleno de emociones, un verano que se me pasó rapidísimo y que dio paso a un otoño que pintaba bastante distinto. Tenía que ponerme ya en serio con mis estudios para lo de la Escuela de Suboficiales, de manera que me matriculé en la academia y volví a dejar de lado lo de apuntarme a clases de bailes latinos. Lo primero era lo primero. Lo demás... ya llegaría.

Los meses siguieron corriendo y nos metimos de lleno en las Navidades, esa época del año que tanto me ha gustado siempre. Por aquellas fechas, mi chocolatín me presentó a sus padres en una cena en casa de ellos. Me daba un apuro tremendo, lo reconozco. Eso de conocerles directamente allí era un corte gordísimo para mí, pero no rechisté. Era lo que Noah deseaba y no sería yo quien le chafase la ilusión.

Justo en esos días había venido a España Brooke, la hermana, a pasar las Navidades con su gente, por lo que tuve el placer de conocerla a ella también en la misma sesión.

Aquella guapísima mujer de melena de tirabuzones morenos e impresionantes ojos verdes como su hermano resultó ser igual de sencilla y simpática que mi Noah.

Fue un tiempo un poco “apretado” para esta que está aquí, que se hinchaba a diario de hacer deporte en el gym y de pegar carreras al anochecer por todo El Puerto, con el chándal y las deportivas.

Mis días sí que estaban bien medidos por entonces, pero por narices. Tenía que alternar el trabajo (una también tenía sus largas guardias en Rota) con las clases tres tardes en semana, los ejercicios físicos para llegar bien preparada a las pruebas... y ver a Noah, lógicamente. Si por él hubiese sido, habríamos quedado a diario, pero eso no era posible por aquel tiempo, y es que las veinticuatro horas de mis días no daban más de sí...

—Tú tranquilo—solía decirle—, que en cuanto termine con los exámenes me vas a tener todo el día pegadita a ti, ya lo verás. Vas a terminar harto de tu linda...

—Eso nunca, preciosa mía. Pero no te preocupes, que te entiendo. Sé bien qué es eso de los exámenes. No te quiero contar lo que supone prepararse para el MIR. Eso sí que es una carrera de resistencia donde no se puede perder nunca el aliento.

—Lo vi en Iván, un hermano de mi vecina que vivía con ella. Lo que no sé es cómo no terminó loco el chaval. Esto mío es una chuminada, en comparación con esa oposición para médicos internos residentes.

—Tú preocúpate ahora de aprobar, que cuando cojas después las vacaciones...—me dejó caer un día cualquiera.

—¿Qué? Termina—le pedí intrigada.

—Ya lo verás. Estoy pensando en otra sorpresa, pero por ahora no te quiero adelantar nada.

—Claro, por eso se llama sorpresa, ¿no?

—Exacto. Tú lo has dicho...

Con la llegada del verano, comenzaron nuevamente los cambios en mi vida. El primero... ¡que aprobé de largo lo exámenes! Así pues, lo siguiente era comenzar ese periodo de formación en la Esubo (Escuela de Suboficiales de la Armada) de San Fernando.

Allí estaría más o menos desde septiembre hasta después de las Navidades. Luego, nuevamente a Ferrol, a Escaño donde completaría los tres años del ciclo de preparación para sargento.

A partir de ahí, dios diría, aunque yo tenía puestas mis miras en conseguir otra vez plaza en el sur, pero eso ya era avanzar mucho en el tiempo, mentalmente. Pasito a pasito, como siempre digo.

En cuanto a la sorpresa de Noah, se tradujo en un idílico viaje a Tailandia de una semana, quince días después de acabar mis exámenes, que quiso regalarme como “premio” por mi esfuerzo, según sus propias palabras. Me quedé fría cuando me plantó los billetes de avión en la mano, así sin más...

—Pero Noah... ¿Cómo se te ocurren estas cosas?

—Como te dije una vez, tú no te mereces menos, linda—fue su respuesta.

, Observé bien la fecha del billete.

—¿Nos vamos dentro de dos semanas, chocolatín?

—Así es. ¿No te viene bien, o qué?

—De lujo, no tengo nada mejor que hacer, estando ya de vacaciones.

—Pues venga, ya puedes ir preparando las maletas cuando quieras...

—Ala, qué exagerado, quince días para hacer una maleta, jejeje. Ainssss, qué chico este... —le di un pellizquito en la barbilla y un piquito en los labios—. Muchísimas gracias, cariño, eres todo un amor.

Noah me sonrió.

Tailandia... ese exótico país en el sudeste de Asia, mundialmente conocido por sus maravillosas playas tropicales antiguas ruinas y templos donde siempre están presentes las figuras de Buda...

En aquella región, Noah y yo pasamos unos días inolvidables, de los cuales, si tuviera que destacar uno, me quedaría con el primero. Todos fueron súper emocionantes, por supuesto, pero la primera toma de contacto fue muy especial.

Y no solo con el país. También estaba deseosa de sexo en esas vacaciones junto a él, completamente relajada; de una sesión de cama de las nuestras sin presiones de ningún tipo, sin preocupaciones, sin horarios, sin exámenes pendientes...

De ahí que la primera noche nos cogiésemos con tantas ganas en aquel dormitorio, y ojo con el dormitorio, que no era cualquier cosa, pues Noah, siempre tirando por lo alto con todo, había elegido un fabuloso resort de lujo en la selva de Phuket, con cabañas de madera en los árboles y piscina privada en cada una de ellas. Dicho de otro modo un escenario insuperable para dar rienda suelta a la pasión.

Recuerdo que salí del baño bastante enardecida ya solo de pensarlo, con un sugerente corpiño de látex negro, un tanga del mismo material y unos taconazos negros que daba miedo verlos.

Noah me esperaba impaciente, sentado en el borde de la original cama redonda del dormitorio, contemplando las increíbles vistas nocturnas a través de la cristalera (tan espectaculares como a la luz del día). Al verme, se puso en pie, se colocó frente a mí, me rodeó con sus fuertes brazos y comenzó a besarme dulcemente.

Sus manos iban bajando por mis costados, en busca de mis caderas. Se apartó un poco para verme mejor a la débil luz de las velas y posó sus ojos como luciérnagas en los míos. Esa penumbra hacía aún más erótica la escena.

Silencio sepulcral entre nosotros. Me acerqué a su cara, rocé su cuello con la punta de mi nariz y aspiré profundamente su olor, mezcla a partes iguales del perfume y de su propia piel.

Deslicé una mano por su pecho hacia abajo, hasta la cinturilla del pantalón, para comprobar si aquella “pistola” estaba ya cargada. Lo estaba. La acaricié y suspiré. Noté cómo se estremecía, por lo que repetí la maniobra pero a la inversa, subiendo y acariciando de nuevo su pecho, antes de volver a bajar hasta el mismo sitio.

Le desabroché despacio el cinturón, llevándole al límite. Con la misma lentitud, le quité el botón del pantalón y le bajé la cremallera, dando algo de libertad ya a aquel erecto miembro que todavía podía ganar dureza y tamaño.

Continué acariciándole ese bulto por encima de los slips. Noah gemía como un gatito. Tiré suavemente de esa prenda interior con ambas manos y él mismo terminó quitándosela y dejándola caer al suelo.

Mi chico estaba ya como las motos, pero yo no me quedaba atrás. Notaba la humedad calándome el tanga, así que me fui echando en la cama como a cámara lenta, acariciándome yo misma los muslos de arriba abajo y viceversa, provocándole hasta la saciedad.

Noah se tumbó a mi lado y me fue desabrochando habilidosamente los cordones del corpiño con una sola mano, mientras con la otra hurgaba por mis partes bajas.

—Sabes que te voy a comer, ¿verdad? —me dijo en voz baja al oído.

—Ummmmm, estás tardando, amor...

Mi chocolatín comenzó a lamerme los pezones y luego fue bajando con su lengua por todo mi vientre hasta llegar al borde del tanga. No tuvo que emplear siquiera las manos para quitármelo. Lo hizo con la boca, cosa habitual en él y que me ponía absolutamente frenética.

¡Estaba ardiendo, me arqueaba sobre el colchón al sentir aquella lengua “jugueteando” por mis ingles, antes de posicionarse entre mis labios menores, en busca de mi clítoris. Esos preliminares suyos me ponían los pelos de punta, os lo juro.

Creí que no lo iba a resistir, que me iba a hacer estallar de puro placer, y pude haberme abandonado a los caprichos de su traviesa lengua. Pero no, todavía no, y es que deseaba alargarlo un poco, aunque con Noah siempre llegaba al orgasmo al menos un par de veces, antes de que lo hiciese él.

Le pedí el relevo, o sea, que se tumbara ya él boca arriba, y me subí encima, sin dejar de mirarle a los ojos. Arqueaba mi cuerpo sobre el suyo de manera que nuestros vientres se rozaban, pero no le permitía penetrarme aún.

Noah cogía aire con fuerza, gemía, entornaba los ojos, soltaba el aire y volvía a aspirar profundamente, cada vez que mi vientre tocaba el suyo. Le acaricié los muslos y noté que él también tenía la piel erizada.

—Quiero entrar en ti, preciosa mía, déjame, por favor—me pidió al fin.

Se lo negué con la cabeza y le sonreí pícaramente.

—Todavía no. Aguanta, que ahora me toca a mí...

—Uffff...

—Hoy te voy a hacer sufrir como nunca, chocolatín mío.

—Dulce amenaza, ya me la imagino...

Noah estaba que no podía más, sofocado, tenso, deseoso... Su respiración se agitaba por segundos y debía tener e pulso a dos mil.

—Pídemelo, amore, pídemelo que te la coma. Sabes que me encanta que me lo pidas —yo no paraba de provocarle también con mis palabras.

—Cómeme, por favor, cómeme entero. Haz conmigo lo que quieras, mi diosa del amor...

Agarré suavemente aquel descomunal miembro, más terso que un pepino, y deslicé mi mano por él de arriba abajo y de abajo a arriba, sin atreverme a darle mucha caña porque temía que Noah se fuera de un momento a otro.

—Mírame—le pedí.

Me llevé el dedo índice a la boca y comencé a lamérmelo como si lo estuviera haciendo con ese mismo miembro que no dejaba de acariciar con la mano libre.

—Por favor, por favor...—murmuraba—. Ven, te necesito...

Estiró sus brazos hacia el frente reclamando mi cuerpo, pero todavía no pensaba concedérselo. Incliné mi cabeza y saqué la lengua, apuntando al extremo de aquello que tenía en la mano. Le di un suave lametón e hice una pausa.

—*Oh, my god, oh, my god...*—repetía en su idioma natal.

No podía seguir haciéndole de “rabiarse” si no quería que su semen comenzara a disparármelo en la boca, por lo que me coloqué bien entre sus caderas para introducirme aquel “arma” en lo más profundo de mi ser.

—Ohhhh, ohhhhhhh, por favor...—no dejaba de gemir—. Qué placer, dios mío...

—Shhhh, calla...

Esa era otra de mis formas de “chincharle” en la cama; obligarle a permanecer en silencio, mordiéndose los labios hasta que estallase de puro placer.

Ahí sí que le permitía despacharse a su gusto, y nada de unos gemidos algo más subidos de tono, que Noah también tenía unos pulmones de aúpa y, cuando llegaba al orgasmo, chillaba como un poseso.

Aunque mis movimientos cabalgándole fueron bastante comedidos al principio, pronto empecé a disparatarme con la velocidad, y es que yo también estaba a punto de reventar de puro gozo, sintiendo aquel hermosísimo miembro en mi interior, apresado entre las paredes de mi vagina.

—Me voy a ir, Noah, me voy a ir...

l

—Sí, mi niña, sigue... yo también estoy a punto...

Me tumbé sobre su pecho, le agarré fuerte de ambas manos y me moví con toda la furia que me permitieron mis fuerzas. No tardamos en llegar al orgasmo los dos a la par, con lo que sus gritos salvajes se fundieron con mis aullidos, allí en mitad de la selva tailandesa.

Pese al aire acondicionado, se fue reconcentrando el calor dentro de la cabaña, y es que nos pasamos la noche, amándonos en todas las posturas posibles. Teníamos que resarcirnos del tiempo perdido...

l.

e

Esa era otra de mis formas de “chincharle” en la cama; obligarle a permanecer en silencio, mordiéndose los labios, hasta que estallase de puro placer.

Ahí sí que le permitía despacharse a su gusto, y nada de unos gemidos algo más subidos de tono, que Noah también tenía unos pulmones de aúpa y, cuando llegaba al orgasmo, chillaba como un poseso.

Aunque mis movimientos cabalgándole fueron bastante comedidos al principio, pronto empecé a disparatarme con la velocidad, y es que yo también estaba a punto de reventar de puro gozo, sintiendo aquel hermosísimo miembro en mi interior, apresado entre las paredes de mi vagina.

—Me voy a ir, Noah, me voy a ir...

—Sí, mi niña, sigue... yo también estoy a punto...

Me tumbé sobre su pecho, le agarré fuerte de ambas manos y me moví con toda la furia que me permitieron mis fuerzas. No tardamos en llegar al orgasmo los dos a la par, con lo que sus gritos salvajes se fundieron con mis aullidos, allí en mitad de la selva tailandesa.

Pese al aire acondicionado, se fue reconcentrando el calor dentro de la cabaña, y es que nos pasamos la noche amándonos en todas las posturas posibles. Teníamos que resarcirnos del tiempo perdido...

Capítulo 10



Con mi ingreso en la Escuela de Suboficiales de San Fernando, mi vida dio otro giro que, al principio, se me hizo un tanto cuesta arriba. Allí, como si se tratase de un colegio mayor, tienes unos horarios que cumplir.

Cualquiera que me escuche dirá que menuda novedad, puesto que horarios hay en todas partes; en cualquier trabajo, en las universidades... Cierto. Me refería a las noches, y es que de lo de dormir en tu casita ya te puedes ir olvidando al ingresar allí.

Todos los alumnos tienen que hacerlo en aquellas instalaciones de lunes a viernes, salvo quien tenga, por ejemplo algún familiar directo (padre o madre) que cuidar por algún motivo. Pero como digo, esos son casos excepcionales. Solo puedes dormir fuera los fines de semana, con el permiso de la armada (franco de ría).

Ese turno de libertad es como un soplo de aire fresco para cualquiera, y más aún para la gente como yo que, teniendo pareja y tu casa a dos pasos como quien dice, tenía que aguantarse las ganas hasta el viernes, sin poder moverse de allí.

Ahora bien, como en todo, ahí también hay cierta flexibilidad. Pongamos ahora como ejemplo el tema de la comida, del cual no he vuelto a hablaros desde mis comienzos en la Escuela de Especialidades de Escaño.

A pesar de los pesares, después de tantas vueltas navegando durante meses y meses seguidos en el Elcano, seguía siendo bastante delicadita con ese asunto. Pero la verdad es que no estás obligado a comerte sí o sí lo que te pongan por delante en el comedor de los cuarteles. Eso es cosa tuya.

En la Escuela de Suboficiales de la Isla (San Fernando), la comida era más de lo mismo: platos que a mí no me sabían a nada, en el mejor de los casos. Que sí, que ya sé que los menús de la armada están bien pensados, en pos de la salud de las tropas, pero a mí me seguían sabiendo a rayos casi todos ellos. Ni siquiera el pollo asado me entusiasmaba; ese plato por el que era capaz de cualquier cosa.

A lo que iba, que si os cuento todo esto es por algo. Hasta en eso, mi Noah se portó de fábula conmigo durante aquellos meses. Me mimaba más de la cuenta, la verdad. Como mínimo, le tenía un día a la semana plantado en la puerta de la escuela, un rato antes de almorzar.

El pobre se presentaba con una bolsa con las cosas que más me gustaban, como los fideos chinos, la carrillada en

salsa, los tallarines a la carbonara o el propio pollo asado, con sus croquetas y pimientitos fritos, recién comprado en el asador más famoso de la Isla.

Además, siempre lo hacía por sorpresa. Me avisaba por wasap cuando estaba ya allí mismo en la puerta, para que me asomase un momento a recogerlo.

—¡Ainsssss! ¡Que te como enterito! —le dije la primera vez que apareció con el bolsón de comida a la carta.

—El finde, el finde te lo recuerdo, jajajaja —me dijo con toda su picaresca.

—¿Todo bien, linda?

—Sin novedad en el frente, mi chocolatin. Deseando que llegue el viernes para salir pitando de aquí. Y ahora, con su permiso, tengo que retirarme.

—Permiso concedido, marinero Aranda.

Así daba gusto, y no solo por poder comer ese día (y el siguiente) a capricho, sino que verle, aunque fuera tan solo por unos minutos, acortaba un poco los plazos en el tiempo.

Estando en aquellas dependencias comenzando mi formación, no paraba de pensar en cómo sería mi siguiente fase en Ferrol, aquella tierra de la que guardaba gratísimos recuerdos y en la que en breve me tocaría volver a vivir por una buena temporada.

Allí, las circunstancias variaban sustancialmente en cuanto a lo de las noches, aunque no para todo el mundo. Quienes lleven más de cuatro años en la Armada, como era el caso mío, pueden solicitar el externado y dormir diariamente en su casa.

Bien mirado, te sale mucho más rentable que alquilarte un piso, aunque esto también depende mucho de cómo te lo montes, lógicamente. Yo la lo tenía todo previsto en ese sentido; una opción asequible y de lo más “familiar”.

En cuanto aprobé, ya hablé con Marisol, mi antigua compañera de piso. Compañera mía y de mi prima María Jesús, si recordáis. Bonitas vivencias también dentro de aquel céntrico piso, junto a ella y el resto de compañeras.

Marisol, con quien no había perdido nunca el contacto totalmente, se puso súper contenta al enterarse de que había aprobado y que, por tanto, volvería a caer por allí a no tardar mucho.

—Qué ilu, niña, aquí te voy a estar esperando—fue de lo primero que me soltó en aquella llamada.

—A eso te iba, Marisol, que no tengo ninguna gana de hacer vida en la escuela, como comprenderás, y tengo que ponerme ya en marcha para buscar habitación.

—¿Y qué problema tienes tú con eso, estando yo aquí?

—No sé, hija, lo mismo lo tienes todo alquilado.

—Qué va. Es más, dos de las habitaciones es que ya ni las alquilo, pero porque no me da la gana. Solo una, y y yyy. Antes sí, pero porque me hacía mucha falta la pasta. Ahora, afortunadamente, estoy bastante desahogada en ese sentido y no quiero tanto jaleo en casa.

—Y no me extraña, porque lo de meter en tu casa a un puñado de desconocidas, cada una con su propio carácter, también es un riesgo gordo.

—Dímelo a mí. Esa es la razón principal, y es que no sabes la que tuve con la última nenita que se me coló por las puertas.

—¿Y eso?

—Esa sí que me la metió bien, con todo su golpe de carita de inocente. Aparte de resultarme una descarada de aquí te espero y una auténtica puerca que tenía la habitación hecha un asco, no veas lo sinvergüenza y lo irrespetuosa que era.

e

—¡No me digas! Menudo plan...

—No lo sabes bien, Davinia. ¿Te acuerdas de lo que os dije a ti y a tu prima María Jesús el primer día?

—Bueno, sé qué hablamos de las condiciones, de las normas de convivencia, ¿pero a qué te refieres exactamente?

—A la cuestión de los rollos con los tíos y esas cosas.

—Ah, sí, vale. Ya sé por dónde vas. Que la que quisiera mambo (utilicé esa misma palabra que nos dijera ella a nosotras por entonces para referirse al sexo) que se fuera a un hotel o donde le pareciera, pero que en el piso... nada de eso.

—Tú lo has dicho. Bueno, pues esta de la que te hablo, como si fuera sorda. No sé si debía pensarse que yo era idiota o qué, pero más de una vez la pillé bien pillada, al volver tarde a casa.

—No fastidies. Qué cortazo, jejejeje.

—Sí, tú riéte, pero a cuenta de eso no sé cuántas broncas tuvimos. La tipa me decía que aquello parecía una dictadura, que había que ser un poquito más flexibles, que todas éramos jóvenes y que si esto y que si lo otro.

—Uffff, no veas qué papeleta, hija.

—Pero tú no sabes la más gorda. Esa ya fue el colmo de los colmos. Me fui un fin de semana a Gijón a ver a mis padres y cuando volví... ¿qué dirás que me encontré?

—A saber...

—Pues que la señorita, no contenta con meter a quien fuera otra vez en casa, había tenido la poquísima vergüenza de acostarse con él en mi propia cama. ¡Digo que sí! Que en un colchón de uno cincuenta como el mío se está más a gusto que en uno individual. ¡Qué lista la tía!

—Madre de dios, qué descaró de mujer...

—Solo me faltó abofetearla, te lo juro. Me di cuenta porque había hecho la cama pero a su manera, o sea, con el edredón todo descuadrado y los cojines como le pareció. ¡Según soy yo para esas pijotadas, Davinia! Y lo sabes. En cuanto abrí la puerta del dormitorio, me percaté de lo que se había cocido allí dentro. Es que ni siquiera se había molestado en ventilar la habitación.

—Bueno, ¿y qué hiciste?

Le escuché un suspiro a través del teléfono.

—¿Qué iba a hacer? Pues declararle ya la guerra total desde aquel día, para que ella misma cogiese la puerta y se marchara de aquí. Menos mal que no tardó mucho, que si no, terminamos en comisaría.

—Bueno, chica, pues tú tranquila que sabes que conmigo no vas a tener esos problemas. Ni esos, ni de ningún otro estilo, que no creo que te quedaran quejas de mi prima ni de mí.

—En absoluto. Es más, la chavala que tengo ahora se va antes de Navidades, así que... la habitación es todita tuya. Reservada la tienes.

—No sabes qué alegría me das, Marisol.

—A mí también me da mucha alegría saber que vamos a ser compañeras de piso de nuevo.

Sabía que lo decía de corazón. Por ese lado, asunto resuelto. La única duda que tenía era si llevarme el coche a Galicia para moverme por allí o si venderlo antes de que cascase del todo.

Mi forito ya tenía sus años, pues me lo compré bastante barato de segunda mano, y empezaba a dar sus fallos. Al final, decidí subirme con él a Ferrol, cuando me llegó la hora de abandonar la Escuela de Suboficiales de San Fernando para tirar para Galicia. Todavía podía dar un poco más de sí, me dije.

Sin embargo, un par de días antes de marcharme, mi cochecillo dijo: “hasta aquí he llegado”. Se le había ido la junta de culata, una avería costosa y que, a esas alturas, aunque quisiera, no había tiempo de reparar.

—Qué oportuno el dichoso coche —me lamentaba con Noah, esa misma tarde—. No podía haberse esperado uno: días más y ya le habría dado la patada en Ferrol. O lo hubiese arreglado, yo que sé, y no que ahora otra vez a coger trenes con los petates...

s —¿Trenes por qué?

—Hombre, porque no voy a irme en patinete, ¿no?

—¿Y para qué tienes tú a tu chocolatin, si se puede saber? ¿Eh?

Le miré fijamente.

—No, no estarás pensando...

—¿Y por qué no? ¿Tantas ganas tienes de perderme ya de vista, linda?

—Anda ya, no digas eso, es solo que me da mucho apuro.

—¿Apuro por qué, mujer?

—Porque es una paliza, Noah. Son cerca de mil kilómetros.

—Si vienes tú de copiloto, como si tengo que hacerme un millón.

Le sonreí. Era tan tierno...

—Claro, de subida, perfecto. El problema es que luego te va a tocar bajar solo, a renglón seguido.

—No tiene por qué ser a renglón seguido. Podemos irnos tres o cuatro días antes de que empieces en la escuela y nos lo tomamos como unas mini vacaciones por Galicia. ¿Cómo lo ves?

¿Cómo decirle que no a semejante proposición? Desde luego, era de lo más atractiva, aunque me seguía dando pena por él, por esa vuelta en solitario para el sur.

—Tú no te preocupes por nada, chica linda. Estoy acostumbrado a hacer muchos kilómetros yo solo, créeme.

—Vale. Acepto ir de marquesa a su lado, señor Noah—le guiñé un ojo.

Noah se puso en pie y me dio un tierno abrazo.

—Ay, mi chiquitina, que se me va a hacer gallega a este paso...

s

—¿Te imaginas? Cuando baje otra vez, te diré...ayyy, pobriño mío, dame un bico, que no sabes cuánta morriña he sentido en estos meses, jajaja.

Conseguí arrancarle una carcajada con algo tan simple.

—Mientras no vuelvas hablando en argentino, todo irá bien, jejeje.

—Buah, chaval, eso sí que sería la leche, vamos.

Y a lo tonto a lo tonto, llegó el día de meter todas las cosas en el maletero y poner rumbo a Ferrol. Por un lado, contenta de apurar las últimas horas con él. Por otro, un tanto triste, pensando ya en el momento de la despedida.

Me quedaban más de dos años por delante en el norte de España. Bien es verdad que con los aviones y los trenes, las distancias no lo son tanto. Las generaciones pasadas sí que lo tenían crudo en ese aspecto. Tres días en tren para cruzar el país se tiraban mis bisabuelos, como me contaba mi abuela Encarni.

En cualquier caso, a mí, teniendo que quedarme allí sin él, se me hacía como si de repente me hallara en la otra punta del planeta, pero no me quedaba más remedio que tragarme mi penita. Nadie me había obligado a optar por ese estilo de vida, así que... eso era lo que había, y....

¡Viva España! (Siempre)

Noah se puso en pie y me dio un tierno abrazo.

—Ay, mi chiquitina, que se me va a hacer gallega a este paso...

—¿Te imaginas? Cuando baje otra vez, te diré...ayyy, pobriño mío, dame un bico, que no sabes cuánta morriña he sentido en estos meses, jajaja.

Conseguí arrancarle una carcajada con algo tan simple.

—Mientras no vuelvas hablando en argentino, todo irá bien, jejeje.

—Buah, chaval, eso sí que sería la leche, vamos.

Y a lo tonto a lo tonto, llegó el día de meter todas las cosas en el maletero y poner rumbo a Ferrol. Por un lado, contenta de apurar las últimas horas con él. Por otro, un tanto triste, pensando ya en el momento de la despedida.

Me quedaban más de dos años por delante en el norte de España. Bien es verdad que con los aviones y los trenes, las distancias no lo son tanto. Las generaciones pasadas sí que lo tenían crudo en ese aspecto. Tres días en tren para cruzar el país se tiraban mis bisabuelos, como me contaba mi abuela Encarni.

En cualquier caso, a mí, teniendo que quedarme allí sin él, se me hacía como si de repente me hallara en la otra punta del planeta, pero no me quedaba más remedio que tragarme mi penita. Nadie me había obligado a optar por ese estilo de vida, así que... eso era lo que había, y...

¡Viva España! (Siempre)

Capítulo 11



Noah y yo tiramos para allá un viernes a las cinco de la mañana. Muy tempranito, sí, pero es que nos quedaba un largo viaje por carretera hasta tierras gallegas. Hasta el lunes no tenía que personarme en la escuela, de modo que teníamos aún por delante todo un finde para nosotros solitos.

Mi chocolatín había reservado habitación en un buen hotel de la ciudad; un fantástico spa de modernas instalaciones, junto a la Ría de Ferrol. Se trataba de uno de esos sitios concebidos para bajarte las revoluciones según llegas a la habitación. Y a mí, creedme, eso era precisamente algo que me hacía falta en aquellos momentos.

Me encantan esos “templos del mimo”, como yo los llamo, con sus circuitos de agua, cabinas de masaje, saunas, duchas de contraste y demás servicios pensados para la relajación de sus clientes. De todo ello disfrutaríamos durante nuestra estancia en aquel establecimiento.

A Marisol no le había dicho que caería por allí el viernes. La conocía bien y sabía que posiblemente me ofreciera quedarnos en su casa, pues una cosa era que, efectivamente, no le gustase el chorreo de tipos desconocidos entrando y saliendo por el piso, y otra muy distinta mis circunstancias con Noah. Nos sobraba la confianza (entre Marisol y yo, quiero decir).

No era plan, la verdad, más que nada porque nos apetecía disfrutar de una intimidad que en aquel piso, con ella, si hubiera visto bastante mermada.

Ferrol, mi siguiente destino... Esa localidad gallega tendrá unos sesenta y pico mil habitantes, es decir, no es muy grande, por lo que corríamos el riesgo de encontrárnosla de frente en cualquier momento donde menos lo esperaríamos. Y basta que no lo quieras para que así ocurra. Tampoco hubiera sido nada grave la cosa, pues mi antigua casera lo habría entendido perfectamente.

Entre las paredes de aquel hotel nos hartamos de hacer el amor antes de despedirnos. La última noche parecía como si no fuésemos a tener más oportunidad de hacerlo en la vida.

Tal y como solía hacer cuando las circunstancias lo permitían, me preparé a conciencia, y cuando digo esto de las circunstancias me refiero a hallarnos tranquilamente en un dormitorio, con todas las comodidades al alcance, ya fuera de un hotel o de su propia casa (Noah y yo podíamos hacerlo también en cualquier otro lugar sin ningún problema). Eso sí, cerciorándonos siempre de que no hubiese nadie cerca que pudiera sorprendernos en plena

acción. Lo de que fuesen a pillarnos haciéndolo...

Una vez lo hicimos en mitad del campo, un domingo que fuimos de excursión por la sierra gaditana. En otra ocasión, de noche en la playa, metidos en el agua. ¡Qué morbo, por favor!

Pues lo que decía, que siguiendo mi costumbre cuando estábamos en un dormitorio, me encerré un rato en el baño para prepararme a conciencia. Salí de allí con un atrevidísimo body rojo de gasa con el escote en pico hasta el ombligo y unas altísimas botas mosqueteras del mismo color que me llegaban casi hasta medio muslo.

Mi chocolatín estaba de pie, mirando por la ventana. Al oírme abrir la puerta del baño, se giró. Posé por unos instantes con los brazos abiertos sobre el marco de la puerta, en plan diva, para que me contemplase todo lo que le apeteciera.

Después me fui acercando a él con una sonrisa pilla y calentona, de esas que dejan a cualquier hombre semiinconsciente, con la boca abierta y la baba colgándole como a un bóxer sediento.

1. Solo faltó que saltasen las alarmas contra incendios. No me gusta presumir, siempre lo digo, pero reconozco que estaba de lo más sexy, “vestida” de semejante manera, maquillada con esmero con los ojos ahumados y los labios pintados de un intenso rojo pasión. Quería impactarle, que se bajase al sur con el mejor de los recuerdos posibles de su chica.

Noah estaba vestido aún. Soltó su copa de champán en la mesilla de noche y avanzó hacia mí. Le abracé y le metí la mano por dentro del pantalón, por detrás, buscando sus nalgas. Se las masajee suavemente.

—Ven—le pedí, agarrándole por la punta de los dedos.

2. Mi chico me sonrió.

—Espera un segundo, linda.

—¿Qué pasa?

—Nada—cogió el mando del aparato de la calefacción—, que como no baje esto unos grados, dentro de un rato vamos a estar cociéndonos.

—Mmmmmm, ¿tú crees? —le guiñé un ojo—. Ven aquí, vamos a comprobarlo...

Comencé a quitarle los botones de la camisa, mirándole a los ojos fijamente y mordisqueándome la comisura de los labios. Sabía que ese gesto le ponía a mil. A continuación, le quité la correa y le desabroché el botón del pantalón. Seguí con la cremallera para dar un respiro a la “fiera” que había atrapada allí abajo, peleando por salir.

Metiéndole la mano por dentro del slip, la acaricié con suavidad, con lo que conseguí que se pusiese más tensa todavía. Luego me arrodillé y se lo bajé despacio hasta dejarla totalmente en libertad, apuntando al techo. Le agarré del trasero y me la metí en la boca para lamerla con la misma calma.

—Ufff, por favor, uffff...—comenzó a gemir.

Cuando empezó a no aguantarlo, Noah me cogió de las manos y tiró de mí para que me levantase.

—Ven, preciosidad...

Me tumbó en la cama y se colocó a mi lado. Mi chocolatín comenzó a besarme como sabía que me gustaba, o sea, alternando besos dulces con besos ardorosos, de esos en que las lenguas se enredan en titánicos combates.

Sus manos me acariciaban cada rincón de mi cuerpo; la cara, los hombros, los senos... Deslizó una de ellas por mis caderas y la dirigió a mis muslos. Los separó un poco y hurgó con sus dedos por allí en medio, donde estos se unen.

—Ummm, qué rico, estás muy húmeda, mi niña. ¿Me deseas? —me preguntó en bajito al oído.

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja, excitándome aún más y provocándome escalofríos.

—Claro que te deseo, claro que te deseo, Noah—repetí—. Tengo muchas ganas de ti, y lo sabes.

—Me encanta escuchar eso, me pone muchísimo saber que estás deseando sentirme dentro de ti.

Noah seguía acariciándome toda la zona púbica, por dentro y por fuera. Tan pronto me hundía el dedo en la vagina, como me masajeaba el clítoris con suavidad, poniéndome en “tensión” y arrancando los gemidos de mi garganta.

Se mordisqueaba los labios y me los mordisqueaba a mí. La sangre me ardía, estaba ansiosa por que me penetrase ya.

Mi chico lo veía claramente, de modo que se colocó sobre mí, me abrió las piernas (con botas y todo) y colocó en la entrada de mi vagina aquel miembro en su máxima erección.

Ambos estábamos en ebullición ya, pero Noah no me penetró aún. Siguió con uno de esos “juegos” suyos que, de sobra sabía, tanto me excitaban, y que consistía en hacerse un poco de rogar, acercándomela y retirándomela cada vez que creía que iba a hundírmela en lo más profundo de mi ser. Mis gemidos eran ya de protesta.

—¿Qué quieres, impaciente? ¿La quieres dentro?

—Síííí—contesté con rotundidad.

Al igual que a mí en ocasiones me gustaba que me suplicase ciertas cosas en la cama, a Noah le encantaba que le pidiese aquello desesperadamente, viéndome tan excitada y entregada.

—Pues pídemelo por esa boquita, linda, que me encanta oírlo.

—Métemela, por favor, métemela ya...

Su hermosísimo miembro seguía en mi puerta, rozándola por fuera. Yo no paraba de gimotear, al límite de la desesperación, al punto de que pensé que iba a estallar en cualquier momento sin darle ni tiempo a penetrarme.

Noah no quiso hacerme sufrir más y empezó a hacerlo lentamente. Era tal mi grado de excitación que no podía soportarlo, por lo que le sujeté firmemente por el trasero y le obligué a moverse con más rapidez.

Notando esa presión de su cuerpo sobre el mío, apreté la mandíbula, agarré fuertemente la almohada y grité como las locas, al sentir las primeras contracciones del orgasmo. Mi chico, escuchando aullar de semejante manera, no tardó mucho más en culminar también dentro de mí; el tiempo justo de apagarse mis gritos y escapársele a él los suyos por la boca. Fue un orgasmo potente, nada de tonterías.

Al acabar, se tendió a mi lado y me rodeó con sus brazos.

—Sabes que esto ha sido nada más que un aperitivo, ¿verdad? —me dijo.

—Ohhhh, qué miedito me das, chocolatin. No me amenaces, no me amenaces, anda, que sabes que soy peligrosa.

Le sonreí picaronamente.

—Deja que me lave un poco y me cambie, y ya te diré yo a ti lo que es un aperitivo y lo que es un señor plato de arroz en toda regla.

Noah se rio con la comparación.

—Arroz... ¿No has tenido bastante con la paella que nos hemos comido a mediodía, linda?

—Uffff, qué buena estaba, por dios. Como se nota el marisco gallego, ¿eh?

—Y tanto que sí. Te vas a hartar de cosas de esas en este tiempo sin mí.

—Ainsss, no hablemos de eso ahora, no quiero que corran las agujas del reloj. Quiero quedarme para siempre aquí contigo, dentro de esta cama...

—Ya firmaba yo por eso, pero sabes que no es posible, mi niña.

—Bueno, dejemos el tema, que no quiero ponerme triste, ¿ok?

—Ni media palabra más del asunto.

Me levanté de la cama para darme una ducha rápida y ponerme una segunda “vestimenta” de las mías para volverle majara ya del todo. Esa era mi intención, pero Noah tenía otros planes, por lo que aquella minifaldita escocesa de tablas, con su correspondiente camisa blanca y corbata corta se quedó sin salir de la maleta.

Mi bombón entró en el baño justo cuando estaba enjabonándome las axilas.

—¿Necesitas ayuda, chica linda?

—Puedo apañármelas sola, pero si quieres...

Noah abrió la mampara de la ducha y se metió conmigo. Estuvimos recreándonos un buen rato bajo los chorros de agua caliente, saboreando ese gustazo de sentirla cayéndonos en cascada por encima, calentándonos a fondo la piel desde la cabeza a los pies.

Mi chico y yo nos enjabonamos mutuamente, mirándonos a los ojos, sonriéndonos, besándonos, acariciándonos todos los recovecos de nuestros cuerpos...

Minutos después de entrar, ya estaba de nuevo con la espada en alto, listo para la segunda batalla. Noah me colocó de cara a las baldosas de aquella cabina, me abrió las piernas y se me pegó por detrás como una lapa.

Cerré los ojos, levanté los brazos y me dejé caer contra la pared. Al contacto de mi torso caliente con la frialdad de las baldosas, me estremecí. Empecé a gemir otra vez, flexionando un poco la espalda y balanceándome hacia atrás y hacia delante, con unos movimientos tranquilos y de lo más sensuales.

Sus manos, nerviosas, de deslizaban de un lado a otro; de la espalda, a las nalgas, de las nalgas, a la cintura, de la cintura, hacia mis pechos. En ellos se detuvo un par de minutos, para acariciarme los pezones y endurecérmelos más todavía.

Luego me dio la vuelta, se puso de rodillas en el plato de ducha y me separó bien los muslos. Iba directo al grano y pronto su lengua se perdió por allí abajo. La humedad que una tenía por fuera a cuenta de los chorros de agua venía a ser más o menos la misma que tenía por dentro, sintiéndola hundirse y retroceder, hundirse y retroceder...

¡—Para, por dios—le supliqué—, para... o me voy a ir ya mismo.

Noah se levantó, volvió a colocarme de cara a la pared y me penetró desde atrás. Pese a la excitación de ambos a esas alturas, esa segunda sesión fue bastante larga, y es que cada vez que él o yo notábamos que estábamos a punto de reventar de placer, nos “cortábamos” el uno al otro cambiando de tercio, para enfriar momentáneamente la cosa.

A aquel episodio bajo el agua, le siguió un tercero en la cama, antes de caer rendidos y echarnos a dormir.

El tiempo juntos iba llegando a su fin y se aproximaba la hora de la despedida, pero no podíamos quejarnos, puesto que el fin de semana, en suma, había sido de lo más gratificante y emocionante en todos los sentidos...

,

Noah se levantó, volvió a colocarme de cara a la pared y me penetró desde atrás. Pese a la excitación de ambos a esas alturas, esa segunda sesión fue bastante larga, y es que cada vez que él o yo notábamos que estábamos a punto de reventar de placer, nos “cortábamos” el uno al otro cambiando de tercio, para enfriar momentáneamente la cosa.

A aquel episodio bajo el agua, le siguió un tercero en la cama, antes de caer rendidos y echarnos a dormir.

El tiempo juntos iba llegando a su fin y se aproximaba la hora de la despedida, pero no podíamos quejarnos, puesto que el fin de semana, en suma, había sido de lo más gratificante y emocionante en todos los sentidos...

Capítulo 12



Antes de que se marchase, le llevé al piso donde me instalaría con Marisol, para que viese con sus propios ojos dónde iba a vivir a partir de entonces y para que la conociera a ella.

Fue triste separarme de mi chico, pero pronto me acostumbré a mi nueva rutina entre la escuela, el gimnasio y el tiempo de ocio junto a mi casera y algunas nuevas compañeras de Escaño con las que hice amistad. Los fines de semana solíamos salir por ahí de copas, al cine, a cenar...

Llevaba ya un mes y medio en Ferrol cuando se me ocurrió lo de apuntarme a salsa y bachata, aquel viejo proyecto que siempre había terminado posponiendo por unos motivos u otros. Se lo comenté a Marisol buscando consejo, pues seguro que sabía de algún sitio recomendable.

—Ah, pues mira, en el gimnasio al que va mi prima Rosa, dan clases. De hecho, ella está apuntada también a la bachata. Dice que Víctor, el profe, es buenísimo, que baila que da gusto verlo y que es un crack enseñando.

—Genial, pues creo que me voy a apuntar un mes para probar, y si veo que me gusta y va bien la cosa, sigo.

—Seguro que sí. Desde luego, mi prima no puede estar más contenta.

Mi casera me dijo cuál era el gimnasio en cuestión y esa misma tarde me pasé por allí. Fue el propio Víctor quien me atendió en recepción. Y si digo que se me heló la sangre en la venas al verle, me quedo corta, la verdad.

Marisol ya me había hablado de sus dotes como bailarín y como profesor, pero no me había dicho ni media palabra de lo atractivísimo que era, aunque posiblemente no lo supiera porque ella no le conocía.

El profesor de bailes latinos mediría más o menos lo mismo que yo, quizás dos o tres centímetros más. Tenía la piel súper bronceada, el pelo largo y rizado (siempre me han encantado los hombres con melenas así), barbita de varios días y unos ojos negros impresionantes.

Le expliqué que llevaba tiempo queriendo aprender a bailar la bachata y la salsa, pero que no era una novata total, que tenía una ligera base.

—Fantástico, pues tú ponte en mis manos y confía en mí, que en unos meses vas a bailar de vicio—me aseguró.

—Está bien, vamos a probar, y a ver hasta dónde llegamos, ¿no?

—Hasta donde tú quieras, te lo garantizo...

Víctor me guiñó un ojo y luego me clavó la mirada de tal manera que me dejó sin habla momentáneamente. Con eso de llegar hasta donde yo quisiera... ¿me estaba tirando los tejos sutilmente o me lo parecía a mí?

Comencé a ir a sus clases un par de tardes en semana. Aquel monumento humano tenía bastantes alumnos, de los cuales la mayoría eran mujeres. Por las miraditas y las pildoritas se notaba que más de una estaba colada por él. Sin embargo, el chaval no parecía mostrar ningún interés en ninguna... nada más que en mí.

Víctor no desaprovechaba ocasión para tirarme sus buenas chinitas y no paraba de pedirme que me tomase una cerveza con él algún día al salir del gimnasio.

Al principio, esquivaba sus propuestas con excusas de todo tipo, pero con el tiempo, me dije que no hacía nada malo tomándome algo con mi profesor de baile. A fin de cuentas, ya le consideraba casi como un amigo.

Eso era lo que yo misma me decía, tratando de solapar la realidad, y la realidad era que me sentía súper atraída por aquel morenazo que bailaba como no os podéis hacer ni una ligera idea.

Si la bachata de por sí ya es un baile latino súper sensual... con él, se convertía en una verdadera danza erótica. Con la salsa, por el estilo. Y de la kizomba, ni hablamos ya. A esas clases yo no iba, pero más de una vez me quedé, con su permiso, allí sentada un ratito mientras las daba. ¡Todo un espectáculo!

Víctor era la seducción andante cuando agarraba a una mujer y comenzaba a moverse de aquella forma. Y cuando en mis clases me tocaba el turno de poner en práctica junto a él lo que habíamos aprendido a lo largo de la tarde, sintiendo sus manos en mi zona lumbar y su mirada penetrante, se me caía la baba, os lo juro.

Digo que se me caía la baba por decirlo de un modo suave, porque lo que de verdad se me caía era otro fluido que no sale de la boca precisamente. De ahí que una de aquellas tardes, al terminar, aceptase a salir por ahí a tomar algo con él.

—Te ha costado, ¿eh? —me soltó, sentados ya en la barra del bar al que fuimos a parar.

—Ya ves, y eso que a persuasivo tampoco te gana nadie...—le contesté.

—Bueno, es así como se consigue todo en esta vida, ¿no? Cuestión de insistir, nada más.

—Pero, por mucho que uno se empeñe, hay cosas que no siempre terminan alcanzándose —le rebatí.

—No tantas, créeme.

—Flipo con esa seguridad que tienes, chico.

—Eso también es necesario, Davinia, creer en uno mismo. Ya verás... te apuesto lo que quieras a que te consigo.
¿Qué te juegas?

Me quedé fría con sus palabras.

—¿Perdona, Víctor? ¿Has dicho...

No me dejó terminar.

—Lo he dicho y lo has oído perfectamente. Tiempo al tiempo, guapa...

Me sonrió abiertamente. Tenía una sonrisa divina que me recordaba a la de Noah.

—No te equivoques conmigo, Víctor —le advertí—. Una cosa es que no me importe estar ahora mismo aquí contigo porque no creo que esté cometiendo ningún delito... y otra cosa es lo que tú estás pensando. Además, tengo novio en Cádiz, por si no lo sabías.

—Ya...

—Pues no te olvides de ese detalle y vamos a llevarnos bien, ¿vale?

—Como tú digas—me contestó tan solo.

Pero lo dicho, dicho estaba ya. A través de aquella conversación me fui enterando de más cosas de su vida. Víctor tenía veintinueve años (cinco más que yo) y hacía un mes y pico que había roto con su novia.

Según me contó, vivían juntos en un pisito de alquiler en las afueras de Ferrol. La chica era de San Sebastián y no tenía familia en Galicia, por lo que le pareció justo ser él quien se marchase de allí. A fin de cuentas, él podía irse de momento a casa de su madre, hasta encontrar un nuevo piso que le interesara, y en esas estaba.

Lo de salir del gimnasio y tomarnos unas cañas no es que se convirtiese en un hábito nuestro, pero sí era algo que hacíamos con cierta frecuencia, sobre todo los viernes (las clases eran martes y viernes, de seis a ocho de la tarde)

En cuanto a mi chocolatín, estaba en contacto permanente con él. Rara era la noche en que no nos hacíamos una videollamada antes de echarnos a dormir. Por supuesto, seguíamos en la misma línea de los wasaps desde el amanecer, dándonos los “buenos días”.

Dos meses y medio hacía que no nos veíamos. Tenía pensado bajar en breve a Cádiz, aprovechando un puente. Me hacía falta caer ya por allí, aunque empezaba a acostumbrarme a la ausencia de todos los míos en mi vida.

Qué verdad es que a todo se hace el cuerpo y que no hay nada más poderoso que el tiempo...

Uno de esos viernes en que Víctor y yo tapeamos en un bar del centro, me sugirió un plan que no pude rechazar: acompañarle el viernes siguiente por la noche a un pub donde tenían programado una especie de campeonato de bachata.

—Te lo vas a pasar de lujo, ya lo verás —me dijo tan convencido.

—¿Y quién va a ser tu pareja de baile? —le pregunté.

—Mi hermana Sandra. Ella también da clases de bailes latinos en Corcubión.

—Ammm, qué bueno...

¿Qué os digo? Aunque me esté mal reconocerlo, me pasé toda la semana ilusionadísima pensando en aquella “fiesta” que comenzaría a las once de la noche en uno de los pubs más populares de Ferrol.

Ese mismo viernes, al terminar las clases, salí pitando para casa, cené algo rápido, me duché y me puse de punta en blanco, como cada vez que salía con mi chocolatín. Cuando estuve lista, me miré al espejo y me pregunté que qué estaba haciendo...

De algún modo, me estaba recriminando a mí misma mi actitud y ese entusiasmo que me corría inevitablemente por las venas. Por un momento, estuve tentada de llamarle y decirle que no contase conmigo, pero Marisol me quitó la idea...

—Anda ya, mujer, no seas tonta. Sal y diviértete, que con eso no le haces daño a nadie. Seguro que tu chico también estará por ahí con sus amigos.

—Pues mira, hablando de él... no creo, la verdad. Me ha llamado hace un rato diciéndome que llevaba todo el día con mucho dolor de cabeza y que pensaba acostarse pronto, a ver si descansando se le pasaba.

—Vaya...

— Y que no me extrañe si esta noche no me hace ninguna videollamada.

—Ufff...

—¿Qué pasa, Marisol?

—Nada, nada, que eso de que no cuentes con la videollamada de rigor me escama un poco, qué quieres que te diga.

—Pues a mí no, hija, qué mal pensada eres, por dios. Cualquiera puede tener un mal día... Bueno, me largo, que llego tarde.

Me reuní con Víctor en el bar en cuestión. Allí me presentó a su hermana Sandra, una chica bastante agradable, por cierto. En aquel lugar se respiraba muy buen ambiente, aunque el concurso resultó un poco largo con tantos participantes.

Víctor y su hermana terminaron haciéndose con un merecidísimo primer premio que consistía en una cantidad determinada de dinero en metálico.

En tanto se desarrollaba el concurso, me tomé varios cubatas. Estaba a gusto, lo confieso, por lo que me los iba bebiendo como el que bebe agua, sin darme cuenta de que tantos pelotazos podrían acabar pasándome factura.

Cuando salimos del pub, serían por lo menos las tres de la madrugada. No es que estuviese borracha, pero sí un tanto achispada. Sandra se despidió de nosotros y cogió su coche para tirar hacia Corcubión, ese otro pueblo gallego en que vivía.

Recuerdo que yo no paraba de reír. La mía era una risa floja, todo me hacía gracia, no sé... estaba animadísima.

—¿Qué te parece si continuamos la fiesta por nuestra cuenta? —me propuso Víctor.

—Jajajaja, como no sea en la playa, porque los pubs están medio cerrados todos ya.

—Bueno, me sé de un sitio donde también podemos bailar y tomar otra copa...

—¿Ah, sí? ¿Y dónde, morenín?

Víctor se acercó a mí y me lo dijo al oído.

—Espera, espera, espera... tú no quieres bailar conmigo, cachondo mental, tú lo que quieres es hacerme otra cosa... jajajajaja.

El guapísimo bailarín también se reía.

—Tú misma, Davinia, pero que sepas que no voy a hacerte nada que no quieras que te haga, que eso también es cosa de dos, igual que la bachata...

—Ya...

—¿Entonces qué? ¿Vamos o no?

—Vamos—le respondí con determinación y sin parar de reír.

Y de ese modo fue como caímos de cabeza en el mismo hotel en que Noah y yo nos habíamos alojado aquel fin de semana de nuestra despedida. Pudimos haber buscado algo más sencillito, pero mi acompañante se empeñó en ir allí del tirón...

—Paso de dar vueltas para ahorrar unos euros. Esta pasta que me he ganado con solo un par de bailecitos la voy a emplear en disfrutar de lo lindo contigo esta noche—se sacó los billetes del bolsillo.

De lo que pasó dentro de esa otra habitación del spa, no creo que sea necesario dar muchas explicaciones. Tan solo diré que si Víctor era un bailarín de primera, como amante no se quedaba atrás.

Sin palabras, os lo juro. Era ya el colmo de los colmos en esa faceta. En la cama, se mostró mucho más fogoso y “salvaje” de lo que pudiera haber imaginado. Y de ahí que al día siguiente me despertase tan escocida por abajo y que tuviera los pezones doloridos y la cara como si me hubiese peleado con un oso, con la piel de las mejillas y el mentón irritadísima por culpa de esos durísimos pelitos de su barba.

Dormimos bien poco, y es que amanecía ya cuando cerramos los ojos, después de hartarnos de sudar, haciéndolo en todas las posturas posibles.

Cuando me desperté, eché mano del móvil para ver la hora, pero... ¡mierda! Me había quedado sin batería...

No llegue a casa hasta por lo menos las doce y media o la una del día, no recuerdo bien, pero sí recuerdo perfectamente que lo puse a cargar nada más entrar por la puerta. Era sábado y posiblemente Noah ya me hubiese llamado.

En cuanto se cargó un poco, lo encendí. Tenía un montón de llamadas perdidas tuyas. Le llamé inmediatamente, pero no me lo cogió. Lo intenté más tarde, y lo mismo, así que le escribí por wasap preguntándole que dónde estaba metido.

Su respuesta, minutos después, me dejó muerta: ¿A ti que te importa?

Lo peor no fue eso. Lo peor es que ya no conseguí arrancarle ni media palabra más a Noah, y es que cuando insist con los wasaps... terminó bloqueándome e hizo lo mismo con las llamadas.

No entendía nada. La angustia me estaba matando y no podía siquiera contárselo a Marisol, pues mi casera se había marchado aquel sábado bien temprano a Gijón para pasar el fin de semana con sus padres.

Estaba sola en casa. A media tarde, presa de la ansiedad, la llamé para contárselo, pero su reacción, lejos de calmarme, me alteró todavía más...

—Ay, madre mía. Si ya decía yo que no me olía bien eso que te dijo de que no contaras anoche con la video por s
acaso...

2

—No me fastidies, eh, Marisol, que bastante tengo ya con lo que tengo.

—¿Y qué quieres que te diga, chica? Yo tampoco sé qué demonios le pasa a tu pareja.

No podía ser. Yo le había fallado a Noah, pero estaba segura de que mi chocolatín no andaba con ninguna otra mujer. Ponía el cuello por mi chico.

Sin embargo, tres días después recibí la llamada de mi amiga Yolanda y ahí fue cuando mi opinión sobre Noah cambió radicalmente. Aquella me llamaba precisamente para contarme que le había visto muy contento jugando a los bolos en un centro comercial de El Puerto de Santa María, acompañado de una mujer de color.

—¿De color? —le pregunté, pensando en que quizás su hermana Brooke hubiese vuelto a Rota por un casual.

—Sí. Era así más o menos como de nuestra estatura, rellenita y con el pelo cortito a la altura de la barbilla—me explicó.

Su hermana no era, eso estaba claro. La descripción no encajaba para nada. Aparte, hasta donde yo tenía entendido, ella solo viajaba a España para ver a sus padres en Navidades.

Estaba que me tiraba de los pelos. ¡Y yo pesarosa cada vez que iba a tomar algo con mi profe, como si estuviese fallándole a Noah!

De repente, se me esfumaron todos los cargos de conciencia por lo ocurrido horas antes. Se tenía merecidos los cuernos y, además, me iba a escuchar cuando lograra pillarle.

Estaba sola en casa. A media tarde, presa de la ansiedad, la llamé para contárselo, pero su reacción, lejos de calmarme, me alteró todavía más...

—Ay, madre mía. Si ya decía yo que no me olía bien eso que te dijo de que no contaras anoche con la video por si acaso...

—No me fastidies, eh, Marisol, que bastante tengo ya con lo que tengo.

—¿Y qué quieres que te diga, chica? Yo tampoco sé qué demonios le pasa a tu pareja.

No podía ser. Yo le había fallado a Noah, pero estaba segura de que mi chocolatín no andaba con ninguna otra mujer. Ponía el cuello por mi chico.

Sin embargo, tres días después recibí la llamada de mi amiga Yolanda y ahí fue cuando mi opinión sobre Noah cambió radicalmente. Aquella me llamaba precisamente para contarme que le había visto muy contento jugando a los bolos en un centro comercial de El Puerto de Santa María, acompañado de una mujer de color.

—¿De color? —le pregunté, pensando en que quizás su hermana Brooke hubiese vuelto a Rota por un casual.

—Sí. Era así más o menos como de nuestra estatura, rellenita y con el pelo cortito a la altura de la barbilla—me explicó.

Su hermana no era, eso estaba claro. La descripción no encajaba para nada. Aparte, hasta donde yo tenía entendido, ella solo viajaba a España para ver a sus padres en Navidades.

Estaba que me tiraba de los pelos. ¡Y yo pesarosa cada vez que iba a tomar algo con mi profe, como si estuviese fallándole a Noah!

De repente, se me esfumaron todos los cargos de conciencia por lo ocurrido horas antes. Se tenía merecidos los cuernos y, además, me iba a escuchar cuando lograra pillarle.

Capítulo 13



Noah

Cansado, humillado y destrozado. Esas son las palabras que mejor definían mi estado de ánimo. Por más que me estrujaba el cerebro, no lograba entender en qué le habría fallado a Davinia para que me hubiese hecho aquella faena tan gorda.

No os podéis imaginar la ilusión que llevaba yo, camino de Ferrol. Quería darle la sorpresa a mi chica, aunque no soy muy dado a este tipo de cosas, la verdad. De hecho, en alguna que otra ocasión, ella me había dicho que era demasiado calculador para todo, que la vida no está concebida para medir todos los movimientos, que también hay que improvisar de vez en cuando...

Para una vez que me lanzo, me encuentro con ese resultado tan...en fin, no me sale ni la palabra. Da igual. Voy a tratar de explicaros ahora cómo ocurrió todo, punto por punto, para que podáis entender mejor mi malestar y mi profundo dolor.

Sabía que Davinia estaba deseando bajar ya al sur para verme (a mí y a toda su gente, claro está), pero no lo tenía tan sencillo. Todavía quedaba un buen puñado de días para el puente de mayo, momento en que por fin podría hacerlo.

Yo también tenía muchas ganas de ver a mi chica, de abrazarla, de besarla, de mimarla... La amaba con todo mi corazón.

Como ya he dicho, estaba dispuesto a plantarme allí de sorpresa, por lo que me puse en marcha. Lo primero era lo primero, o sea, resolver el tema del trabajo. Me tocaba guardia de veinticuatro horas el sábado, pero logré cambiarla con un compañero.

Lo segundo, reservar habitación en ese mismo hotel spa que tanto le había gustado y donde tan bien lo habíamos pasado. Por último, hacer la maleta, llenar el depósito del coche y... coger la carretera a las cuatro y media de la tarde, en cuanto salí el viernes del hospital de Jerez.

La verdad es que era un palizón hacer de una sentada tantísimos kilómetros, por lo que decidí tirar por la A4 hasta Madrid y hacer noche allí en Aluche, en casa de unos tíos a los que tenía prometido visitar en cuanto pudiera.

Ya les advertí que sería una visita relámpago, dado el plan. Cenaría con ellos en casa y me levantaría a eso de las cinco de la madrugada para continuar el viaje hasta Ferrol, calculando que llegaría sobre las diez y media de la mañana; una buena hora para llevarla a desayunar churritos con chocolate, cosa que a mi niña le encantaba.

Hasta ahí, todo perfecto, tanto en mis cálculos como en la práctica, pues a las once menos veinte ya estaba yo aparcando en la calle en que vivía. Con el móvil en la mano, me fui acercando a su portal. La llamé, pero me dio como que lo tenía apagado o fuera de cobertura.

Miré el telefonillo y pensé en pulsar el botoncito de su piso, pero no me pareció bien hacerlo porque sospeché que su compañera también podría estar dormida. Me daba muchísimo apuro despertar a Marisol.

Esperé un par de minutos y volví a llamar a Davinia, y nada, su teléfono no estaba operativo. Al final, llamé también al telefonillo, pero por allí tampoco me contestó nadie. Imaginé que tal vez habrían salido ambas a desayunar a algún lado, de manera que decidí esperar un rato sin alejarme mucho, por ver si volvían.

Me tomé un café en el bar de la esquina para hacer tiempo y media hora después volví a darle al telefonillo. Como no conseguía nada, subí al piso, pero por más que llamé al timbre de la puerta... pues eso, que no hubo manera y tampoco. Parecía que se las hubiese tragado la tierra.

Continué llamando a su móvil a intervalos de diez o quince minutos, por si acaso, y seguía en las mismas. “No te agobies, no andará muy lejos”, me dije.

Comencé a deambular por la zona, con la esperanza de que en cualquier momento viera mis llamadas y se pusiera en contacto conmigo, pero el tiempo seguía corriendo y me encontraba igual que al principio, es decir, ni la hallé en casa, ni me llamaba, ni encendía su móvil, ni la veía por ningún lado...

Harto de esperar y un poco nervioso, decidí encaminarme al hotel para registrarme y tal. Me vendría bien una ducha y cambiarme de ropa, pues había salido a la carrera de madrugada de casa de mis tíos, en mi afán de llegar pronto a aquel pueblo.

El hotel se encontraba relativamente cerca, así que ni siquiera moví el coche. Lo tenía bien aparcado, de modo que saqué mi maletín y me fui para allá. Estaba en el mostrador de recepción cuando escuché a mi espalda pasos de unos tacones.

Por la calle, el ruido de este tipo de zapatos pasa más desapercibido, pero en un lugar tan silencioso como aquel y sobre el suelo de mármol, la verdad es que ese “clac, clac, clac” se te cuela por los oídos. Sin poderlo evitar, pensé en ella, y es que mi chica era adicta a los tacones de aguja. Siempre que podía los llevaba.

Escuché una risilla tras de mí. Quien quisiera que fuese la mujer de los tacones, no caminaba sola. Miré de reojo y... ¡no podía ser! Tuve que girarme y observarla (la chica ya iba hacia fuera con un tipo melenudo), para

convencerme de que sí que era ella, que no era ninguna alucinación mía lo que mis ojos estaban viendo.

No se percató de mi presencia en el mostrador. Se les veía tan contentos... Davinia llevaba un llamativo vestido rojo, corto y estrecho, que se compró en Jerez estando conmigo una tarde que fuimos al cine, y un par de tacones altísimos, para no variar. Llevaba su largo pelo rubio un tanto revuelto.

El corazón se me disparó de golpe. Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

—Aquí tiene, caballero—escuché decir al chico de recepción, pero le escuché como a lo lejos, como si se encontrase en otra dimensión.

No podía moverme ni articular palabra. Estaba como una estatua allí clavado. Por un momento, temí que me diese algo, os lo prometo.

—Caballero...—repitió el chaval, tendiéndome la tarjeta para desbloquear la cerradura de mi habitación.

—Emmm...perdone... gracias—conseguí decirle con bastante esfuerzo.

Según entré por la puerta de aquel dormitorio, me tiré en plancha en la cama y maldije mi suerte. Otro, en mi lugar, quizás hubiese armado un numerito allí abajo al encontrárselos, pero ese no es mi estilo.

Por un lado, lo las escenas en público me parece vergonzoso, creo que los problemas hay que resolverlos aparte, sin dar ningún espectáculo. Por otro, ¿contra quién “disparar”? Al tipo de las melenas no le conocía de nada, no sabía las circunstancias... A ella... ¿qué podía decirle?

Ya estaba todo dicho entre nosotros. En cuanto la había dejado allí en Ferrol, me la había pegado. No merecía ya ni mis reproches. Me dolía el alma...

Una media hora más tarde, me llamó, pero no me quedaron fuerzas para cogérselo. Me resistía a hablar con ella y acabar diciéndole cualquier barbaridad. Davinia insistió con las llamadas y no se salió con la suya, con lo cual me escribió un wasap preguntándome que dónde andaba. Eso mismo me preguntaba yo un rato antes. ¡Qué triste todo!

Tardé un poco en contestarle y lo hice de feas maneras, diciéndole que qué le importaba. Muy lógica mi respuesta si lo pensáis, pero como era de esperar, reaccionó enviándome varios wasaps seguidos preguntándome qué bicho me había picado y que si se me había ido la olla y no sé qué más.

No quería seguir escuchándola. Me parecía todo tan fuerte que terminé bloqueándola. Esa mujer estaba muerta para mí, por mucho que me doliera, y conste que la adoraba, pero no podía soportar su traición.

Descansé un poco en ese dormitorio que había soñado compartir con ella y hacia la hora de almorzar cogí el

camino de vuelta, con la diferencia de que ese viaje sí que lo hice del tirón (solo paré un par de veces para echar gasolina, comerme un sándwich y tomar algún café).

Estaba desolado. El domingo fui a ver a mis padres y les conté lo ocurrido. Mi madre, particularmente, se lo tomó muy pero que muy mal.

—¡Menuda sinvergüenza! Pero menos mal que la has desenmascarado pronto, hijo. Ya te advertí que te anduvieses con cuidado con esa pelandrusca...

—No puedo entenderlo, mamá, de verdad que no. No sé qué he hecho para merecer esto, no sé en qué le he fallado.

—En nada, Noah. Lo que no sé yo tampoco es cómo has podido contenerte y no decirle tres cosas bien dichas.

—Tú ya sabes cómo soy...

—Sí, hijo, lo sé. Demasiado bueno, eso es lo que eres. Qué lástima que no me la encuentre yo, porque lo que no has sido capaz de decirle tú, me lo iba a escuchar a mí.

—No merece la pena, allá con su conciencia, pero no se hace una idea del daño que me ha hecho.

—Sí, sí me la hago, Noah. Esto es la historia que se repite, que bastante mal lo pasaste también con Helen...

—Soy un desgraciado en cuestión de amores, está claro.

—No digas eso, por favor, Noah. Vales mucho, hijo, pero no has tenido suerte hasta ahora con las mujeres. Por cierto, hablando de mujeres, prepárate porque pasado mañana viene tu prima Jasmine, la ahijada de tu padre.

—¿Y eso? No me habíais dicho nada...

—Es que nos hemos enterado anoche, hijo.

—¿Pero de vacaciones o por algo del trabajo?

—Al parecer, viene a hacer unas tomas para unos documentales sobre las playas gaditanas. Va a estar por aquí tre o cuatro días, así que ya sabes... ya puedes ir entonándote que seguro que otra vez va a querer tirar de ti.

—Pues no estoy yo con ganas de nada, como comprenderás. Solo quiero meterme en la cama y echarme a llorar.

Eso era lo que me pedía el cuerpo, pero no podía hacerlo.

El lunes, mi prima apareció por Rota igual que siempre, es decir, arrasando con esa vitalidad y esa eterna sonrisa suya, tirando de su maleta y con la cámara a cuestas.

En los pocos días que estuvo por casa, logró sacarme a mí también la sonrisa y subirme un poco el ánimo con sus bromas y su particular visión de la vida.

Una de esas tardes que estuvimos por ahí de relax, como el mundo es un pañuelo, nos cruzamos por El Puerto con Yolanda, la amiga de Davinia, acompañada de otra chica que no reconocí.

La miré e hice ademán de saludarla, pero me contuve porque me pareció que esquivó mi mirada. No me quedó claro si fue así realmente o si no me vio...

El lunes, mi prima apareció por Rota igual que siempre, es decir, arrasando con esa vitalidad y esa eterna sonrisa suya, tirando de su maleta y con la cámara a cuestas.

En los pocos días que estuvo por casa, logró sacarme a mí también la sonrisa y subirme un poco el ánimo con sus bromas y su particular visión de la vida.

Una de esas tardes que estuvimos por ahí de relax, como el mundo es un pañuelo, nos cruzamos por El Puerto con Yolanda, la amiga de Davinia, acompañada de otra chica que no reconocí.

La miré e hice ademán de saludarla, pero me contuve porque me pareció que esquivó mi mirada. No me quedó claro si fue así realmente o si no me vio...

Capítulo 14



No veía la hora de irme para abajo, más que por descansar, por la necesidad de volver a estar en mi casa con la familia, con mis amigas de toda la vida...

Aunque en Ferrol ya tenía también mi ambiente, echaba muchísimo en falta esos cálidos abrazos, nuestras charlas nuestras salidas, nuestras risas. Y, por supuesto, necesitaba pillar de una vez por banda a Noah y decirle unas cuantas cositas. Hasta que no soltase todo lo que tenía dentro, no me iba a quedar a gusto.

Sé que yo no me había portado bien con él, y con esto no me estoy refiriendo a esas tardes de cañas con Víctor en cualquier bar, puesto que ahí no habíamos estado haciendo nada malo, pero lo de aquella noche en el spa ya fue bien distinto.

Había bebido más de la cuenta y no estaba acostumbrada a ello, pese a lo cual, tampoco es que fuese borracha. Simplemente tenía un buen puntito encima y me dejé llevar por la emoción. Por la emoción y por la labia de aquel morenazo que me daba clases de baile, aunque decir que me engatusó sería faltar a la verdad.

Era plenamente consciente de dónde me estaba metiendo. No soy de piedra. Y sigo diciendo que aquello no estuvo nada bien, pero lo de Noah no sé que no había por dónde cogerlo.

Él también me estaba poniendo los cuernos, y además sin cortarse ni lo más mínimo. A la vista estaba. Y nunca mejor dicho, puesto que el muy canalla no tenía ningún inconveniente en dejarse ver por El Puerto con aquella mujer de color, ante los ojos del mundo entero. Le daba todo igual.

En El Puerto... precisamente en mi ciudad. Que me digan a mí si no parecía que lo estuviera haciendo adrede para que a los viese cualquiera de los míos y me diera el chivatazo, tal cual terminó ocurriendo.

Había que ser muy cobarde para, encima, actuar como actuó a continuación, bloqueándome sin darme ni la más mínima explicación. ¿Era eso lo que me merecía?

Si se había enamorado de otra y no quería seguir conmigo, hubiera quedado mucho mejor contándomelo. Posiblemente, esta que está aquí hubiera pataleado y le habría puesto a caldo, pero lo habría digerido de otra manera.

Es que no me cuadraba para nada su comportamiento, os lo juro. Noah no era así, aunque está claro que nunca se termina de conocer a la gente, pensé. Estaba desconcertada, por lo que le pedí a Yolanda que no comentase nada con nadie.

—¿Pero está la cosa mal entre vosotros, Davinia? Es que a mí también me extrañó muchísimo, la verdad. Iban así como de muy buen rollo, con mucha complicidad entre ellos, tú ya me entiendes—me contó.

—Ya te contaré, pero te repito que prefiero que no digas ni una palabra a nadie de esto, ¿vale?

—Tranquila, guapa, puedes confiar mí. Tendré mis faltas, pero sabes que no soy chismosa, que los enredos nunca me han gustado.

—Lo sé, cariño. Bueno, pues eso, que nos vemos en breve.

—Ainssss, qué ganitas tengo de verte ya, marinerita mía.

—Yo también estoy como loca por veros a todos vosotros.

Y en lo tocante a Víctor, cuando le conté lo sucedido con mi pareja, también se quedó frío, sin entender absolutamente nada.

—Ni que nos hubiese visto por un agujerito en la pared, chiquilla. Qué cosa más rara, ¿no?

—Ya te digo. De todos modos, Víctor, quiero decirte una cosa.

—A ver... suéltalo.

—Que yo no sé si estoy preparada para tener nada contigo ahora mismo, ¿sabes?

—Bueno... digamos que ya lo has tenido—me soltó en plan un tanto chulillo, volviendo las palmas hacia el cielo.

—Sí, sí, ya lo sé, pero tú me has entendido.

—Claro que te he entendido, Davinia, y no te estoy pidiendo nada, pero tú también sabes perfectamente que me encantas desde el minuto cero.

Por supuesto que lo sabía. Él también me había llamado la atención ya entonces, con ese físico despampanante y esa desenvoltura hablando con la que se metía a todo el mundo en el bolsillo.

Pero...yo tenía la cabeza llena de Noah. A pesar de los desengaños, hay cosas que no pueden borrarse del corazón tan fácilmente. Por mi parte, ese capítulo no estaba cerrado del todo aún, aunque me dijera para mis adentros que

no quería verle ya ni en pintura. Primero tendría que cogerle de frente y soltarle todo ese veneno que me estaba corroyendo por dentro, como ya he explicado.

Y el momento de hacerlo se aproximaba. A esas alturas seguía sin coche, aunque ya tenía mirados modelos y precios y estaba a punto de decidirme por uno. Puestas así las cosas, tenía que buscarme la vida para bajar al sur.

Lo del Blabacar era una buena alternativa, pero solo de pensar en la cantidad de horas por carretera ya me daba una pereza horrorosa. Al final, opté por la opción más rápida, o sea, viajar en avión.

Anduve indagando entre los míos, me refiero a las amistades, a ver quién estaba disponible para irme a buscar al aeropuerto de Jerez a la hora en que llegaba mi vuelo aquel viernes por la tarde. Mi intención era acudir directamente a Rota a resolver aquel asunto, antes incluso de ir a El Puerto.

José Ramón, la pareja de Fermín, resultó ser quien lo tenía más sencillo para hacerme de taxista. Aparte, aquel vigilante de Prosegur con el que tan bien me llevaba, se ofreció de tal manera que cualquiera le decía que no.

—Voy yo, ¿eh? Tú no llames a nadie más. Voy yo, que no tengo nada que hacer, y así aprovecho para contarte por el camino lo que me ha pasado el otro día en el urólogo. Te vas a mear de la risa.

Eso me vendría bien; unas risas con José Ramón según aterrizase en tierras gaditanas.

—Y tú, Davinia, ¿bien, no? Ya veo las ganitas que tienes de pillar a tu monumento. Del tirón a su casa a buscarlo... JAJAJAJA. Me meo contigo, rubia. De esta hecha, lo vas a hacer padre.

Si José Ramón supiera... No quise anticiparle nada por teléfono. Tan solo le había dicho que necesitaba ir derechita a Rota a buscar a Noah, por lo que mi amigo se pensó, como es lógico, que era porque me moría de ganas por verlo y comérmelo a besos.

Tras un aterrizaje de esos bastantes bruscos que te sacuden todo el cuerpo, caí en Jerez. Recuerdo que llovía a cántaros a esas horas y las pistas del aeropuerto tenían unas enormes bolsas de agua, lo cual debió justificar en cierto modo aquella sobrecogedora forma de aterrizar.

El cielo estaba cerradísimo y las tormentas primaverales se sucedían unas tras otras. A la hora prevista, ya estaba allí en la terminal mi buen amigo José Ramón, puntualísimo.

Según me vio, se echó a mis brazos.

—¡¡Ay, la chochooooo!! ¡Que arte! Que ya mismo la vemos vestida de sargento —fueron sus primeras palabras, mientras me achuchaba como a un peluche.

¹ —Bueno, bueno, no corras tanto, chavalín, que todavía queda bastante para eso.

—Anda ya, el tiempo pasa volando, chica. En otro salto de nada, ya estás fuera de ese cuartel.

—¿Y tú qué tal? ¿Todo bien, canijo?

—Yo... divinamente, bombón. Venga, vamos para el coche y te cuento lo que me pasó el otro día en el hospital.

Su historia era una de tantas historias médicas sin mucho que destacar, de no ser por la gracia extraordinaria de mi amigo contándola. Al parecer, había pedido que le hicieran un examen completo, no por ningún motivo especial, sino en plan rutinario.

Mi amigo José Ramón es de los que siempre están haciéndose pruebas de todos los estilos para tener la tranquilidad de que todo va bien. Cuando no es una analítica, es una visita al dentista para que le mire la boca por si le ha salido alguna caries o al oculista para cerciorarse de que no ha perdido ni un ápice de visión desde la última revisión. Y así estaba siempre. ¡Igualito que una, vamos!

Pues bien, en esa ocasión, como decía, le había tocado el turno al urólogo de hacerle diversas pruebas, pruebas que suponían meterle mano tanto por detrás como por delante. Y hete aquí la cuestión, con sus partes delanteras y aquel palito que le habían tenido que introducir por el agujerito de la punta...

Eso era para escucharlo, señores. Contándomelo con esa gracia suya, me partía de la risa, no ya por la manera de escenificar el numerito que armó allí en la camilla, sino por lo que el modo de relatar lo que le entró por el cuerpo cuando le llamaron para explicarle que habían extraviado algunas de esas pruebas y que, por tanto, tendrían que repetírselas.

—¡Ni muerto, vamos! Te digo yo que hasta que no se me pase el soponcio, no me coge más el viejo aquel por allí. Ya me puede esperar sentado con la bata y el palillito en la mano.

Me dolía hasta el vientre de tanto reír e incluso me tronchaba con él cuando le conté yo lo que me había sucedido con Noah y el verdadero motivo de querer ir directamente a Rota a buscarlo.

—Ay, dios mío de mi vida y de mi corazón, Davinia de mis amores. Tú lo que quieres no es un taxista, tú lo que estás buscando es un guardaespaldas por si se lía una tangana gorda, ¿no?

—Tampoco es eso, hombre.

—Habérmelo dicho, chocho, y habría echado la porra del uniforme en el maletero. Tú déjamelos a mí, que la porra no la he cogido, pero llevo otra bien gorda y bien dura debajo de los calzoncillos—se puso la mano en la entrepierna—, y a ese le voy a dar yo para el pelo como se te ponga chulo. Te juro que de la primera embestida, se le van a saltar por los aires los ojos verdes esos que tiene.

—JAJAJAJA. Lo que le falta ya. Tienes unas cosas que...

—¿Tú qué dices? ¿Qué vayamos del tirón a su casa?

—Esa es la idea. Otra cosa será que le encuentre allí.

—Ya veremos si damos con el pájaro ese, que parecía tontito cuando lo compramos. Lo mismo está con su nueva i chorba por ahí, pero que vamos, que con el día que hace, en la playa no creo que ande.

—Verdad, qué malaje está el tiempo, José Ramón. Con las ganas que tenía yo de un poco de playita estos días... en fin.

—¿Tú no vas a las playas allí en Galicia?

—Alguna que otra vez he ido, pero son muy distintas a las nuestras, empezando por el clima. En Ferrol casi nunca hace calor.

—Verdad, yo no podría vivir en un sitio de esos.

—Te acostumbrarías, ya te lo digo yo. Si no te queda más remedio como a mí...

—Hombre, ya, era una manera de hablar, hija.

—Mira tú por ejemplo a Noah, de vivir en una ciudad como Nueva York, rodeado de rascacielos, a terminar en un pueblecito costero como Rota. Fíjate tú si hay diferencia ahí, y no ya por el clima, sino por todo.

—Joder, ya ves. Y hablando de Rota, mira—señaló al frente con un dedo—, ahí lo tenemos, ya estamos llegado. / ver qué tal se nos da la gestioncita, jajajajaja. Que tenga mucho cuidado el gachó ese y no se deslice ni una mijita, que hoy estoy yo con la escopeta *cargá* a tope.

José Ramón se volvió a echar mano a la entrepierna y se dio un par de toquecitos ligeros. Soltó una carcajada que me contagió.

—No sé, niño, pero de lo que estoy segura es de que no nos vamos a enredar mucho con esa gestioncita, como tú dices.

—A ver si es verdad, guapa. En cuanto termines, tiramos para tu casa, ves a tus padres y llamamos a esta gente para tomarnos unas cervecitas, ¿te parece?

—Bueno, ya veremos si me quedan muchas ganas de juerga luego, que aunque me ves muy animada riéndome contigo y con tus cosas, no estoy tan contenta como crees. Ponte en mi caso.

—No lo pienses tanto. Ya te digo yo que entre todos te quitamos las penas, o por lo menos conseguiremos que se te olviden por un buen rato.

De eso no me cabía ninguna duda, pues menuda era aquella banda de amigos míos...

1

1

1

—No lo pienses tanto. Ya te digo yo que entre todos te quitamos las penas, o por lo menos conseguiremos que se te olviden por un buen rato.

De eso no me cabía ninguna duda, pues menuda era aquella banda de amigos míos...

Capítulo 15



José Ramón aparcó un par de calles más allá de la avenida en que vivía Noah, y es que los aparcamientos por allí no estaban tampoco nada fáciles.

—Tú quédate aquí que ahora vengo—le pedí.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—De todos modos, yo me voy a quedar ahí en la esquina vigilando por si acaso, que no me fio mucho...

—Tranquilo, hombre. Noah es un tío muy pacífico.

—Sí, sí, fíate tú ni de tu sombra, guapa. Además, no lo decía precisamente por él, sino por ti.

—¿Por mí?

—Por ti, sí, por ti, loca. No sería la primera vez que se te van los nervios y terminas a hostias con alguien.

—Joder, tío. Me habrás visto tú muchas veces levantar la mano, vamos...—protesté.

—Por lo menos dos, Davinia, acuérdate.

—¿Dos?

—Sí, dos. Una vez, en el chiringuito aquel de Cádiz, y otra, en Zahara de los Atunes, en la playa de los alemanes, con la tía aquella que estaba jugando en la orilla con el novio y te pegó el testarazo con la pala que se le escapó de la mano, ¿no te acuerdas o qué?

—Madre mía. De lo del paletazo que me arreó sí me acuerdo perfectamente, pero lo del chiringuito de Cádiz, si no me lo dices... De eso hace muchísimo tiempo, niño. ¿Qué edad podría tener yo? ¿Quince años? ¿Dieciséis como

mucho?

—Lo de la edad es lo de menos. El caso fue que el cachetazo se lo llevó la camarera allí delante de todo el mundo

—¿Pero se lo había buscado o no? Acuérdate de aquello también, hijo.

—Me acuerdo, me acuerdo...

—Que por si no tuvo suficiente con tirarme todo el plato de boquerones fritos por encima con las carreras, me dijo de muy malas maneras que la culpa era mía por no mirar por donde iba. ¡No te fastidia! De sobra sabes que fue un accidente y que le habría pedido perdón, pero con esos modos... pues ya sabes cómo terminó la cosa.

—Lo sé, lo sé, pero venga, tira millas y vete ya a hablar con tu novio, o con tu ex novio, o como quieras llamarle...

—Voy allá.

Me bajé del coche y enfilé hacia el adosado de Noah con paso firme, aunque un poco nerviosa, lo cual también era de entender. Llamé al timbre y esperé unos segundos. Noah no me abrió.

El timbre de aquella puerta metálica era de esos con videocámara que permiten ver desde dentro quién está llamando. Pulsé de nuevo el botón varias veces seguidas, pero tampoco me sirvió de nada, así que me fui para el coche.

—Ahí no hay nadie—le dije a José Ramón, que esperaba fuera, fumándose un cigarro.

—O eso te quiere hacer creer. Lo mismo se está haciendo el sordo.

—¿Tú crees que está dentro, pero me ha visto por la pantallita y no quiere abrirme?

—Es otra posibilidad, Davinia. De hecho, es el cincuenta por ciento de las probabilidades, piénsalo. O no está o si está pero pasa de abrir. No hay más.

—Exacto, ¿pues sabes lo que te digo?

—Tú dirás.

—Que este no debe de andar muy lejos.

° —¿Y tú qué sabes dónde anda?

—Porque he visto por la rendijita del lateral de la puerta que tiene el coche dentro, pero no he visto la moto en el porche.

—¿Y?

—Que lo conozco, José Ramón, y la moto solo la coge para hacer recados por aquí cerca. Aparte, con el día como está...lo que me extraña es que se haya atrevido a sacarla.

—¿Qué hacemos entonces, rubia? ¿Nos vamos y ya volvemos mañana o qué?

—¿Tú tienes prisa, niño?

—¿Yoooo? Ninguna, guapa, ya te dije que hoy no tenía nada que hacer.

—Entonces vamos a tomarnos ahí una cervecita, a ver si mientras aparece.

Le señalé un bar de la acera de enfrente, desde cuyo interior se veía la casa de Noah, a través de la cristalera. Hacía bastante rato que había dejado de llover y la temperatura era bastante agradable, pero las mesas y las sillas de la terraza estaban chorreando a cuenta de la lluvia.

Más de una vez habíamos picoteado Noah y yo en aquel lugar.

—Venga, va, pero solo una, titi, que yo tengo que coger el coche. Bueno, tú puedes beberte las que te dé la gana, claro.

Mi amigo y yo nos liamos a charlar de todo un poco mientras hacíamos tiempo. Al cabo de media hora más o menos, me cortó en seco.

—¡Yuju! ¡Mira quién viene por ahí! —exclamó.

Giré la cabeza y les vi llegar en la moto. Digo les vi, así en plural, porque Noah no venía solo. Tampoco iba con la susodicha, sino... ¡con su reverendísima madre!

—Vaya por dios, qué oportuna esta también—solté.

La húngara se bajó de la moto y el hijo hizo lo mismo, para poder abrir el portón metálico. Le echó la pata de cabra y se sacó las llaves de la chaqueta.

—Parece que vienen de hacer compra, ¿no? —me preguntó José Ramón.

—Eso parece, sí—le contesté, y es que aquella mujer llevaba colgada del brazo una bolsa del Mercadona bastante

engrosada (como ella misma, que estaba bien metidita en carnes).

—Pufff, pues vaya marrón, guapa. Me refiero a que esté ella delante, porque va para dentro, mira...

—Marrón ninguno. Tú terminate tu cerveza tranquilo, que ahora cuando paguemos voy yo para allá. Me importa un pimiento que esté su madre en casa.

—Tú misma, Davinia.

Unos diez minutos después, salíamos de allí. José Ramón, hacia el coche. Yo, hacia el adosado de Noah. Respiré profundamente, antes de tocar el timbre. Ahora tendría que abrirme, sí o sí.

Pero tampoco. ¿Qué diréis que ocurrió? Pues que la bastorra de su madre salió de allí como una fiera y abrió manualmente la puerta metálica, pero solo un poco, lo justo para asomar la cabeza...

—¿Se puede saber qué coño se te ha perdido a ti aquí?!—me espetó en toda mi cara, sin levantar la voz demasiado.

Me dejó muerta con su reacción.

—Necesito hablar con Noah—le respondí escuetamente.

—¿Que necesitas hablar con mi hijo!? ¡Ya te estás largando ahora mismo de aquí o no respondo! ¡Sinvergüenza, que eres una sinvergüenza integral! —me gritaba ya a todo pulmón la húngara.

—¿Sinvergüenza yo!? —le solté indignadísima—. ¡Sinvergüenza su hijo, que además es un auténtico cobarde que no se atreve ni a salir!

Sin más ni más, la tipa se escurrió por la puerta y me enganchó por los pelos allí en la cera. Por suerte, en esos momentos no había nadie por allí.

a

—¡¡¡Arggggg!!! ¡Suéltame!—empecé a chillar como una posesa, tratando de liberarme de la tipa.

Complicadito el asunto, pues la húngara me tenía bien cogida por la melena, con aquellos puños suyos como guantes de boxeo.

Pude haberle metido un buen rodillazo y dejarla doblada, pero no era plan de llegar a ese extremo. Yo la empujaba hacia atrás con las manos por aquel barrigón, pero cuanto más la empujaba, más dolor sentía en el cuero cabelludo.

En esas, al oír los gritos, José Ramón vino corriendo en mi auxilio, aunque el pobre no podía hacer mucho, salvo

suplicarle...

—¡Suéltela, por dios y por la virgen santa! ¡Haga usted el favor!

—¿¡Y tú quién eres, so payaso!? ¿El amante de este zorrón? —le gritó a mi amigo.

—¡¡¡Joderrrr!!! —chillé con todas mis fuerzas y le di ya tal empujón que la tiré de culo. Solo así conseguí que me soltara.

Inmediatamente, mi amigo me agarró del brazo y tiró de mí.

—¡Vámonos de aquí, Davinia! ¿No ves que esta tía está loca?

—¡Eso! ¡Ya os podéis ir de aquí, sinvergüenzas, que sois un par de sinvergüenzas! ¡En esta casa no se os ha perdido nada a ninguno de los dos!

Tenía narices el asunto. O sea, encima, era yo la que no merecía ni agua.

—Tú sabes, chiquilla, cosas de las madres, que en su afán de defender a los hijos aunque no tengan razón, son capaces de sacarles los ojos a quien sea—me decía José Ramón, ya dentro del coche—. Tranquilízate un poco, corazón.

—Esto es flipante, tío, te juro que ahora sí que no entiendo nada de nada. De todos modos, te digo una cosa, la húngara esta me ponía a mí muy buena cara cada vez que me veía con el hijo, pero ya te digo yo que nunca le he caído bien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé yo, que soy mujer como ella, y a las mujeres no se nos va ni una por alto, José Ramón. Esta tía a mí no me puede ver, ella sabrá por qué.

—Pues mira, que les den por culo ya a los dos, hija. Tú cálmate y empieza a disfrutar ya de tu puente.

—¿Y cómo estarías tú en mi caso? ¿Muy tranquilo?

—No sé qué decirte, Davinia, pero desde luego intentaría no tomármelo tan a pecho. Está claro que este tío no quiere saber más de ti, ¿no? Pues punto final, a otra cosa, nena.

—Y tan claro, tú fíjate que no ha tenido pelotitas ni de asomarse. Me ha echado a la madre por delante como si fuera un mastín para que le defendiera. No lo he visto más cobarde en mi vida.

—Tú espera que se entere Fermín. Ese también va a alucinar. No va a ser lengua, nos vamos a mear de la risa escuchándole porque lo va a poner vestido de limpio. Todo lo que tiene de grande tu ex lo tiene también de gallina. ¡*Mamma mía!*

Eso parecía. Y menudo chasco, claro. Noah, mi chocolatín... aquel hombre que había logrado conquistarme con su caballerosidad, con sus exquisitos modales, con su educación, con su dulzura... Y al final, todo era simple fachada.

En poco más de quince minutos, aparecimos por El Puerto de Santa María, donde me esperaban ya mis padres y mi hermana Macarena en casa, con muchísimas ganas de abrazarme también.

Entre todos, consiguieron despejarme un poco la cabeza por un buen rato. Todo iba bien hasta que recibí un wasap suyo en el que me decía que necesitaba hablar conmigo.

¿Que necesitaba hablar conmigo? Eso era justamente lo mismo que yo le había dicho a su madre y lo que había desatado su ira, es decir, que necesitaba hablar con él.

Estuve tentada de contestarle que se olvidase de mí y que mejor se centrase en la que le había parido, que la llevara al psiquiatra, porque estaba de atar, pero preferí callarme la boca.

No se deben hacer las cosas en caliente, pensé. Además, tenía ganas de desconectar y disfrutar un poco de los míos, por lo que apagué el móvil. Ya se vería más adelante si le daba oportunidad o no de que me dijera lo que quisiera decirme.

Visto lo visto, él tampoco se merecía nada ya, y menos después de que aquella loca se quedara con un buen puñado de mechones de pelos míos entre sus manos.

Poco más y me deja calva la gachí...

—Tú espera que se entere Fermín. Ese también va a alucinar. No va a ser lengua, nos vamos a mear de la risa escuchándole porque lo va a poner vestido de limpio. Todo lo que tiene de grande tu ex lo tiene también de gallina. ¡*Mamma mía!*

Eso parecía. Y menudo chasco, claro. Noah, mi chocolatín... aquel hombre que había logrado conquistarme con su caballerosidad, con sus exquisitos modales, con su educación, con su dulzura... Y al final, todo era simple fachada.

En poco más de quince minutos, aparecimos por El Puerto de Santa María, donde me esperaban ya mis padres y mi hermana Macarena en casa, con muchísimas ganas de abrazarme también.

Entre todos, consiguieron despejarme un poco la cabeza por un buen rato. Todo iba bien hasta que recibí un wasap suyo en el que me decía que necesitaba hablar conmigo.

¿Que necesitaba hablar conmigo? Eso era justamente lo mismo que yo le había dicho a su madre y lo que había desatado su ira, es decir, que necesitaba hablar con él.

Estuve tentada de contestarle que se olvidase de mí y que mejor se centrase en la que le había parido, que la llevara al psiquiatra, porque estaba de atar, pero preferí callarme la boca.

No se deben hacer las cosas en caliente, pensé. Además, tenía ganas de desconectar y disfrutar un poco de los míos, por lo que apagué el móvil. Ya se vería más adelante si le daba oportunidad o no de que me dijera lo que quisiera decirme.

Visto lo visto, él tampoco se merecía nada ya, y menos después de que aquella loca se quedara con un buen puñado de mechones de pelos míos entre sus manos.

Poco más y me deja calva la gachí...

Capítulo 16



Al día siguiente, me encontraba mucho más relajada. Había estado por la noche con mi tropa, es decir, con Fermín y José Ramón, Yolanda, Carmely, mi hermana... incluso con mi prima María Jesús, que aunque por aquel tiempo estaba destinada en Canarias, también pudo venir a pasar el puente en El Puerto.

Eran más de las once de la mañana cuando me espabilé. Lo primero que se me vino a la cabeza fue el wasap de Noah, ese que había dejado en visto. Decidí que debía aprovechar aquella oportunidad para decirle todo lo que no le había podido decir allí en su casa, por culpa de la leona de la madre.

Desenchufé el móvil y lo encendí...

Noah: Necesito hablar contigo.

Ese era su mensaje del día anterior.

Yo: Tú dirás.

Así de escueta fue mi respuesta, tan escueto como ese wasap suyo. Escueto y duro, a mi manera de verlo, pues ni siquiera se refería a mí por ni hombre. Eso también me dolió bastante.

Noah lo vio sobre la marcha, pero en lugar de continuar por allí la conversación, me llamó directamente. La verdad es que no lo esperaba. Me parecía un gesto muy atrevido para alguien que ni siquiera había sido capaz de dar la cara al escuchar mis gritos en la puerta de su casa, en plena tangana con la madre.

A pique estuve de no cogérselo. Es más, tardé lo mío en hacerlo, pero me dije que si no lo hacía, quizás le diese por bloquearme de nuevo...

—Hombre, por fin...—fueron mis primeras palabras.

—Buenos días.

—Serán para ti—le contesté en un tono de lo más cortante.

—Óyeme, Davinia, ya sé que esta conversación deberíamos haberla tenido mucho antes...

—Mira tú, pues sí, en eso sí que estamos de acuerdo. Ya era hora de que tuvieras huevos de aparecer.

Se lo espeté tal cual, perdiendo ya las formas.

—Claro, supongo que lo dices por lo que ocurrió ayer con mi madre.

—¡Ese es otro tema! Pero ya que lo mencionas, también. No fuiste capaz ni de abrirme tú la puerta. De vergüenza
1 Noah, ¡no te reconozco!

—¿Qué no me reconoces, Davinia? Yo a ti tampoco. Y déjame decirte que de lo de ayer no me enteré hasta última hora—Noah tenía la voz seria pero no la alzaba en ningún momento.

—Pues sería porque no te quisiste enterar, hijo, porque el escándalo debió escucharse a kilómetros.

—Estaba en la ducha. Mi madre y yo veníamos de hacer compra en Mercadona. Se nos había caído una botella de aceite de las estanterías y se nos reventó en el suelo. A mí me puso los bajos de los pantalones chorreando, por lo que me llegué a casa y subí del tirón a ducharme.

—Ahhh, vaya por dios, ¡qué problemón!—le respondí con todo mi sarcasmo.

—Me pareció escuchar gritos fuera. Salí de la ducha, me sequé un poco y con la toalla anudada a la cintura, bajé, pero para entonces ya os habíais marchado. Mi madre me contó lo que había pasado.

—Muy bien, ¿y se puede saber qué coño le habías contado tú a ella para que me pusiera como los trapos sin más? ¡Me llamó de todo! ¿Te estás enterando? Me gritó que era una sinvergüenza, un zorrón y no sé qué más. Y para colmo me enganchó de los pelos.

—Vamos a ver, Davinia, yo le había contado todo.

—Ya veo, ya veo el buen rollito madre e hijo... ¿y eso de todo qué es, si se puede saber? Me imagino que te refieres a que andas por ahí con otra mientras tu novia está encerrada en un cuartel en Ferrol, ¿no?

—¿Con otra?

—¡Sí, con otra! ¡No lo niegues, que te han visto!

—Ah, claro, ya me imaginaba yo que te irían con el cuento. Fue tu amiga Yolanda, ¿verdad?

—Eso a ti te da igual. Como si me lo ha contado el mismísimo papa.

—Y una cosa, Davinia, ¿también tiene que darme igual que te acuestes con otro mientras me dices que me quieres y que estás como loca por volverme a ver?

Me quedé petrificada al escuchar eso último. No podía ser. Era materialmente imposible que Noah se hubiese enterado de mi aventura con Víctor. Nadie de mi entorno en el sur sabía nada de aquello.

—¿No dices nada, verdad? Normal ¿Qué se puede decir en un caso así?

Yo seguía callada, sin entender cómo podía haber llegado eso a sus oídos.

a—Davinia, escúchame bien lo que te voy a decir, ¿vale?

—Ok—le contesté tan bajito que no sé si llegaría a oírlo siquiera, y es que no me salía ni la voz del cuerpo.

—Yo no estoy con nadie, eso que te quede claro. La mujer de la que hablas es mi prima Jasmine, pregúntale a mi madre si es mentira...

Eso mismo estaba yo pensando en esos momentos, en preguntarle nada a la histérica de la húngara. Capaz sería hasta de sacarme los ojos si volvía a acercarme por allí.

—Jasmine vino por un tema de trabajo a pasar unos días aquí, justo a continuación de ir yo a verte a Ferrol por sorpresa...

Casi se me da un infarto con esas últimas palabras. Lógicamente, no podía alegar nada en mi defensa, pues empezaba a verlo todo más claro que el agua y la vergüenza me estaba matando.

—Y para sorpresa—siguió Noah—, la que me llevé yo cuando te vi salir del hotel el sábado por la mañana con aquel tipo de pelo largo, maldita sea mi estampa.

Y la mía, me dije para mis adentros. Qué manera de arruinarse una relación...

—Di algo, Davinia. Me ha costado lo mío decidirme a hacerlo porque estoy muy dolido, pero te estoy dando la oportunidad de que hables.

—No, no puedo decir nada, Noah. No tengo perdón...

—Desde luego que no. Puedo perdonar cualquier cosa en este mundo, pero semejante traición, no.

—Entonces, no hay más que hablar—diciéndole aquello, me temblaba ya la voz, estaba a punto de romper a llorar

—, porque imagino que no querrás ni que seamos amigos...

s —¿Amigos, Davinia? ¿Amigos? No sé qué concepto tendrás tú de la amistad para plantearme lo que me estás planteando.

No pude contener más las lágrimas.

—Lo siento, lo siento muchísimo, Noah, fue una tontería...

—Sí, claro, menuda tontería, acostarte a la primera de cambio con otro. No te haces ni una idea de lo que sentí al verte atravesar el hall hacia la salida, con ese mini vestido rojo y acompañada por aquel hombre. Debisteis pasároslo genial, pero todo no se puede tener en la vida, así que...

—Noah, por favor... no me lo vas a perdonar jamás, ¿verdad?...—le pregunté, sin dejar de llorar.

—Cálmate, ¿quieres? Te voy a contar otra cosa, algo de lo que nunca te hablé porque es un tema que no me gusta remover, y así, de paso, vas a entender también por qué estuve tantos años sin pareja.

—Dime...

—Helen, mi anterior novia, también me la pegó y me dejó por el otro. Llevábamos más de dos años juntos y ya estábamos pensando incluso en casarnos. A raíz de eso, se me quitaron totalmente las ganas de más mujeres y me centré en los libros, pensando que me iban a traer mucha más cuenta. Además, estudiando a saco, tenía la mente entretenida y no pensaba, y es que me estaba costando muchísimo pasar página, pero con el tiempo te conocí a ti y mi mente empezó a abrirse de nuevo.

Fue una conversación muy triste. Triste y bochornosa para mí, como comprenderéis.

Hasta entonces, le había acusado injustamente en mi interior, cuando era yo la única que tenía que callar, y mucho.

Me despedí de él con el corazón en un puño, haciéndole hincapié en que si alguna vez le apetecía hablar conmigo, que no dudase en llamarme o escribirme. Aunque me respondió que tomaba nota de ello, estaba casi convencida de que no lo haría nunca.

El puente se me pasó en un suspiro. Me tocaba despedirme otra vez de los míos para volver a Ferrol. Qué distinto fue el regreso...

De bajada al sur, iba de uñas como los gatos, dispuesta a armarle una buena bronca al pobre de Noah. De subida a Galicia, iba completamente abatida y avergonzada, no ya solo por él, sino incluso por su familia. ¿En qué lugar había quedado yo? Pues en el que me merecía, ni más ni menos.

El lunes le escribí a Víctor, pidiéndole verle por la tarde si podía. Necesitaba hablar con él también. Víctor era el motivo por el que mi bonita historia de amor se había terminado de un plumazo, aunque sería injusto achacarle toda la responsabilidad.

La culpa era fundamentalmente mía, pues mi profesor no tenía ningún compromiso. Y aunque no paraba de provocarme porque yo le gustaba muchísimo, nadie me había obligado a meterme en ese fregado, empezando por la complicidad fuera de las clases. Mucho menos a acostarme con él.

Le expliqué cómo había sido el “fin de fiesta” con mi chocolatín, pues Víctor también se había quedado pasmado con lo sucedido, me refiero a que Noah me hubiera bloqueado aquel sábado sin ningún motivo aparente...

—Bueno, míralo por el lado positivo, ahora ya no tienes que esconderte de nadie, ¿no?

—Ahí quería yo llegar, Víctor. Tú también me gustas mucho, pero estoy insegura, como comprenderás. Sigo queriendo a Noah, no puedo evitarlo, y me gustaría hacer todo lo posible por recuperarlo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, supongo que sí, o no... ¡yo que sé, Víctor! Acabo de decirte que me siento insegura. De verdad que estoy hecha un lío...

Mi atractivísimo profesor me clavó la mirada y me acarició una mano.

/

—Pues no te preocupes, Davinia. No seré yo quien se meta ahí en medio para liarte más. Te juro que me encantas y que yo también haría cualquier cosa por estar contigo, bien lo sabes, pero ya veo cuánto te importa ese hombre y...

—Y lo mismo ese hombre no vuelve a mirarme a la cara en la vida—le solté, sin dejarle terminar de hablar.

—Ya se verá, pero ya te digo que no seré yo quien se interponga. Eso sí, Davinia, no seas tonta y no vayas a borrarte ahora de las clases por todo esto.

—No pensaba hacerlo, te lo garantizo. Sabes que el baile me da mucha vidilla.

—Lo sé, y se te da bastante bien, hay que reconocerlo. Con el poco tiempo que tú llevas, mucha gente no pasa todavía de los pasos básicos y alguna que otra figura sencillita, pero a ti se te lleva muy bien.

—El mérito es tuyo. Ya me dijeron que eras uno de los mejores profesores de por aquí.

—Tampoco es para tanto. Hay gente muy competente en Ferrol dando clases. Bueno, ya lo viste aquella noche en

el campeonato...

Aquella noche en el campeonato... Víctor me había vuelto a acercar al pensamiento lo que fuese el principio del fin de mi historia con Noah.

Me quedé callada por unos instantes, y es que de repente se me pasaron por la cabeza como a cámara rápida todas aquellas escenas, una por una. Víctor y yo despidiéndonos de su hermana en la puerta del pub. Víctor y yo, cogidos de la mano, camino del hotel. Víctor y yo, comiéndonos a besos, nada más entrar en la habitación. Víctor y yo duchándonos juntos, antes de meternos en la cama. Víctor y yo haciéndolo con una euforia brutal...

Pues bien, a todo ello, tenía que sumarle una última imagen que hasta entonces no existía para mí y que ahora me estaba quemando los sesos: Víctor y yo riéndonos al salir del ascensor y cruzar la recepción para salir de allí, en torno a las doce del día.

Esa era la única escena de la que Noah había sido testigo; suficiente y más que suficiente para enterarse de mi infidelidad. No sé qué hubiera ocurrido si me hubiese percatado de su presencia allí en el mostrador.

Como es lógico, me habría ahorrado esos días posteriores de incertidumbre total con su bloqueo, pero si me llego a girar y le veo ahí plantado... me muero.

Con todo, al mes siguiente me atreví a escribirle por wasap para felicitarle por su cumpleaños. A pesar de los pesares, Noah me respondió de un modo mucho más suave de lo que hubiera imaginado, pues no solo se mostró contentísimo por mi felicitación, sino que incluso aprovechó el filón para preguntarme cómo me iba todo e incluso dejarme caer que se acordaba mucho de mí.

Yo también le tenía muy presente...

el campeonato...

Aquella noche en el campeonato... Víctor me había vuelto a acercar al pensamiento lo que fuese el principio del fin de mi historia con Noah.

Me quedé callada por unos instantes, y es que de repente se me pasaron por la cabeza como a cámara rápida todas aquellas escenas, una por una. Víctor y yo despidiéndonos de su hermana en la puerta del pub. Víctor y yo, cogidos de la mano, camino del hotel. Víctor y yo, comiéndonos a besos, nada más entrar en la habitación. Víctor y yo duchándonos juntos, antes de meternos en la cama. Víctor y yo haciéndolo con una euforia brutal...

Pues bien, a todo ello, tenía que sumarle una última imagen que hasta entonces no existía para mí y que ahora me estaba quemando los sesos: Víctor y yo riéndonos al salir del ascensor y cruzar la recepción para salir de allí, en torno a las doce del día.

Esa era la única escena de la que Noah había sido testigo; suficiente y más que suficiente para enterarse de mi infidelidad. No sé qué hubiera ocurrido si me hubiese percatado de su presencia allí en el mostrador.

Como es lógico, me habría ahorrado esos días posteriores de incertidumbre total con su bloqueo, pero si me llego a girar y le veo ahí plantado... me muero.

Con todo, al mes siguiente me atreví a escribirle por wasap para felicitarle por su cumpleaños. A pesar de los pesares, Noah me respondió de un modo mucho más suave de lo que hubiera imaginado, pues no solo se mostró contentísimo por mi felicitación, sino que incluso aprovechó el filón para preguntarme cómo me iba todo e incluso dejarme caer que se acordaba mucho de mí.

Yo también le tenía muy presente...

Capítulo 17



Contaba los días para que llegase el mes de agosto y poder volver a El Puerto. Tenía todo ese mes de vacaciones y pensaba aprovecharlo bien desde el primer día hasta el último.

Me iba a hartar de salir con mi gente, de comer puntillitas fritas y tortillitas de camarones de mi madre, de tomar el solecito en la playa, de beber mojitos en los chiringuitos, de ver conciertillos por allí a la caída del sol... en fin.

También entraba en mis planes hacer todo lo que estuviese en mi mano por quedar algún día con Noah. Deseaba con todas mis ganas verle. Mi ex me había felicitado a mí también por mi cumpleaños, semanas atrás. Me pareció un gesto muy bonito, la verdad. Yo también aproveché la circunstancia para entablar algo de conversación con él.

No tenía mucha novedad que contarme, salvo sus planes de tirarse una semana en Estados Unidos, precisamente en casa de su prima Yasmine, esa misma mujer que llegué a pensar que era un rollo suyo. Noah pasaría la tercera semana de agosto en América.

Nuestra relación de los últimos tiempos se reducía a esas dos únicas ocasiones en que nos habíamos felicitado por los respectivos cumpleaños, pero me dije que en cuanto anduviera ya por El Puerto, volvería a escribirle para ir tentándole con lo de vernos, y a ver por dónde me salía la jugada.

Mi ex también tenía todo el mes de agosto libre, de manera que al segundo día de estar en casa de mis padres, le escribí y se lo planteé sin muchos rodeos, pero Noah esquivó el “lance” con mucho estilo. No obstante, me pareció interpretar que no se cerraba en banda a quedar conmigo en un futuro.

—No esperarías que te dijera que sí del tirón, ¿no chocho?

Con esas me salió mi amigo José Ramón cuando se lo conté.

—Evidentemente, pero no pienso parar hasta conseguirlo.

—Oye, ¿y por qué no te dejas de perder el tiempo con wasaps ni pamplinas de esas y vamos a buscarlo?

—¿Perdona? ¿A buscarlo, dices? ¿Tú qué es lo que quieres? ¿Que yo me encuentre otra vez con la madre y me arrastre por todo el pueblo? ¿O es que ya no te acuerdas del numerito?

—¡¿Cómo no me voy a acordar, joder?! Pero escúchame, Davinia, no me refiero a plantarnos en su casa. Si tu chocolatín está de vacaciones, lo más seguro es que también vaya a la playa, y la playa de Rota no es muy grande, hija. Podemos hacernos los contradizos.

Aunque al principio no me pareció buena idea porque pensé que se me vería mucho el plumero, luego me dije que por qué no. Casualidades más grandes se dan. Si no, que me lo digan a mí, que entrar Noah en aquel spa y salir y estar justo en ese momento con Víctor... todo fue una.

—¿Sabes lo que vamos a hacer, José Ramón?

—Cuéntame, guapa.

—Vamos a hacerlo de manera un poco más disimulada, por si llegamos a encontrárnoslo. Voy a hablar con Sonia y Tina, a ver si están libres el domingo, para que se vengan con nosotros también. Como si hubiésemos ido a Rota por estar con ellas...

Sonia y Tina eran unas ex compañeras de la base de Rota que continuaban en aquel destino. Tenía mucha amistad con ambas y hacía tiempo que no las veía. Las llamé y les pareció bien el plan playero.

Así pues, el domingo me planté con José Ramón, Fermín, Yolanda y estas chicas de las que hasta ahora no os había hablado, en la rotonda playa de la Puntilla. De encontrarnos con él por la playa (cosa que no teníamos tan segura), fijo que sería por aquel tramo, pues allí era donde solíamos ponernos siempre los dos.

Había que escuchar a aquel par de amigos gays, en plan detectives, con las toallas echadas por el hombro, andando por la arena y sudando ya la gota gorda.

—Misión de hoy, dar con el orangután de la Davinia—José Ramón iba con la punta de la sombrilla haciendo eses por la arena, como el que va pasando un detector de metales.

—No le llames así, que sabes que no me gusta nada—le dije.

—Usted perdone, mujer. Objetivo del domingo, dar con el *amorssito* de la Davinia...Pi Pi Pi... un momento, por aquí hay algo...

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Déjate ya de chorradas con la comedia esa del detector, ni que Noah fuera una viga de hierro...

—Da igual, ¿no me contaste que de chavalín se había roto la tibia y el peroné y que le habían metido una placa y un puñado de clavos?

—Eres la caña, hijo.

Diciéndole esto, Yolanda frenó en seco sus pasos.

—Hey, un momento, gente. ¿No es aquel? —alzó las cejas, como señalándome el chiringuito.

—¡Bingo! —gritó José Ramón—. Ya le hemos atrincado. Como para no reconocerle a kilómetros, con lo alto que es, que parece un pino el gachó. Nada más que le faltaría teñirse la cabeza de verde.

Tuvimos que reírnos con la comparación. El siguiente paso fue hacernos todos los encontradizos, acercándonos a la barra de aquel chiringuito en que precisamente le conocí, el mismo en que me torcí el tobillo y comenzó a fraguarse lo nuestro.

Noah estaba solo, con su bañador y una mochila en la espalda. Acababa de pedirse una Coca Cola. Se quedó muy sorprendido al vernos y, aunque en principio pareció no hacerle mucha gracia, terminó aceptando la propuesta de José Ramón de que se quedase con nosotros.

Mi amigo no se lo había pensado dos veces. José Ramón, Fermín y Noah ya habían coincidido en tres o cuatro ocasiones durante el comienzo de nuestra relación, y la verdad es que a mi ex le caían muy bien aquellos dos. Supongo que no querría hacerle el feo a ellos diciéndoles que no, y es que Noah era un hombre de lo más diplomático.

Echamos un buen día de playa, de buen rollo entre todos nosotros, como si fuese otro amigo mío más. A partir de ahí, comenzamos a hablarnos cada vez con más frecuencia, aunque esa relación por wasap mermó un tanto durante su estancia en Estados Unidos.

A su regreso, conseguí quedar un día a solas con él. Y ya sabéis lo que ocurre cuando estás a gusto, ¿no? Pues eso mismo; que el tiempo empezó a correr como nunca y agosto se iba acabando, cuando más tranquila estaba con Noah en mi tierra.

No nos habíamos enrollado todavía, y no por falta de ganas por mi parte, como os podréis imaginar. A él también se le veía mucho más receptivo, pero no quise forzar la situación. Tenía que nacer de él. Quizás otra mujer, en mi pellejo, hubiera aprovechado para tirarse de cabeza, pero yo no podía ni quería arriesgarme.

Bastante había conseguido ya con esa amistad entre nosotros, después de lo pasado. Sin embargo, un par de días antes de marcharme a Galicia, me dio un beso. Ese fue el punto de partida, puesto que al día siguiente...

Bueno, no quiero resumíroslo en tres o cuatro líneas. Me apetece explayarme un poco contándoos como fue esa otra despedida nuestra...

A Noah también se le estaban terminando las vacaciones. Habíamos quedado para comer en un restaurante de la

playa de Valdelagrana, en El Puerto de Santa María. Y de ahí, a la playa, para echar la tarde.

Mi chocolatín y yo estábamos como un par de quinceañeros en sus primeras citas. Nos abrazábamos en el agua, nos dábamos besitos, nos metíamos ahogadillas el uno al otro, yo le untaba protección solar en la espalda, él me la untaba a mí... lo típico, ya sabéis.

Nos dieron las nueve de la noche por Valdelagrana, contemplando la espectacular puesta del sol en la bahía de Cádiz. Anocheceía ya cuando Noah me sugirió cenar juntos pero no en cualquier restaurante, sino en su casa, lo cual os sorprenderá en la misma medida en que él me sorprendió a mí al planteármelo.

Mi chocolatín me dijo que tenía sushi (sabía que me encantaba) y que podríamos comérmolo tranquilamente en el jardín. Luego, si queríamos, nos daríamos un buen baño en la piscina para combatir aquel calor tan agobiante. No lo dudé ni un segundo, claro, y allá que me fui con él en su coche.

Nada más llegar, Noah me ofreció una cerveza en una jarra helada y él se cogió una sin alcohol.

—Ponte cómoda—me pidió—. Estás en tu casa.

Me quité la camiseta y el short vaquero, y me quedé solo con el bikini. Enseguida él cogió ambas prendas y las colocó bien estiradas sobre el respaldo de un sofá de mimbre que tenía allí en el porche trasero.

Relax total. Lo único que se escuchaba era el soniquete de un grillo a lo lejos y, de vez en cuando, los chorros de la piscina saliendo por los caños, al arrancar automáticamente el motor. Cenamos como marqueses en aquel jardín.

—¿Un bañito? —le pregunté después de conversar un buen rato, al acabar de cenar.

—O dos.

Noah me sonrió.

Se me vino a la cabeza nuestra primera noche en aquel mismo escenario. Volvimos a besarnos apasionadamente en la piscina, pero la cosa no fue a más. No quiso hacerlo conmigo en el agua. Cuando a él le pareció, me tomó de la mano y me sacó de allí.

Enfilamos derechos hacia su dormitorio, donde rápidamente nos desprendimos de los bikinis mojados.

—Espera, espera... déjame que me dé una ducha para quitarme el cloro de la piscina, porfa.

—Claro, linda, ya te dije antes que estás en tu casa. Voy a tender todo esto y después me ducharé yo.

Linda... era la primera vez que me llamaba así desde que comenzamos a hablarnos. En su boca, esas palabras me sonaron a música celestial. Linda...

Bueno, pues esta linda se encerró en el baño y se dio una buena ducha, pero no tardó en salir porque en esa ocasión no podía maquearme mucho. Ni mucho ni poco, vaya, solo atusarme ligeramente el pelo, pues ni llevaba ropa interior con la que sorprenderle, ni maquillaje, ni tacones, ni nada por el estilo. Solo mi cuerpo al desnudo.

A continuación, entró él. Cuando salió de la ducha, me encontró ya esperándole, tumbada bocarriba sobre la cama con las piernas dejadas caer por el borde. Noah avanzó hacia mí mirándome fijamente con aquellos perturbadores ojos verdes.

Se arrodilló a los pies de la cama, me agarró las piernas y me obligó a flexionarlas sobre el colchón. Estaba muy húmeda ya. Mi chocolatín hundió su cabeza en mi sexo y empezó a lamerlo despacio de arriba abajo y de abajo a arriba.

Comencé a gemir de placer, sintiendo esa lengua restregándose por mi clítoris. Y no solo por allí, puesto que mi morenazo también “premiaba” mis ingles del mismo modo, alternando entre todos aquellos puntos íntimos de mi ser.

Tanto gusto me estaba provocando que sentía que me iba a ir en cualquier momento, y es que no puedo explicaros las ganas con que le pillé.

—Ven, por favor, ven...—le pedí con una voz de lo más sensual.

Mi chico no se hizo de rogar y se puso en pie. Ahí pude ver por fin aquel miembro suyo pidiendo guerra. Os juro que me pareció mucho más grande todavía de lo que lo recordaba.

Noah entró en mí con una facilidad grandísima, y es que yo estaba completamente empapada por dentro y por fuera. Gemí con fuerza al sentirlo dentro de mi cuerpo, entrando y saliendo con rapidez ya desde el principio.

Ese hombre estaba como un potro desbocado. Minutos después, me pidió que me diese la vuelta y me colocase a cuatro patas, una de sus posturas favoritas.

Noah volvió a penetrarme desde atrás, dándome palmetazos en las nalgas con aquellas manazas suyas que había heredado de su “santa” madre. Yo tuve que agarrarme con fuerza de la sábana bajera de la enorme cama, sintiendo esos movimientos que pronto se convirtieron en unas embestidas salvajes.

Me mordí el canto de la mano y dejé escapar todo el aire de mis pulmones, antes de volver a llenarlos y comenzar a chillar como una bestia yo también.

Él, escuchando mis gritos, no pudo soportarlo más y empezó a aullar a la par mía. Recuerdo que, al acabar, se dej

caer sobre mí con todo el peso de su cuerpo. Me estaba asfixiando, y es que mi chocolatín era enorme, algo así como un orangután, como decía José Ramón, aunque a mí no me gustase que le llamara de aquella forma.

Volvimos a hacerlo en cuanto se repuso. En ese sentido, las mujeres lo tienen mucho más sencillo que los hombres, aunque Noah era insaciable en el sexo y necesitaba muy poco tiempo para volver a estar “en forma” y empezar de nuevo.

¡Como en nuestros mejores tiempos, esa noche nos dormidos abrazados...

caer sobre mí con todo el peso de su cuerpo. Me estaba asfixiando, y es que mi chocolatín era enorme, algo así como un orangután, como decía José Ramón, aunque a mí no me gustase que le llamara de aquella forma.

Volvimos a hacerlo en cuanto se repuso. En ese sentido, las mujeres lo tienen mucho más sencillo que los hombres, aunque Noah era insaciable en el sexo y necesitaba muy poco tiempo para volver a estar “en forma” y empezar de nuevo.

Como en nuestros mejores tiempos, esa noche nos dormidos abrazados...

Capítulo 18



Fue una de las veces que más trabajo me costó tirar para Ferrol, pero la obligación me llamaba.

Había conseguido recuperar a mi chocolatín con relativa facilidad, mucha más de la que hubiera imaginado. Estaba visto que Noah me quería con locura, de eso no cabía ninguna duda. Tiene que haber un sentimiento muy potente de por medio para perdonar algo como lo que él terminó perdonándome a mí, y en menos tiempo del que creí. La verdad es que no sé qué habría hecho yo en su caso.

Camino de Galicia, sus últimas palabras no paraban de danzar en mi mente, y es que mi chico me había dicho que cualquier día subía otra vez a verme.

—Que sea pronto, porfi—le pedí.

—No te preocupes, linda. Lo vamos viendo.

—¿Sabes? Ahora, me acuerdo mucho de mi madre, cuando me machacaba el cerebro con los contras de la vida militar para quitarme las ganas de meterme en esto.

—¿Sí?

—Sí, porque es cierto que te complica bastante tu vida sentimental. Todavía me quedan dos años en Ferrol, después... ya lo sabes, me gustaría volver al sur, pero ya veremos si eso es posible.

—Bueno, no te comas la cabeza ahora con eso. Pasito a pasito, como dices tú siempre, ¿no?

Pasito a pasito, por supuesto que sí. Lo que jamás hubiera imaginado es el siguiente paso en nuestra relación; un paso que él solito tramó y del que no me desveló ni media hasta tenerlo todo atado.

Llevaba algo más de un mes de vuelta en Ferrol cuando una noche, en plena videollamada, Noah me lo soltó sin muchos rodeos...

—Bueno, mi niña, y lo de irme yo ahí a vivir contigo, ¿qué te parecería?

—¿A vivir dónde? ¿Aquí? —le pregunté sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Claro, ahí.

Me quedé callada un momento, observándole a través de la pantalla del móvil. Noah me miraba con el semblante algo serio, esperando mi reacción. Le conocía y veía que no estaba de coña.

—Pero eso no es posible, Noah... Tú tienes tu trabajo ahí y...

—Eso no quiere decir nada, linda. Ya lo he arreglado todo.

—¿Cómo que lo has arreglado todo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me he pedido un año de excedencia y ya me la han concedido, así que...

—¿Qué estás hablando, chiquillo? No me lo puedo creer, ¿en serio?

—Y tan en serio, Davinia. ¿No te hace ilusión?

—¡Claro que sí, cariño! Es solo que no me esperaba algo así.

Por supuesto que no me lo esperaba, y no solo porque se lo tuvo bien callado hasta el último momento, sino porque hay que estar muy seguro para hacer algo así. ¡Una excedencia de un año, señores! No obstante, mi chocolatín tenía muy buena posición económica y podía permitirse estar un año sin trabajar y sin cobrar un solo euro.

Noah me dijo que había sido una cuestión bien meditaba por su parte y que era el único modo, de momento, de estar junto a mí. Yo estaba flipando con la noticia. Otra etapa nueva a punto de comenzar. Me encantaba la idea.

Lógicamente, no íbamos a vivir junto en el piso de Marisol, por lo que me tocó buscar a la carrera una vivienda de alquiler. Dejé el tema en manos de una inmobiliaria y pronto encontré un ático monísimo, con unos muebles súper chulos.

Por mi parte, el siguiente paso de aquellos días fue quedarme a tomar algo con Víctor al salir del gimnasio, para explicarle lo del traslado de Noah y para plantearle lo que tenía en mente. A aquel morenazo no le hizo mucha gracia lo que escuchó...

—¿Cómo? ¿Que no vas a seguir viniendo, Davinia?

—Tengo que dejarlo, Víctor, y te juro que me da muchísima pena, pero no me queda otra, después de lo que ha

pasado. No quiero más líos.

—No lo entiendo, perdona que te lo diga. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Podrías seguir viniendo sin ningún problema. No pienso meterme en tu relación, ya te lo dije, pero también te digo que...

—¿Qué?

—Uyyy, tranquila, mujer... no seas tan impaciente. Bah, da igual, mejor me lo callo.

—De eso nada, guapo. ¡Ahora me lo dices!

—Pues que daría lo que no tengo por estar en el pellejo de tu chico, Davinia, aunque eso no es ninguna novedad para ti. Me encantas, lo sabes.

Claro que lo sabía. Él también me gustaba bastante, pero tenía que alejarme. No podía permitirme el lujo de deslizarme ya ni un pelo. Noah no se merecía eso, ni mi conciencia me lo hubiera permitido.

Y volviendo a Noah; una semana tardó en subir, con el coche cargado con todo lo que pudo meter en él.

¿Cómo describir esos primeros días? La emoción nos superaba a ambos, como supondréis. En cambio, a la que no le hizo tanta gracia el asunto fue a su señora madre, que no entendía ni bien ni mal la decisión de su hijo de aparcarlo todo (a ella incluida) para trasladarse a tierras gallegas con esta “golfa” como también llegó a llamarme a grito pelado aquella tarde.

Y no es que le hiciera poquita gracia, sino que, por lo que Noah me contó, la tuvieron bien gorda a cuenta de ello, y es que la señora no se resignaba a perder a su hijo de vista e intentó retenerle con toda clase de chantajes psicológicos. Al final, por más que pataleó, se quedó allí plantada como un mojón.

Eso sí, aquella peleona no estaba dispuesta a dejarse ganar la partida tan fácilmente y decidió ponerse en marcha corriendo para “aburrirme”. A la húngara se le veían a las claras las intenciones, y es que apenas llevaba Noah quince días en Ferrol cuando ya le dijo de subir a verle porque le echaba mucho de menos (palabras suyas, literales). Al enterarme, me quedé de piedra...

—¿Perdona? ¿Que viene a dónde? ¿A esta casa?

—Claro, linda. ¿Qué quieres que le diga? ¿Que se busque un hotel?

—Sabes de sobra que no me apetece ni un pimiento verla, Noah. Y ella tampoco quiere verme a mí ni muerta, eso está claro.

¿Cómo podía decirle lo que verdaderamente pensaba de todo aquello? ¿Cómo explicarle que se veía a las claras

que lo hacía solo por incordiar? ¿En tan solo quince días ya no podía vivir sin ver a su niño? Qué de cuentos tenía la tiparraca...

—Pues lo siento mucho, Noah, pero yo no tengo ganas de historias—le expliqué—, así que me parece muy bien que tu madre venga, pero yo me voy de aquí hasta que se marche.

Tuvo que entenderlo, y es que bien sabía él que yo tenía razón, que su madre ya no me quería ver ni en pintura. M
chico se sentía entre la espada y la pared.

Por ahí empezaron ya nuestros problemas en la convivencia, puesto que aquel no fue un capítulo aislado. Efectivamente, tal y como le dije, me marché durante esos días a casa de Marisol, pero no habían pasado ni veinte días de su partida cuando la señora ya se estaba planteando subir de nuevo a ver a su niño. ¿Os parece eso normal?

Como mínimo una vez al mes, la tipa agarraba su BMW... y vámonos que nos vamos otra vez para Ferrol.

Aunque por sí solo ese asunto ya estaba empezando a hacer buena mella en la relación, ahí no quedaba todo, claro

El tema de las manías de Noah dentro de la casa también daba para escribir un libro. Al principio no le di mucha importancia, pero a medida que iba avanzando el tiempo empecé a darme cuenta de que o se relajaba un poco o
, mal íbamos a acabar.

Os estaréis preguntando a qué me refiero exactamente con eso de sus manías. Pues por ejemplo, con el tema del riguroso orden en cada rincón de nuestro hogar.

En el baño, sin ir más lejos, las toallas tenían que estar siempre perfectamente estiradas sobre sus correspondientes toalleros de barra. Y eso sí, en cuanto salíamos de la bañera o simplemente nos lavábamos las manos, teníamos que estar agarrando un trapo y secando los grifos para que no les quedase ni gota de agua por encima...

—Es que la cal se va amontonando y van perdiendo su brillo. Luego no hay quien quite esas manchas en los grifos—argumentaba.

En la cama, una vez hecha, que no se te ocurriera sentarte en el borde para abrocharte unos zapatos, porque “el edredón se arruga y se va ensuciando, linda...”.

Os he puesto solo dos o tres ejemplos de lo que era el día a día de nuestra convivencia. Ciertamente que ya había visto algunos detalles de ese tipo en su casa en Rota, pero claro... una cosa era que le gustase tenerla a su manera y otra que no fuese capaz de transigir ni una chispa viviendo con su pareja.

Yo no me tengo por ningún desastre de persona en ese sentido, quiero decir que también me gusta el orden en casa y tener las cosas más o menos limpias, pero lo de Noah era la leche.

No se puede vivir así, os lo juro, y menos cuando te quieren hacer ver que tienen razón, al igual que ocurría con el riguroso horario para las comidas. Estábamos peor que los ingleses.

Por otro lado, con él allí, me di cuenta de que lo de Víctor no estaba olvidado en su cabeza, es decir, no lo tenía superado aún, como pretendía hacerme ver. Le había dejado bastante tocado y eso me estaba pasando factura. ¿Cómo? Pues muy sencillo. Noah no me dejaba sola ni a sol ni a sombra.

i

A pesar de que acababa de comprarme el coche, Noah se empeñaba en llevarme e ir a buscarme a diario a la escuela (como si una tuviese cinco años), en que fuésemos siempre juntos a comprar... ¡hasta al dentista tenía que acompañarme!

;

?Todo eso lo justificaba con que tenía muchas ganas de estar conmigo a todas horas, pero yo no me chupaba un dedo. Me daba cuenta de que aquella actitud obedecía a su afán de tenerme controlada en todo momento, y eso sí que no podía soportarlo. Ni siquiera podía hablar casi nunca a solas con mi gente, sin que estuviera por allí alrededor.

).

Entre unas cosas y otras, me estaba agobiando, y no sabéis hasta qué punto. Empecé a preguntarme si no habría sido un error gordísimo lo de irnos a vivir juntos, pero luego entendí que no, que era totalmente necesario y que todo ocurre por algo. Dicho de otro modo, tenía que pasar por esa experiencia para comprender que Noah no era el hombre de mi vida. Además, tarde o temprano hubiese llegado ese momento, como es normal.

Para colmo, aunque os juro que no le vi nunca (y difícil lo hubiese tenido si se me hubiera antojado verle), no podía olvidarme de Víctor. Echaba de menos sus risas, su espontaneidad, sus ocurrencias, su alegría, bailar en sus brazos... Uffff, lo del baile es que me remataba ya.

s

Estaba en un callejón sin salida. Aunque trataba de disimularlo, la gente de mi entorno empezó a darse cuenta de que yo no estaba bien. Fue precisamente Marisol quien me puso la puntilla cuando le hablé de todo aquello.

sY ojo con lo que os voy a decir ahora. Si logré sacar aquel rato para hablar con ella a solas, fue porque mi amiga me pidió que la acompañase al ginecólogo y, de allí, a elegir un vestido para el bautizo de un sobrino suyo.

—Es que no tienes ni la misma cara, Davinia—llegó a decirme mi antigua casera—. Por no tener, no tienes ni brillo en los ojos.

—¿Cómo salgo yo ahora de esta, Marisol? Noah me quiere y ha apostado mucho por esta relación...

t

—Ya, y tú también le quieres, Davinia. Lo sé, pero por lo que me cuentas, veo que más pronto que tarde vais a terminar cada uno por un lado.

a

—Tú también lo ves como yo, ¿verdad?

l —¿La verdad? Sí. Y te digo más, cariño. Yo que tú me lo plantearía muy seriamente. Eres muy joven para vivir y con ese agobio.

Acababa de dar en la diana. Pronto habían empezado los problemas entre nosotros, unos problemas que no tenían muy buena solución, por más que me empeñase...

,

—¿La verdad? Sí. Y te digo más, cariño. Yo que tú me lo plantearía muy seriamente. Eres muy joven para vivir ya con ese agobio.

Acababa de dar en la diana. Pronto habían empezado los problemas entre nosotros, unos problemas que no tenían muy buena solución, por más que me empeñase...

Capítulo 19



Nueve meses duró la etapa de nuestra convivencia, y de veras que esos nueve meses me los pasé intentando no darle demasiada importancia a todas esas cosas que os he contado, pues quería salvar la relación a toda costa. Pero no hubo manera humana.

Además, tenía la sensación de que él tampoco estaba muy feliz que digamos, por lo que una noche, cenando, decidí echarle valor al asunto y hablar ya muy en serio con Noah...

—Creo que esto no funciona—le espeté sin rodeos.

Guardó silencio. Mi chico se miraba las uñas y se mordisqueaba las cutículas, como el que no había escuchado nada, como si le resbalara el tema. Eso me pareció feísimo y me dio muchísimo coraje.

—Noah...te estoy hablando y, además, de algo muy importante. Lo menos que podrías hacer es mirarme a la cara ¿no?

—¿Y qué quieres que te diga, Davinia? Ya lo estás diciendo tú todo por los dos...

—¡Noah, por favor!

Alcé la voz, y es que me estaba sacando de mis casillas con esa tranquilidad pasmosa. Más que tranquilidad, pasotismo absoluto, pues ya os digo que parecía como si todo le diese absolutamente igual.

—¿Qué quieres, Davinia? ¿Qué te respondo? Te molesta todo lo que hago o digo, estoy harto de discusiones.

—¡Ah! ¿Que estás harto?

—Sí, harto. Ya sé que soy muy quisquilloso con ciertas cosas...

—¿Perdona? ¿Muy quisquilloso? No creo que sea esa la palabra exacta.

—Bahh. De verdad, déjalo. Ya no merece la pena discutir. Mañana mismo empiezo a recoger mis cosas y en

cuando pueda me marchó con mi gente.

Flipaba escuchándole. Ahí fui yo la que se quedó muda, y no porque no esperara aquella reacción. Lo que pasa es que, cuando ya te ves encima una cosa así, de repente, ya estás visualizando en tu cabeza lo que viene detrás y... pues eso, que el cambio radical impacta un poco. Da igual las circunstancias, da igual que sea algo que desees o no, da igual que uno tenga más culpa que otro...

Por otro lado, la serenidad suya... Digna de asombro, señores.

Acongojada perdida, apreté los puños por debajo de la mesa tratando de contener las lágrimas, pero al final me vencieron y empezaron a brotarme a raudales.

Noah me miraba también en silencio. No sé cuánto tiempo estuvimos así, si un minuto, si dos, si tres... pues yo estaba ya como ausente. Ahí terminaba todo con mi chocolatín. Al día siguiente, seguramente, cogería la carretera y se perdería para siempre de mi horizonte.

—Eh, no llores—me dijo al fin, haciéndome una leve caricia en la mano —, estoy seguro de que vas a estar bien, de que enseguida lo superarás...

Mis lágrimas pronto dieron paso a un llanto profundo y a un mar de suspiros. Estaba desolada, pero Noah no fue capaz de tener ningún otro gesto de consuelo conmigo. Era ya la frialdad personificada. ¡Qué triste todo!

Según me dijo esas palabras, se levantó, agarró de la mesa su plato, su vaso, sus cubiertos y se los llevó a la cocina. Yo no me moví de mi silla. Desde allí le oí fregar aquellas cosas, como era su costumbre; casi sin terminar de cenar, a recogerlo todo y dejar el fregadero limpio y brillante como la patena. Si no, no se iba tranquilo a la cama. Así era él.

Pensé para mis adentros en lo a gusto que se iba a quedar su madre cuando se enterase de que su niño volvía a Rota, si es que todavía no lo sabía, que me daba a mí que ya debía estar al corriente de todo.

Os juro que la relación entre madre e hijo era enfermiza, no exagero. En ese aspecto, él se mostraba de lo más infantil. No os podéis hacer ni una ligera idea de la influencia que tenía la húngara sobre Noah, pero si empezase ahora a ahondar en ese tema, no terminaría ni en diez capítulos más, y no procede ya. Prefiero seguir con lo que vino a continuación.

Esa noche, Noah se quedó a dormir en el sofá. Ya no quiso ni meterse en la cama conmigo. Yo apenas pude coger el sueño, por lo que me levanté hecha polvo, con los ojos súper rojos y como si me hubiese pasado un camión por lo alto.

Precisamente, aquel día me tocaba entrar de guardia. Cuando salí de casa para ir a la escuela, seguía dormido como un bendito. Me dio rabia verle allí en el sofá, roncando tan feliz a pierna suelta como si tal. A Noah no le

quitaba nada el sueño.

Me había dejado claro que en cuanto se levantase empezaría a recoger toda su ropa y demás pertenencias. Allí le dejé y salí a la calle con la mochila con mi comida y ese nudo en la garganta que me estaba asfixiando.

Tenía una presión tremenda en el pecho y veinticuatro horas por delante en las que debería hacer un sobreesfuerzo por aparcar mi pena y dar el callo.

Más o menos lo fui llevando como pude, pero a eso de las cuatro de la tarde reventé. Me dio un ataque de ansiedad horrible y rompí a llorar como una loca y a hiperventilar. Creí que me ahogaba. Nunca me había visto en semejante estado de nervios incontrolables.

El compañero de turno me llevó a la enfermería, donde tuvieron que ponerme una pastilla de Alprazolam bajo la lengua para paliarme esa crisis de angustia. Visto lo visto, decidieron mandarme para casa, y es que yo no estaba para nada.

No pude ni coger el coche porque no me veía con fuerzas ni para conducir. Pedí un taxi en la misma puerta de la escuela y así me largué a mi casa. No sé por qué me imaginaba que me le encontraría allí aún, pero Noah ya se había marchado a esas horas.

Palabrita que el mundo se abrió bajo mis pies, mirando al techo y a las paredes de aquel salón en que le había visto por última vez. Sí que había corrido sí, y aunque lo de separarnos había sido una decisión de ambos y algo inevitable, dolía. Dolía y mucho.

r

Ni siquiera había almorzado. Solo de pensar en llevarme algo de comer a la boca, ya me daban náuseas. Pasé el resto de la tarde hecha una mierda, tirada en el sofá, acurrucada entre aquellos cojines que olían a él, a su perfume...

Mi tristeza era infinita, pero debía empezar a acostumbrarme a su ausencia y volver a mi vida de antes. Me llegué incluso a plantear el dejar aquel piso de alquiler que tanto me le recordaba y volver con Marisol, pero al final decidí quedarme allí. Los recuerdos van contigo donde quiera que vayas, pensé. No tenía sentido pegar el portazo, puesto que, además, me encantaba ese ático en que vivía.

Mi antigua casera se quedó un poco sorprendida al enterarse de la noticia.

—¿Que ya se ha ido, Davinia?

—Como te lo cuento. Te digo yo que no debió ni molestarse mucho en recoger. Metería sus cosas de cualquier manera en bolsas de basura, porque lo hizo en tiempo récord. Y mira que eso de echar la ropa así de cualquier forma ya es difícil en él, según es.

—Bueno, pues empieza a relajarte un poco, guapa, que falta te hace. Tienes unas ojeras que da penita verte.

—Es muy doloroso, Marisol. Nunca pensé que lo nuestro se fuese a tomar por saco tan pronto, ni que Noah fuese así en el fondo. Es increíble.

» —Hija, ¿pero tú no te habías dado cuenta de cómo era, esos días que te quedabas allí en su casa?

—Tú sabes, niña... Había visto cosillas, pero no podía imaginarme hasta qué extremo era... Mira, de verdad, da igual, es que prefiero no seguir removiéndolo.

—Vale, vamos a hablar de cosas más alegres. ¿Has pensado en volver a apuntarte en las clases de baile, por ejemplo?

—Lo he pensado, sí. Me va a venir bien un chute de alegría de Víctor, aparte de que bailando me abstraigo por completo.

—Pues ya estás tardando.

—Tranquila, tranquila, tú déjame a mí que yo ya tengo pensado cómo hacerlo.

—Ok. Voy a meter unos muslitos de pollo al horno. ¿Te apetece quedarte a comer conmigo?

—Te lo agradezco muchísimo, Marisol, pero tengo cosillas pendientes. Otro día comemos juntas, ¿vale?

—Como quieras.

Me despedí de ella y me fui de allí. Bajando en el ascensor, me contemplé en el espejo. Era cierto lo de las ojeras. Mis ojos tampoco estaban muy bonitos que digamos, y es que las panzadas de llorar que me había dado desde que decidiésemos separarnos, para mí se quedaban.

’ Tenía que empezar a asumirlo, a levantar cabeza, y lo primero que hice al salir a la calle fue llamar a Víctor. Quizás a algun@s de vosotr@s os parezca que era muy pronto para estar ya pensando en el otro, pero a fin de cuentas, volvía a ser una mujer libre. Con eso, no le estaría haciendo ya mal a nadie.

Víctor se alegró muchísimo de mi llamada, y más cuando le dije que necesitaba hablar con él y que, si estaba disponible, le invitaba a comer por ahí...

—Estoy todito todo a tu disposición, guapetona —me contestó con esa voz suya siempre tan alegre.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Saliendo del gimnasio. Acabo de terminar las clases de la mañana.

—Pues espérame ahí que voy para allá a buscarte, ¿vale?

—Perfecto, corazón.

Hacía bastante tiempo que no le veía. Víctor me abrazó con ganas al verme e incluso me alzó por los aires, dando una vuelta en redondo. Yo... me dejé mimar, lo reconozco. Lo necesitaba como el respirar.

Almorzando ya, le expliqué todo lo sucedido, así como mis planes de volver a apuntarme a sus clases de salsa y bachata.

—¿De verdad? ¡Qué guayyyyy! —me respondió tan entusiasmado.

—Por supuesto. El viernes mismo comienzo, si te parece bien.

—Me parece fantástico. Va a ser una buena terapia para ti, Davinia—me guiñó un ojo—. Quiero verte sonreír como siempre, que tú eres una chica muy alegre.

—Está muy reciente, Víctor, entiéndelo.

—Lo puedo entender, pero déjame decirte también que esto es algo con lo que yo ya contaba.

—¿El qué? ¿Lo de apuntarme otra vez a las clases?

—No, lo de que tu relación con ese hombre no iba a ir muy lejos.

’ —¿¿¿¿Y eso???? —le pregunté asombradísima.

—No sé, por tu manera de hablarme de él por aquel entonces, por lo que me contabas... No podría explicártelo bien, pero me daba a mí que no teníais mucho en común, aunque también me podía estar equivocando, pero al final...

Qué curioso me resultó que, con lo poco que le había hablado de él, Víctor se hubiese dado cuenta de que Noah y yo éramos incompatibles. Esto debe ser algo así como lo de los cuernos; que todo el mundo se los huele menos el afectado...

Capítulo 20



“...y mientras tanto, que se rían de mí...”

“¡Básico! Y un, dos, tres... cinco, seis, siete...”

“...si somos dos idiotas, que te den...”

“Y vuelta a la derecha...”

La voz de Enrique Iglesias cantando aquella bachata se fundía con las instrucciones de Víctor ante el espejo, dando palmas, para que todos le siguiéramos en sus movimientos.

“Y ahora por parejas, chicos. Venga...”

Era el turno de colocarnos en círculo en aquel salón e ir alternando con la persona que teníamos a nuestra derecha para practicar esos pasos, incluyéndole a él. Repetíamos esos pasos con el de al lado, y... “¡cambio de pareja!”. Y así todo el tiempo.

Cada vez que me tocaba bailar con Víctor, el corazón se me aceleraba, y es que aquel bombonazo derrochaba sensualidad moviendo las caderas y cogiéndote por la cintura para guiarte.

Teniéndole tan cerca, podía aspirar su olor, su aliento... Y esa atracción brutal y la locura irrefrenable que me llevó a la cama del spa aquella noche, rápidamente volvieron a desatarse en mi interior.

A él le pasaba exactamente igual. Es más, le costaba tela disimularlo, pues incluso en las propias clases, bailando cuerpo a cuerpo conmigo, soltaba unos gemiditos en mi oído que no sabéis cómo me excitaban. Más de una ya se estaba picando conmigo al percatarse de lo que había entre nosotros.

Una semana después de reanudar mis clases y empezar a verle de nuevo, Víctor y yo volvimos a acostarnos, aunque ya no hubo necesidad de buscar ningún hotel, claro está. Teníamos mi casa y, además, él también se había alquilado un apartamento muy mono, hacía tiempo. Por cierto, el apartamento estaba a dos pasos de la Escuela de Escaño.

Hasta entonces no me lo había enseñado. Pues bien, esa noche habíamos salido a cenar y a tomar unas copas, precisamente en aquel bar en que ganó el primer premio de bailes latinos con su hermana.

Al marcharnos de allí, ambos teníamos más claro que el agua que pasaríamos el resto de la noche juntos. Nos deseábamos, nos comíamos con los ojos...nos necesitábamos. Teníamos que desquitarnos de una vez por todas.

—¿A tu casa o a la mía? —me preguntó al salir del pub.

—A la tuya, tengo curiosidad por ver dónde vives.

—Muy bien, pero te advierto que no está muy allá, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—A que he salido a la carrera y no me ha dado apenas tiempo de recoger, que lo mismo te encuentras las zapatillas tiradas por ahí en medio del salón. Tú no te asustes, ¿eh?

—¿Asustarme por eso? No digas tonterías, chico. Cada uno tiene su casa como le parece. Ven, anda, bésame. Cómeme la boca como tú sabes...

Me paré en seco en medio de la acera. Estábamos con un calentón tremendo los dos. Víctor me puso de espaldas a la pared contra el escaparate de un comercio y empezó a besarme con el mismo frenesí con que sus manos se fueron deslizando por mi trasero, de arriba abajo y de abajo a arriba.

Estaba encendido como una antorcha. Con su cuerpo presionando el mío contra los cristales de aquella perfumería, notaba el bulto creciéndose por segundos bajo su pantalón.

—Ufff, para, para, que no sé de qué soy capaz—tuve que pedirle ya en un momento dado.

—¿De qué eres capaz, eh? ¿De qué eres capaz tú, chica mala?—me repetía, mientras sus dedos se iban colando por la cinturilla de mi pantalón.

—Que me estás poniendo muy mala, niño...

—¿Ah, sí? ¿Tienes ganas de que te coma enterita?

—No lo sabes bien, bombón...

—Ven aquí...

Víctor me agarró de la mano y dio un tirón de mí.

—Vamos a pillar un taxi, preciosa.

Nos llevó un buen rato dar con uno libre a esas horas. Ya en su casa, no perdimos ni un minuto en meternos en faena.

Ahí fui yo quien le puso contra la pared del pasillo para dominarle a mi antojo. Lentamente, le desabroché el cinturón y le fui bajando los vaqueros con ambas manos hasta dejárselos caer a la altura de los tobillos.

Luego fui escalando por sus muslos y le metí una mano por dentro del slip para acariciar lo que aquella prenda negra escondía.

Notaba cómo se le aceleraba la respiración. Víctor terminó de quitarse los pantalones con los pies y abrió ligeramente las piernas. Le quité el slip y me agaché para saborear a conciencia aquel miembro, duro ya como el mármol, y fui deslizand la lengua desde su base hasta la punta.

Mi bombón comenzó a gemir con ganas. Le miré a los ojos.

—Te van a escuchar todos los vecinos, niño...

¡—Que me escuchen, que me escuchen... que se enteren de que me están matando de placer. Sigue, por favor...

Volví a coger aquel hinchado pene y lo agité suavemente en mi boca, antes de continuar lamiéndoselo por todas partes. Me centré sobre todo en aquella punta sonrosada, sobre la que dibujaba círculos con la lengua.

—Puffff... cómo me estás poniendo, nena...

No tenía que decírmelo. Lo veía perfectamente.

—Vas a tener que parar si no quieres que se me escape todo dentro de tu boca—me advirtió.

No me hubiera importado, la verdad. Sé que hay mujeres que no pueden soportar eso, pero no era mi caso. De todos modos, Víctor tenía otros planes...

—Ven—me cogió de las manos—levanta, preciosa.

Me guio hasta su dormitorio, donde tampoco vi nada fuera de lo normal en cuanto a ese supuesto desorden que m había dejado entrever un rato antes.

Aquella habitación no tenía muchos muebles, pero resultaba de lo más acogedora, con la cama de cabecero y

piecero de forja blanca, las puertas de espejo del armario empotrado, los detalles de ratán y el vistoso papel de hojas verdes de la pared principal.

No es que la cama se viera perfecta, pero al menos la tenía hecha, con su edredón colocado y los cojines por lo alto de la almohada. Y salvo una camiseta sobre el respaldo del butacón junto a la ventana, tampoco había en aquella estancia más ropa por ahí tirada ni nada por el estilo. Es decir, Víctor era un chico normal y corriente en ese aspecto.

El atractivo profesor se quitó la goma de la coleta y la melena le cayó por encima de los hombros. Me excitaba sobremanera con el pelo suelto, y lo sabía.

—Ahora vas a saber tú lo que es jugar—me dijo al oído—. Ven aquí...

—Sorpréndeme.

—¿Te gustan los juguetes, Davinia?

Buena pregunta. Así de repente no supe qué contestarle, pues lo cierto es que no habían estado presente nunca en mis relaciones íntimas. No había dado hasta el momento con ningún hombre al que le llamasen la atención esas cosas.

Tampoco tuve necesidad de contestar, y es que Víctor abrió el primer cajón de la cómoda del armario, sacó unas esposas y las agitó en el aire delante de mis narices.

—Sí, sí que te gustan, lo sé...

No dije nada. Tan solo le miré fijamente y me mordisqueé la comisura de la boca, pensando que íbamos a disfrutar de lo lindo entre aquellas paredes.

—Ven, Davinia...

Me acerqué a él. Víctor me fue desprendiendo de toda la ropa, incluso del tanga y el sujetador. Tan solo me dejó los taconazos negros de charol puestos.

—Y ahora dame las muñecas—me pidió.

Estiré los brazos hacia delante y los junté. Víctor me colocó aquellas esposas de cuero y me ató al piecero de la cama. A continuación, cogió un pañuelo negro y me vendó los ojos con él, asegurándose de que no viese absolutamente nada.

—Verás qué excitante resulta...

Me pareció que cogía alguna otra cosa del cajón. Por el ruido desenroscando la tapa, pensé que debía ser como una tarrina de crema corporal o algo similar. Se colocó detrás de mí y enseguida comprobé que por ahí iban los tiros.

Víctor me fue untando todo el cuerpo con aquel resbaladizo aceite de coco y también se lo untó él mismo por el torso y sus partes íntimas. Sus manos iban moviéndose por mi piel de un lado a otro suavemente, desde la nuca hasta mis tobillos.

Cuando ya me tuvo bien lubricada toda la piel, me agarró los pechos con ambas manos y se cebó con mis pezones. Empecé a gemir como una posesa al sentir sus dedos atenazándome aquellos puntos erógenos. Esa manera de estimulármelos me excitaba casi tanto como sentir su lengua paseándose por mi clítoris.

Estuvo largo rato acariciándome por todas partes. Los hombros, la espalda, la cintura, el trasero, los muslos, las ingles... Después, me hizo abrir las piernas y se puso de rodillas entre ellas.

Víctor metió su cabeza entre mis muslos y fue lamiéndome por allí abajo, paseando la lengua por esos pliegues íntimos y hundiéndola en mi interior cuando se le antojaba.

Me ponía a mil aquel hombre. Estaba ya que chorreaba, y es que, sin poder ver nada en absoluto, las sensaciones que me provocaba eran mucho más potentes, no sé bien cómo explicarlo. Inspiraba hasta llenarme los pulmones y soltaba el aire despacio, apretando los dientes.

Víctor se puso en pie y colocó su miembro entre mis nalgas. Me cogió con un brazo por el vientre para me inclinase un poco y fue buscando aquella entrada de mi cuerpo con la punta del pene. Allí hizo unos círculos antes de adentrarse en mí y comenzar a embestirme de ese modo tan suyo, como si me quisiera romper en dos.

Tenía un punto salvaje en la cama que me hacía perder el sentido, ya fuera besándome, estrujándome los pechos o penetrándome. En esa misma postura, dejada caer ligeramente sobre el piecero y con él por detrás, conseguimos llegar al orgasmo con segundos de diferencia. Primero yo y después él.

Con los cuerpos tan pringosos, no era cuestión de meterse en la cama, así que tiré para la ducha y le lavé bien con el jabón y el agua caliente. Me quedó la piel tan suave después de secarme que hasta a mí me daba gusto acariciarme.

Víctor también se metió en la ducha cuando yo terminé. Yo le esperaba en la cama, desnuda como había llegado al mundo y mirando al techo, pensando que si tuviese que pedir un deseo, sería que se multiplicasen las horas de aquella noche.

Sobre ese mismo colchón, repetimos faena echando mano del frasco de nata del frigo y de algunos otros objetos sexuales, hasta caer exhaustos a eso de las seis de la mañana...

1.

2.

3.

4.

Capítulo 21



A partir de aquel momento, mi vida dio otro giro de ciento ochenta grados. Víctor y yo comenzamos a vernos prácticamente a diario.

Me gustaba mucho ese chico y me volqué en aquella relación, aunque había algo que me agobiaba un poco. Un poco, no, bastante, pero no tenía nada que ver con su persona, sino con mi futuro, un futuro que también le afectaba a él directamente.

Un domingo equis hablamos sobre la cuestión mientras comíamos. Todo vino a raíz de lo que me planteó...

—Vente a vivir conmigo, Davinia —me soltó de repente.

—¿Cómo? ¿Que me vaya a vivir contigo?

—Sí, eso he dicho. ¿Qué pasa? ¿No te apetece?

Me quedé callada unos segundos, antes de contestarle.

—No, no es eso...

—¿Y entonces? Si lo prefieres, me voy yo a tu casa.

—Tampoco es por eso, Víctor. Dentro de unos meses termino en la escuela, ¿sabes?

—Lo sé, eso no es ninguna novedad. ¿Qué vas a hacer al final?

—Estoy hecha un lío, Víctor.

—Mira, cariño, no quiero trastocar tus planes. Si tu idea era pedir plaza en el sur...

—Vaya, ¿quieres que me largue lejos, no?

Se lo dije en broma. De sobra sabía que no era así.

—Estás como una regadera, ¿eh? —Víctor me sonrió—. Te estoy diciendo que te vengas a vivir conmigo, así que mira tú las ganas que tendré de perderte de vista.

—Ya. No hablaba en serio, hombre, pero te garantizo que ahora sí que estoy hecha un lío de verdad.

—Bueno, vamos a ver qué pasa, preciosa.

—Eso, que aquí no es solo lo que una quiera. Que me quede o me vaya va a depender de varios factores.

—Hablando de otro tema, mi hermana ya tiene fecha de boda.

—¿Para cuándo?

—Se casan dentro de tres meses.

—¿Tres meses? Qué poco tiempo, ¿no? Normalmente, te dan fecha para un año después como mínimo.

—En los juzgados, la cosa es más rápida.

—Ah, vale, no sé por qué, pero estaba convencida de que querían casarse por la iglesia.

—No, no, qué va. Mi cuñado no quiere ni oír hablar de los curas. Esa era la condición. Si se casaban, tendría que ser por lo civil.

Me puse en el pellejo de ella por un momento. Nunca me había planteado qué ocurriría si mi pareja me viniese con esas, y es que yo deseaba poder casarme por la iglesia algún día, delante de la virgen del Carmen, la patrona de los marineros y de los pescadores. Esa era otra de mis grandes ilusiones.

No obstante, la boda de Sandra y Samuel fue preciosa, porque lo uno no quita para lo otro. La hermana de Víctor lució un precioso vestido de Pronovias de cola corta, en color champán, para darle el “sí quiero” a su pareja, y él lo hizo con un moderno traje azul.

La verdad es que disfrutamos muchísimo aquel día, ese mismo día en que aprovechó para presentarme a toda su familia, pues hasta entonces solo había tenido ocasión de conocer a su madre.

—Los próximos tenéis que ser vosotros—nos llegó a decir su abuela Julia en pleno banquete nupcial.

—Todo se andará, pero tranquila, abu. Anda que no te gusta nada un bodorrio a ti, ¿eh?

Víctor le dio un cachetito cariñoso a la mujer, que se veía tan feliz como los propios novios.

—Pues claro que me gustan las bodas. Como a todo el mundo, ¿no? —le contestó.

Me pasé el día metida en la piel de Sandra, viviendo ese mismo entusiasmo suyo, esa misma ilusión que se le reflejaba en el rostro, convertida ya en la mujer de Samuel.

Días después de la boda de mis cuñados, le dije a Víctor que sí, que me iba a vivir con él y que fuese lo que tuviera que ser. Además, lo de irme a vivir con él fue literal, pues fui yo la que hizo las maletas y se instaló en su casa.

Os parecerá una tontería posiblemente, pero no me apetecía a la inversa, es decir, que se mudara él a mi piso. Aquel ático estaba lleno de recuerdos de Noah por todos los rincones.

Además, aunque fui yo la que se encargó de buscarlo en su día, lo elegimos entre los dos, puesto que yo le pasaba los enlaces con las fotos de los alquileres que iba viendo, para que él también pudiera opinar.

Nada, nada... esa era una etapa del pasado que había que cerrar por completo, echando a volar del ático...

—Adelante, señorita, está usted en su casa—fueron las palabras de Víctor allí en el rellano de la escalera de su piso, cuando subimos en el ascensor con la primera tanda de maletas.

Le agarré por la nuca y le di un tierno beso en los labios según entramos por las puertas.

—Mmmmm... buen comienzo—Víctor me guiñó el ojo—. Otro, por favor...

Me sonrió.

—Con una condición, ¿eh? —le advertí.

—Ya empezamos. Ya me parecía a mí muy bonito...

Estábamos de coña los dos, claro.

—Dígame usted.

—Eso, eso, que no me llames señorita ni me hables de usted ni en broma, bombón.

—Perdona, no sabía que te molestaba tanto.

—Tranquilo, no es que me moleste, pero no me gusta mucho, la verdad. Eso era muy típico de Noah y no quiero

que nada me lo recuerde.

—Ah, perfecto. No te preocupes que no se me volverá a ocurrir.

—Oye, no te habrá molestado que te lo diga, ¿no?

—Anda ya, mujer, no seas tonta. Al revés, cualquier cosa, por insignificante que parezca, me la dices. El diálogo es muy importante en una pareja para evitar roces.

—Eso mismo pienso yo.

En honor a la verdad, no hubo apenas nada más que aclarar entre nosotros en ese sentido, y es que congeniábamos a la perfección. No os lo vais a creer, pero muchas mañanas, antes de irme a la escuela, desayunábamos juntos y bailábamos una bachata en medio del salón.

A veces, todavía no me había terminado el café cuando ya le estaba pidiendo lo que se le antojase bailar, a aquella otra mujer tan servicial que vivía con nosotros...

—Alexa, ponme Solamente tú, de Pablo Alborán, en versión bachata.

O...

—Alexa, ponme Ale, ale, de Marc Anthony...

Una canción que escuchábamos con frecuencia era la de Mi verdad, de Maná, a dueto con Shakira. Esa es que nos encantaba a los dos, con aquella letra tan romántica y esos compases despacito para bailarla agarrados.

¿Podía empezarse el día de mejor forma?

El tiempo continuó avanzando y llegó la hora de tomar la decisión. Mis días en la Escuela de Especialidades de Antonio Escaño se acababan ya.

Una semana antes de abandonarla, solicité plaza de mi especialidad, o sea, de energía y propulsión (mecánico/electricista de barcos), pero en Ferrol. Distinto era que me la diesen o me mandasen a saber dónde.

El día que me enteré de que me la habían concedido, di botes de alegría. Víctor, como es normal, también se puso como los locos de contento, y es que de aquella forma me aseguraba la permanencia de al menos dos años más por tierras gallegas.

Eso sí, al igual que me hubiese ocurrido si hubiese pedido destino en el sur y me lo hubiesen concedido, de las navegaciones no me iba a librar ni la virgen de la Caridad, pero aquello no iba a ser nada en comparación con los

viajecitos que me había chupado en el Juan Sebastián de Elcano.

Quince o veinte días, dos meses... tres meses y medio, tirando por lo alto. Esos iban a ser los periodos de tiempo que me pasaría embarcada, haciendo las prácticas.

La primera vez que tuve que salir a navegar me asaltó la misma sensación que cuando me monté en el Elcano para hacer el primer crucero. Tendría que volver a acostumbrarme a eso del alterne entre los turnos de tierra y mar.

—Sabes que te voy a echar muchísimo de menos estos dos meses, ¿verdad, rubia mía?

—Yo a ti también, bombón. Vente, jejejeje...

—Deja, deja, que no me tira a mí lo de la Armada ni lo más mínimo, te lo aseguro. Eso te lo dejo todo a ti.

—Bueno, cariño, me tengo que ir ya.

—Muy bien, mi vida. Cuídate mucho. Hablamos, ¿vale?

—Claro, hijo, que me voy en un barco, no en un cohete a la luna.

Le sonreí, le di un largo beso de despedida y salí de casa con el petate. En la calle, montada en su coche, me esperaba Ainhoa, una compañera que se embarcaba en la misma fragata que yo.

Ese mismo año, en las vacaciones de verano, Víctor y yo hicimos nuestro primer viaje juntos a El Puerto de Santa María. A él, que no conocía nada de la provincia de Cádiz, le encantó todo aquello, y es que Galicia es bonita, pero mi tierra... ¿qué voy a decir yo de ella, de sus playas, de su gente, de su gastronomía...? ¡Es única!

Mi chico cayó muy bien a mi familia y a todas mis amistades. Hablando de eso, me viene a la mente un recuerdo de cierto comentario de José Ramón al conocerle.

Se le quedó mirando como el que ha visto una aparición, pero luego le dio un apretón de manos como si tal cosa. Ahora bien, cuando me pilló a solas un momento, ya me soltó su parecer...

—Anda, chocho, ¿dónde has pescado semejante tío tan bueno?

—Te ha gustado mi chico, ¿eh?

—¿Que si me ha gustado? Te lo cambio ahora mismo por el Fermín, jajajajaja.

Me contagió aquella risa suya tan escandalosa.

—Y te digo otra cosa, rubia. Este te pega más a ti que el Ongombo.

—¿Ongombo? ¿Ese quién es, José Ramón?

—¡Joé, el de la serie La que se avecina! ¿No te acuerdas? Ese que se lio con la Berta y que parecía un jugador de la NBA. Anda que no era alto el gachó, qué barbaridad. Pues el Noah ese era un calco, solo que con los ojos verdes.

Me partía con él, y es que tenía razón. Si no me lo llega a decir, nunca hubiera caído, pero la verdad es que se parecía muchísimo a aquel actor angoleño.

De todos modos, no es cuestión de seguir hablando de él, solo que ha salido a colación a cuenta de esa comparación de José Ramón al conocerle. Divinos días aquellos por el sur, disfrutando con todos los míos y con mi amor...

Con el tiempo, nuestra relación se fue afianzando y se aproximaba el momento de cambiar de rumbo. Y ojo con ese cambio, cuando más a gusto estábamos.

Me estoy refiriendo a que expiraba mi contrato por dos años en Ferrol. Sin embargo, la suerte se posicionó otra vez de mi lado, puesto que me concedieron nuevamente lo que solicité, o sea, seguir allí.

La diferencia es que ya podría estar tranquila por una buena temporada. Seis años tenía por delante allí en Ferrol. Estaba feliz, muyyyy feliz.

Esa misma tranquilidad fue la que animó a mi bombón a hacer lo que hizo, mejor dicho, a pensar en el siguiente paso y en la forma de proponérmelo. Os doy mi palabra de que no me lo esperaba...

—Esto hay que celebrarlo, rubia mía—me dijo tan entusiasmado—. Esta noche nos vamos a cenar al mejicano y luego a tomarnos un buen copazo y echarnos unos bailes.

—Eso mismo te iba a decir yo. Hoy la vamos a coger gorda, jejejeje.

Después de cenar a capricho, nos metimos en un local al que nos encantaba ir, uno de esos pubs de música latina donde todo el mundo va a hincharse de bailar salsa, bachata, kizomba, merengue y demás.

Pues bien, estábamos descansando un poco en la barra dando unos tragos cuando, entre tantas canciones, empezó a sonar una de Silvestre Dangond & Nicky Jam.

—Ven aquí—Víctor soltó su vaso y me cogió de la mano—, que esta es la nuestra. Creí que no me la iban a poner en toda la noche.

—¿Otra vez? Tengo los pies molidos ya, jejeje.

—Hazme caso.

Víctor empezó a moverse con tal estilo que muchos de los que estaban allí en la pista empezaron a apartarse para dejarnos espacio a los dos.

Al principio, yo le seguía como podía, porque alcanzarle no era tan fácil, pero cuando me di cuenta de la maniobra... me dio tal subidón que el arte empezó a desbordárseme por las venas a mí también.

¿¿Era posible?? ¡Mi bombón me lo estaba pidiendo a través de aquel tema...!

“...Cásate conmigo, cástate conmigo...”

Mis ojos no podían verle más guapo ni más sexy, moviéndose de aquella manera a medio metro de mí y cantando a la par de la canción...

“...Después de tanto tiempo, si estamos juntos, es el destino...”

Él era mi verdadero destino. Nos dimos un señor beso delante de todo el mundo al terminar aquel baile.

—¿Otra vez? Tengo los pies molidos ya, jejeje.

—Hazme caso.

Víctor empezó a moverse con tal estilo que muchos de los que estaban allí en la pista empezaron a apartarse para dejarnos espacio a los dos.

Al principio, yo le seguía como podía, porque alcanzarle no era tan fácil, pero cuando me di cuenta de la maniobra... me dio tal subidón que el arte empezó a desbordárseme por las venas a mí también.

¿¿Era posible?? ¡Mi bombón me lo estaba pidiendo a través de aquel tema...!

“...Cásate conmigo, cástate conmigo...”

Mis ojos no podían verle más guapo ni más sexy, moviéndose de aquella manera a medio metro de mí y cantando a la par de la canción...

“...Después de tanto tiempo, si estamos juntos, es el destino...”

Él era mi verdadero destino. Nos dimos un señor beso delante de todo el mundo al terminar aquel baile.

Epílogo



Tres años han pasado desde que mi bombón me pidiese matrimonio de aquella manera tan original. Tres maravillosos años con todos sus meses, semanas y días, y os puedo garantizar que por momento que pasa, cada vez soy más feliz.

Catorce meses después de ello, nos casamos en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen y San Marcos, de El Puerto de Santa María; otro sueño cumplido. En esa sencilla iglesia de mi ciudad, Víctor y yo unimos oficialmente nuestras vidas ante la Estrella de los Mares.

Ese es otro episodio hartó complicado de describir. Faltan las palabras para explicar lo que se siente, llegado el momento de contestarle al cura “sí quiero”, mirando a los ojos al hombre que amas con todas tus fuerzas.

La emoción con la que lo viven los novios se extiende a la familia y los amigos. Hablando de estos últimos precisamente; hasta El Puerto se trasladaron todos los familiares y mejores amistades de mi chico, para asistir a aquella preciosa ceremonia. De mi chico y mías también, pues Marisol, por ejemplo, tampoco quiso perdersela.

Recuerdo especialmente el entusiasmo de su abuela Julia al vernos en la puerta de la iglesia al terminar el enlace, convertidos ya en marido y mujer, con la lluvia de pétalos de rosas cayéndonos por encima.

Y, por supuesto, de Alexandra, mi suegra, vestida con un espectacular traje azul marino y mantilla de encaje del mismo tono, en su papel de madrina. ¡Qué elegante estaba y qué feliz se la veía!

Eso, en cuanto a los suyos. Mi madre estaba igualmente radiante y mi padre tampoco podía mostrarse más orgulloso con su traje de gala de oficial, llevándome al altar cogida del brazo. Se casaba su hija mayor, esa que siempre quiso seguir sus pasos...

A quien eché muchísimo de menos aquel día fue a mi queridísima prima María Jesús, que no pudo asistir a la boda porque le pilló en plena navegación; un obstáculo insalvable.

En nuestro enlace, fuimos ciento treinta y ocho personas en total. Y os aseguro que allí no hubo gente de relleno, como suele ocurrirles a muchos novios, a cuenta de los compromisos.

Típico: si invitas a tu primo Fulanito... ¿cómo no vas a invitar a Menganito? Si invitas a tu amigo Pelé, ¿cómo va

a dejar fuera de la lista a Melé y al otro de más allá, aunque haga un siglo que no veas a estos dos últimos?

Pues no señor. Las cosas no tienen por qué así. En mi opinión, el día que te casas tienes que rodearte de la gente más allegada, esa con la que realmente te sientes a gusto y quieres que esté presente, sí o sí. Punto pelota.

Desde luego, nosotros en ese sentido sí que lo tuvimos claro desde el primer momento. Tal vez penséis que ciento treinta y ocho invitados sean demasiados invitados para haber sido tan selectivos, pero partimos de la base de que tanto Víctor como yo tenemos unas familias muy grandes y muy bien avenidas.

Solo por la rama de mi madre, de entrada, ya son ocho hermanos con sus respectivos cónyuges, o sea, que...

Fue una boda de mediodía, cuyo banquete tuvo lugar en un famoso hotel de El Puerto. Como anécdota curiosa, destacar los bailes con que obsequiamos a los nuestros durante el almuerzo. Lo he dicho bien. Durante el almuerzo, y no después (que también nos hinchamos de bailar al terminar de comer).

^e Lo teníamos todo preparado con la ayuda del personal del hotel, de forma que entre platos y platos del menú, en esos paroncitos en que los camareros van de un lado a otro retirando la vajilla antes de seguir sacando cosas, sonaran los temas que les habíamos pedido.

Una bachata, una salsa y otra bachata, justo antes de llegar la tarta. Ese fue el orden de las coreografías que teníamos ensayadas y que pusimos en escena por allí entre las mesas, ante la atenta mirada de nuestros invitados.

Para bailar, tuve que desprenderme de la cola del vestido. Ese fue otro de los puntos principales a la hora de elegir mi traje de novia; que resultara vistoso pero que tuviera aquella opción para poder disfrutar a mis anchas de mi gran día.

Y si emocionante fue la boda, el viaje de luna de miel no se quedó atrás. Después de darle muchas vueltas al asunto, mi chico y yo nos decantamos por un tour por Italia, y es que aquel país lo tiene todo para disfrutar de un inolvidable viaje de novios, con sus increíbles paisajes, su exquisita gastronomía y sus románticas ciudades.

Además, ese era uno de los países que yo que estaba deseando conocer. Gracias a las vueltas en el Elcano, había podido visitar un montón de ellos, sobre todo de América del Norte y América del Sur, pero por Europa no había recalado en muchos sitios.

Tanto mi recién estrenado marido como yo disfrutamos lo que no os podéis imaginar de las renacentistas Florencia, Pisa y Siena, en la Toscana; un lugar de ensueño para los amantes de la buena comida y los parajes naturales.

Y ahora que han salido a relucir los viajes por alta mar en ese mítico barco de la Armada Española, los recuerdos de aquellos días acuden en tropel a mi mente. No todo es tan bonito como se ve desde fuera, lógicamente.

Como ya comenté en su momento, navegar en el Elcano te permite conocer mucho mundo. ¿Cuántos chicos de dieciocho o veinte años pueden presumir de haber visto ya a esas edades quince o dieciséis países repartidos por todo el planeta?

Pocos son los ciudadanitos de a pie que levantarían la mano al escuchar esta pregunta. Sin embargo, esta cuestión hay que analizarla desde otro prisma, y es que a ver quién es también el guapo que se apuntaría a hacer el trayecto Las Palmas de Gran Canaria-Fortaleza (Brasil) en unos veinte días.

Que sí, que poder ir a Brasil es una pasada, pero en esas condiciones... es para pensárselo. Veinte días encerrados en un barco puede resultar un auténtico coñazo, creedme.

Y no os digo ya lo que es tirarte seis meses navegando. Os conté por encima lo que se echan en falta tantas cosas insignificantes del día a día, pero la cuestión va mucho más allá.

¿Sabéis lo que es estar a cuarenta y seis grados en verano en la sala de máquinas del buque porque el aire acondicionado se ha estropeado? ¿Y el frío que puedes llegar a pasar en cubierta, en pleno invierno, por mucho que te abrigues?

Y todo eso, cuando el tiempo “acompaña”. Cuando se pone “farruco”... madre mía, eso es para echarse a llorar algunas veces. Nadie que no lo haya vivido se imagina la angustia que puedes llegar a sentir, mismamente, con lo temporales en mitad del océano y el barco escorado por completo. Ves que no se endereza y que no se endereza, y te parece que en cualquier momento se lo va a tragar el mar, contigo y con todos los demás a bordo.

En esos momentos, hasta los que no son creyentes empiezan a rezar en silencio a todos los santos del cielo, pero no quiero seguir hablando de estas cosas, que se me pone mal cuerpo.

Aparte, son historias que forman parte del pasado, al igual que tantas y tantas otras cosas y personas que me acompañaron en aquellos primeros tiempos como militar.

Quizás os preguntaréis, ahora que hablo de personas de mi pasado, qué fue de Noah. Lamento no poder deciros nada al respecto, pues no he vuelto a saber absolutamente nada de él.

En vista de la forma en que se marchó de casa en Ferrol, deduje que no le volvería a ver el pelo, y así ha sido. Es triste tener que terminar de esa forma, pero era su deseo. Ya me dejó bien claro que no podríamos ser ni siquiera amigos y tuve que respetar su decisión.

Ni un simple wasap para decirme que ya había llegado a Rota. Nada de nada... Tal vez fue lo mejor que nos pudo pasar, me refiero a no tener ningún tipo de relación después de separarnos.

Noah no era mala persona, Dios me libre de insinuar algo así, pero no era mi hombre. Ni yo su mujer, claro está. Nueve meses fueron más que suficientes para darnos cuenta de ello los dos.

Ojalá que le vaya bonito. Se merece ser feliz, tanto como yo lo soy. Y cuando hablo de mi felicidad me refiero a mi vida en general. Tengo un trabajo estable que me apasiona, salud, una familia fantástica allí en el sur, una familia que también me quiere muchísimo aquí en Galicia...

Y tengo un marido que me vuelve loca. ¿Qué más podría pedir? ¿Un hijo?? Pues dejadme que os diga que no me hace falta... ¡porque también lo tengo ya!

Víctor y yo fuimos padres hace dos meses y medio de un pequeño gnomo que nos ha robado el corazón. Iván, que así se llama nuestro bebé, es un crío súper tranquilo que ha heredado los grandes ojos oscuros de su padre y el pelo rubio de esta que os habla.

Mi madre dice que no cuente todavía con que mi hijo se quede con ese color de pelo, que muchos críos nacen con esa pelusilla clara y que más tarde, cuando se les cae y vuelve a crecerles... adiós al rubio.

Lo mismo me da que me da lo mismo. Lo único que me importa es que mi niño esté bien de salud y siga así.

Dentro de un par de semanas le vamos a bautizar. Lo haremos aquí en Ferrol, en la parroquia de Santa María de Caranza, la misma en que fue bautizado su padre. Esta vez, les toca a los míos subir para el evento, y doy fe de que lo van a hacer encantados.

Mi madre no se acuesta ni un solo día sin ver a mi pitufillo aunque sea un par de minutos por videollamada. Está loca con su primer nieto. Mi abuela Maruja, otro tanto con su primer bisnieto.

Ella misma le ha hecho el traje de bautismo, con esas manos de oro que tiene para la costura. Veréis que hago hincapié en eso del “primer”, y es que ya viene otra criatura empujando...

Pero no, tranquilidad en las masas, que no estoy embarazada de nuevo. Eso sería una temeridad, con un recién nacido en brazos. Es mi hermana Macarena quien está ahora embarazada y dentro de cuatro meses será madre de una niña.

Es decir, casi de seguido, la vida me habrá convertido en madre y tía. Me hace mucha ilusión tener también una sobrinita, aunque tendré que conformarme con verla crecer desde la distancia, al igual que le ocurre a mi hermana con su sobrino.

Las circunstancias son las que mandan y eso es lo que hay ahora mismo. De momento, sigo con mi baja de maternidad. Cuando tenga que incorporarme al trabajo, Iván irá de cabeza a la guardería, como la mayoría de los niños de su generación.

Y para entonces, llegará el momento en que me toque volverme a embarcar. Eso ya no lo llevo tan bien, y es que le veo tan chiquitito y tan delicado que me da mucha penita pensar que tendré que separarme de él por muchos

días seguidos, pero no me queda otra que ir haciéndome a la idea.

Eso sí, me iré con la tranquilidad de que se queda en las mejores manos, a cargo de su papá. Tendríais que verle meciéndole en sus brazos. Ya le imagino cuando su niño sea más grandecito y aprenda a andar.

: “Y un, dos, tres... cuatro, cinco, seis...”

Este me lo vuelve bachatero y salsero, de todas, todas, de eso no me cabe ninguna duda. O lo mismo dentro de tre
: años me cambian de destino y terminamos los tres en el sur y a Iván le da por el flamenco ¡quién sabe!

Lo único claro es que, a mis treinta y dos años, soy la mujer más dichosa del mundo con mi bebé y con mi otro gran amor... un amor de lo más marchoso... un amor hecho a mi medida...

días seguidos, pero no me queda otra que ir haciéndome a la idea.

Eso sí, me iré con la tranquilidad de que se queda en las mejores manos, a cargo de su papá. Tendríais que verle meciéndole en sus brazos. Ya le imagino cuando su niño sea más grandecito y aprenda a andar.

“Y un, dos, tres... cuatro, cinco, seis...”

Este me lo vuelve bachatero y salsero, de todas, todas, de eso no me cabe ninguna duda. O lo mismo dentro de tres años me cambian de destino y terminamos los tres en el sur y a Iván le da por el flamenco ¡quién sabe!

Lo único claro es que, a mis treinta y dos años, soy la mujer más dichosa del mundo con mi bebé y con mi otro gran amor... un amor de lo más marchoso... un amor hecho a mi medida...

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: [relinks.me/JennyDel](#)

-

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

-